

MARTIN GRABMANN

La Vida Espiritual de Santo Tomás de Aquino

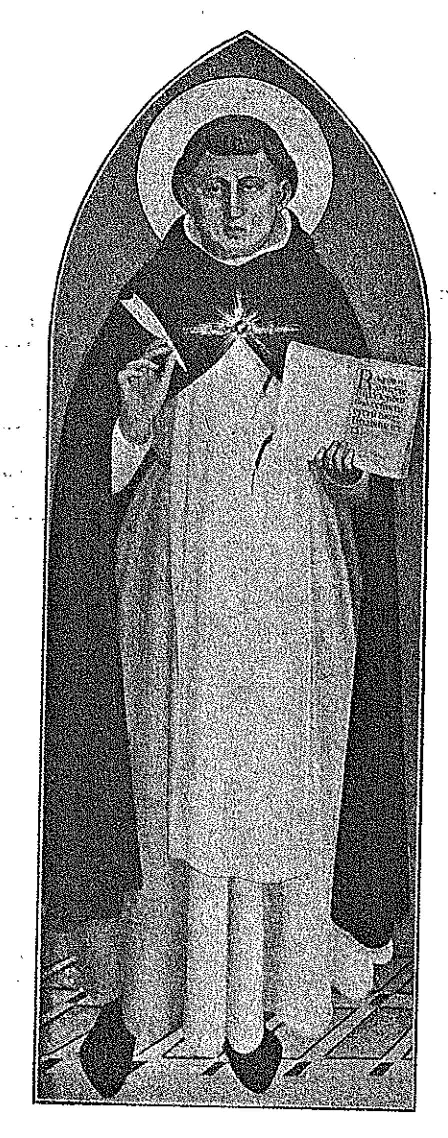


LÁMINA I

SANTO TOMAS DE AQUINO, por el BEATO JUAN ANGÉLICO. - Cuadro conservado en la Iglesia de Santo Domingo de Fiésole.

(Véase la explicación en la pág. 10)



La Vida Espiritual de Santo Tomás de Aquino

EXPUESTA SEGUN SUS OBRAS Y LAS ACTAS DEL PROCESO DE SU CANONIZACION

POR

MARTIN GRABMANN

TRADUCCION DIRECTA DE LA SEGUNDA EDICION ALEMANA Y PROLOGO

POR

OCTAVIO NICOLAS DERISI

EDITORIAL GUADALUPE — BUENOS AIRES

Nihil obstat.

Villa Calzada, 19 de noviembre de 1945.

P. Matías Kohlen, S.V.D.
Cens. ecl.

Imprimi potest.

Villa Calzada, 19 de noviembre de 1945.

P. José Rieger, S.V.D.
Sup. Prov.

Imprimatur.

La Plata, 22 de noviembre de 1945.

Mons. Dr. Luis A. Borla
Vic. Gen.

Impreso en la Argentina.

PROLOGO

INTELIGENCIA Y VIDA EN SANTO TOMAS DE AQUINO

I

1.-El pensamiento es esencialmente vida. Y la vida es una perfección pura que —como el conocimiento— se establece en el grado de perfección o acto de un ser. Existe una actividad vital, que no es ella misma esencialmente inmanente y que sólo lo es en cuanto sus efectos permanecen en la unidad del todo (vida vegetativa). Es el grado inferior de la vida, de acuerdo al grado inferior del ser vital. En cambio el acto cognoscitivo, por su concepto mismo, por su esencia, es inmanente, encierra siempre, hasta cierta medida indispensable al menos, la inmaterialidad o perfección del ser (1).

Más; en la medida del crecimiento de la perfección del conocimiento —que supone la del ser o acto ontológico— aumentan también los grados de la inmanencia o vitalidad del acto. El pensamiento es el acto más inmanente y vital, porque realiza la inmaterialidad perfecta o espiritualidad de su ser o acto. Por eso, Dios, cuyo Ser más profundo, su "esencia metafísica", es la Existencia pura que formalmente coincide con "la intelección de la propia intelección" (Aristóteles), el mismo Acto

---

(1) Cfr. mi obra *Doctrina de la Inteligencia de Aristóteles a Santo Tomás,* C. III, Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1945.

puro de conocer, realiza, en la medida sin medida de tal Acto, la perfección de Existencia, *de* Pensamiento *y de* Inmanencia *o de* Vida. *Dios no tiene ni participa, Dios es simple y esencialmente Existencia o Perfección pura y, en esa misma medida, Inmanencia o Vida, la Vida infinita del simple, único y eterno acto de intelección de sí mismo. Ninguna imperfección en su realización, ninguna multiplicidad o división entre Ser, Pensamiento y Vida: sino unidad total, más, identidad real y hasta formal entre los mismos: Dios es Existencia, es Intelección, es Vida en el único y puro Acto de su Ser.*

2. - La multiplicidad y la separación de tales perfecciones puras —Ser, Pensamiento y Vida—, como

Explicación de la lámina I, en la pág. 6.

LÁMINA I — Fray Juan, llamado el Angélico (1387-1455), pintó un hermosísimo tríptico para la Iglesia de su Convento de Santo Domingo de Fiésole. En él presenta a la Sma. Virgen María rodeada de ocho ángeles con el niño Jesús que le ofrece una flor. San Bernabé Apóstol y Santo Tomás de Aquino están a la diestra de la Virgen, mientras del lado izquierdo se encuentra el Patriarca Santo Domingo y San Pedro Mártir. En los primeros años del siglo XVI el eximio pintor Lorenzo de Credis amplió con adornos la forma del cuadro, con lo cual perdió su carácter de tríptico. La reproducción que presentamos a nuestros lectores exhibe una parte del original pintado por Fra Angélico. Las palabras escritas en el libro que sostiene Santo Tomás con su mano izquierda, teniendo en la diestra la pluma de escribir, están tomadas del salmo CIII: «Rigans montes de superioribus tuis; de fructu operum tuorum satiabitur terra». Estas palabras sirvieron de texto al Santo Doctor para el sermón que pronunció en la Universidad de París, el día que le confirieron el grado de Maestro, cuando contaba 32 años de edad. Para pintar la imagen de Santo Tomás, el beato Angélico se inspiró evidentemente en Traini y Andrés de Bonaiuto, como puede observarse en las ilustraciones II, IV y V.

las de las demás, comienza en los seres creados, que sólo participan de ellas en el grado de su determinada esencia. Siempre y cualquiera sea el grado de elevación de su realidad creada, ellos nunca son *—porque no son el Acto o Existencia, esencialmente increada e infinita— sólo* tienen o participan, *en la medida finita de su esencia, de tales perfecciones —ser, conocimiento y vida— las cuales a su vez no son, en última instancia y según dijimos, sino acto o existencia.*

Pero además de esa limitación esencial y común a todo ser creado, semejantes perfecciones —identificadas en el Acto o Perfección pura de Dios— se dividen, separan y multiplican en los seres creados, de acuerdo a su imperfección, o, lo que es lo mismo, de acuerdo a la intervención de la potencia en su propia esencia. Y así algunas creaturas sólo llegan a ser, a existir, pero sin vida (seres inorgánicos). Otras, más perfectas, es decir, en que el acto domina ya más sobre la potencia, a más del ser, alcanzan la vida, pero sin conocimiento. En un grado más arriba, otras llegan a participar de las tres: del ser, de la vida y del conocimiento. Pero a su vez, mientras algunas de éstas se detienen en una vida de conocimiento imperfecto y distinta de la propia vida orgánica inconsciente (la vida sensitiva de los animales), otras más perfectas alcanzan el nivel de la vida cognoscitiva plena y espiritual de la inteligencia, aunque en diverso grado de perfección, de acuerdo siempre a la medida de la perfección o acto de su ser: las unas en un grado tal, que ni reúnen en ella todo su ser y vida ni es ella enteramente independiente de los otros grados inferiores de la vida —la vida intelectiva del hombre distinta y dependiente de la sensible y vegeta-

tiva— las otras, en cambio, en el ápice ya de la vida espiritual creada y en gradación de perfección ascendente —las diversas jerarquías de puros espíritus existentes (los ángeles) y posibles— logran la unidad del ser, de la vida y de la inteligencia en una forma o esencia espiritual y simple, bien que de un modo contingente y limitado siempre y en principio o en acto primero o potencial —no en el ejercicio mismo del acto—, común, según dijimos, a toda creatura, que nunca es, *sino que* tiene *contingentemente su acto o existencia y, consiguientemente, también el ejercicio o acto segundo de su actividad.*

3. - Deteniéndonos ya en el hombre, que es lo que aquí nos interesa, hay, pues, en él ser, vida y conocimiento sensitivo e intelectivo; pero ni todo su ser, ni tampoco toda su vida, ni siquiera todo su conocimiento alcanza el grado de perfección espiritual de la inteligencia. Existen, pues, en la unidad de su ser, a más del ser corpóreo, tres vidas esencialmente diferentes: la orgánica vegetativa inconsciente, la orgánica sensitiva imperfectamente cognoscitiva y consciente y la intelectiva plenamente cognoscitiva y consciente. Aunque todas esas perfecciones provengan de un mismo acto esencial o forma, que es el alma, sin embargo, son distintas y algunas de ellas —como la vida vegetativa y sensitiva— sólo son posibles con la colaboración de la materia (actus conjuncti, *en lenguaje tomista).*

Partícipe, pues, de la vida intelectiva, el hombre no logra, sin embargo, reunir todo su ser ni siquiera su vida en la unidad de su espíritu.

Mas todo el ser y vida del hombre aparecen jerárquicamente organizados: el cuerpo sometido y sirviendo a la vida, la vida inconsciente a la consciente, y dentro de ésta la orgánico-sensitiva, a la espiritual-intelectiva. La unidad jerárquica de las partes sustituye y suple la falta de identidad.

Semejante unidad dada en germen, el hombre ha de realizarla *plenamente en el desarrollo armónico y jerárquico de las diferentes partes de su ser y vida, bajo el dominio y penetración en todas ellas de la inteligencia que especifica y señala el ápice de su ser. Ha de acrecentar su ser y vida material y espiritual, pero con la subordinación de aquélla a ésta. Ha de incorporar todo su ser y vida a la vida de la inteligencia, ha de iluminar las franjas inferiores de su ser con la luz de la inteligencia, ha de llegar a* ser *en un ser total lo que la inteligencia ve que* debe ser. *De este modo el hombre debe lograr la unidad de su ser y de su vida en la vida de la inteligencia. Todo su ser y vida —aún en sus manifestaciones más humildes e inferiores— deben estar impregnados y esclarecidos con la irradiación de la vida espiritual. Tal la obra de la cultura espiritual en toda su amplitud, que comprende el desarrollo de la propia vida intelectual y de la actividad moral de la voluntad (el apetito espiritual), la cual, bajo la dirección normativa del entendimiento, encauza eficazmente y pone todo el ser y vida del hombre al servicio de su bien espiritual y, en última instancia, de la contemplación de la Verdad, último Fin o suprema Perfección de nuestro ser. La multiplicidad, sin desaparecer ni ser substituída por la identidad, en el término de esta obra de auténtica cultura hu-*

mana, logra alcanzar una coherente armonía y unidad bajo la hegemonía de la inteligencia —dominada y dirigida a su vez desde la trascendencia por el ser y sus exigencias ontológicas y, en última instancia, por el Ser divino, su último Fin o suprema Perfección de su ser— llega a espiritualizarse totalmente traspasada e iluminada en todas sus partes por los rayos de la inteligencia y del ser inteligible que la ilumina con la verdad y el bien.

4. - Pero semejante ordenación jerárquica de las diferentes partes del ser y de la vida humana no se logra por sí misma, por una proyección necesaria e indefectible de la luz de la inteligencia. La dolorosa experiencia humana está muy cerca para atestiguarnos a cada paso que ello no es así, sino más bien todo lo contrario y que otras tendencias ciegas y oscuras pugnan desde los bajos fondos de nuestra vida inferior contra esa unidad y contra la penetración de la luz de la inteligencia en toda nuestra vida. Para llegar al logro de ésta ha de intervenir la fuerza *ordenadora espiritual —de que por sí sola carece la inteligencia— preciso es la acción de la tendencia o apetito espiritual, de la voluntad libre, que dirigida a su vez y como cargada con las normas o exigencias ontológicas de la inteligencia —normas práctico-morales— las imprima con eficacia en nuestra propia vida espiritual y en las zonas inferiores de nuestro ser y vida.*

5. - Y henos ya conducidos al problema de la dualidad en el seno mismo de la vida espiritual: intelectiva y volitiva, contemplativa y práctica, especulativa y moral.

La vida espiritual misma, y más las franjas inferiores de nuestra vida, no se incorporan a la unidad de la vida humana, sino por la vía práctica de la moral.

Pero la actividad práctico-moral —con toda la actividad técnico-artística, a ella subordinada, sobre las cosas exteriores del hombre— para hacerlas servir al bien tiene razón de ser y se encamina toda ella a conducir a éste hacia la perfección de su vida contemplativa de la inteligencia, por la que logra la posesión de su último Fin y Plenitud de su vida —en germen en la vida del tiempo y definitivamente en la eternidad.

Toda la vida práctica —del hacer *técnico-artístico y del* obrar *moral— no tiene lugar, ni siquiera sentido, sin este término final del logro de la plenitud de la vida contemplativa a la que esencialmente sirve.*

6. - La filosofía moderna, al desarticularse y hasta arrojar por la borda de su inmanencia y deshacerse enteramente del ser y de sus exigencias y aniquilar así la vida de la inteligencia, la cual se alimenta, se sostiene y tiene sentido sólo por el ser trascendente, perdió ipso facto *el sentido jerárquico de la vida —cuyas zonas se iluminan y organizan en gradación armónica desde la luz inteligible y trascendente de sus objetos, proyectada por la inteligencia— rompió la subordinación de la vida práctica a la especulativa, quitó el cetro de ésta para darlo a aquélla (Kant), y en sus últimas manifestaciones ha querido reducir toda la vida humana a una actividad puramente práctica, a una ocupación y preocupación, en que el mundo mismo no entra sino como horizonte de esta inma-*

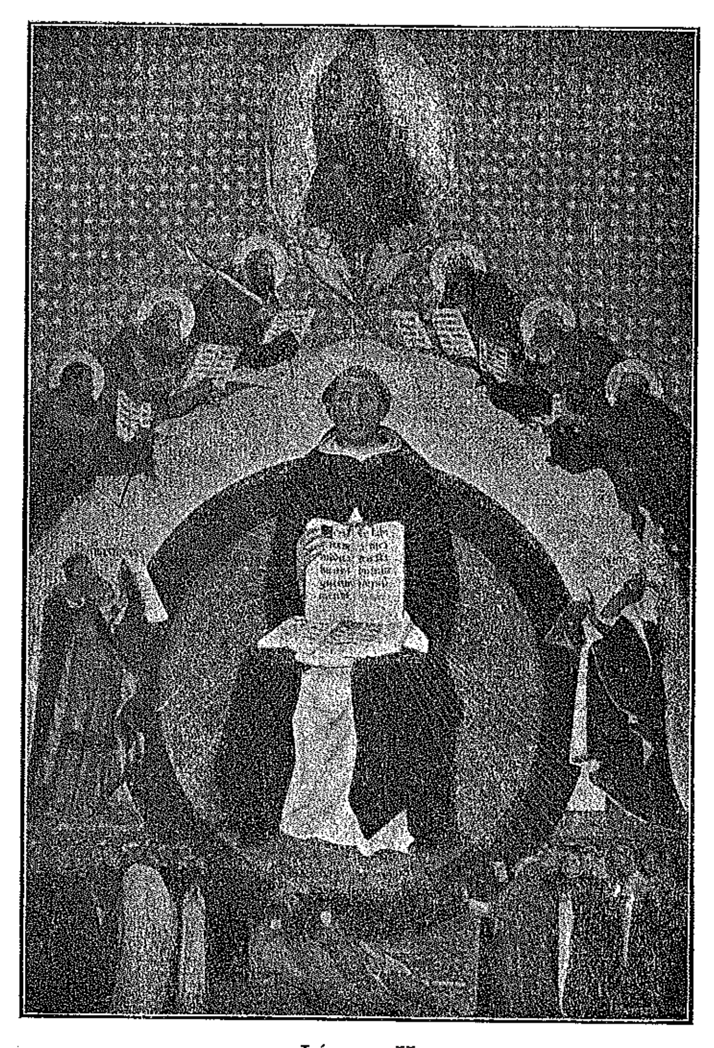


LÁMINA II

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por FRANCISCO TRAINI. - Cuadro conservado en Pisa, en la Iglesia de Sta. Catalina, Virgen y Mártir.

nencia poiética, de este "quehacer", a que se reduce en última instancia la trama de la existencia humana (Heidegger). La vida intelectiva, la noética, queda así menospreciada —en el sentido originario del vocablo— y subordinada a la vida activa, a la práctica; la contemplación a la acción. Sin la trabazón orgánica que le venía de la inteligencia del ser por vía intelectual, estas partes o zonas de nuestro ser y vida múltiple, perdieron su unidad jerárquica, saltaron en un desorden anár-

LÁMINA II. — Francisco Traini cuyas obras, al parecer, fueron compuestas entre los años 1321-1344, pintó dos cuadros para la Iglesia de los PP. Predicadores de Pisa: la imagen de Santo Domingo y la que reproducimos en esta lámina, "El Triunfo de Santo Tomás". El Angélico Doctor, sentado en medio del sol con varios libros sobre sus rodillas, muestra uno de ellos, la "Summa contra Gentiles" que comenzó con las palabras de los Proverbios: «Veritatem meditabitur guttur meum et labia mea detestabuntur impium». Texto maravillosamente apropiado para resumir el argumento de la pintura y toda la obra intelectual del Santo. De la boca del Verbo, Sabiduría increada, descienden tres rayos sobre la cabeza de Santo Tomás: es la ciencia infusa recibida directamente del mismo Dios. Otros seis rayos llegan a las figuras de Moisés, San Pablo, y los Cuatro Evangelistas: es la doctrina revelada contenida en las tablas de la Ley, las Epístolas paulinas y los Santos Evangelios que iluminan con sus rayos la mente de Santo Tomás. Al mismo tiempo, los grandes filósofos paganos, Aristóteles y Platón le entregan toda la ciencia conquistada por el esfuerzo de la inteligencia creada. En las obras de Santo Tomás tiene así cabida toda sabiduría, la humana y la divina, con las cuales, al par que adoctrina al clero y pueblo cristiano, refuta a Averroes, el Filósofo árabe, cuyo libro yace en tierra destruído por la fuerza del rayo que procede de los escritos de Santo Tomás. Mientras tanto sacerdotes y laicos celebran la gloria del Angélico Doctor cantando alegremente: «Hic adinvenit omnem viam disciplinae - Doctor gentium in fide et veritate».

quico, en que lógicamente la fuerza y la acción tomaron el dominio despótico sobre la contemplación.

De ahí la preferencia por los problemas y soluciones prácticos por sobre los especulativos y el activismo en marcha. De ahí la escasa importancia y casi el desprecio total por las doctrinas especulativas, aún de las de proyección práctica, la poca autoridad otorgada a los sistemas filosóficos, encerrados todos ellos sin distinción bajo el concepto relativista de "cosmovisión" (Weltanschauung). La inteligencia va por un lado y la vida por otro; por uno los fríos sistemas y por otro la palpitante realidad humana. Desarraigada del ser, la metafísica o sabiduría contemplativa ha perdido el calor y la fuerza de la vida, que corre por otros cauces, irracionales, en los cuales pretende, por eso, instaurarse la filosofía contemporánea (Bergson, Heidegger, Unamuno, Ortega y Gasset).

De ahí también la poca importancia que se asigna a la obra filosófica pura, aun tratándose de sistemas morales, para la solución de los problemas agudos de la vida individual y social. Carecen de eficacia, porque se pretende que la rica realidad de la vida no entra sino deformada y anémica en sus abstractos moldes conceptuales.

De hecho, la sistematización de la ética ha perdido hasta en la intención de no pocos filósofos el sentido mismo de constituirse en norma práctica y eficaz para ordenar la vida humana; y parecería contentarse en ellos con ser sólo un modo de ver o considerar, y no de dirigir, la actividad y la conducta humanas, puro entretenimiento especulativo inoperante para la conducción de la vida real concreta.

Para estos éticos la enseñanza de su disciplina no importa ningún compromiso ni responsabilidad, porque tales consideraciones filosóficas nada tienen que ver con la vida real cotidiana, ni siquiera con la propia, organizada o desorganizada y como al margen total de sus inofensivos sistemas. (Digo sistemas "inoperantes", "inofensivos", etc. de facto, *en la actitud de sus autores, no* de jure *y en sí mismos, porque a la larga las ideas, pese a la intención de quienes las editan, tienden a desarrollar toda su virtual eficacia, buena o mala).*

La filosofía ha venido a perder así su misión rectora del orden natural —como también para muchos la teología la ha perdido del orden sobrenatural cristiano, en que realmente vivimos— se la ha reducido a un lujo inoperante de la sociedad, cultivada en cenáculos de élites, en cátedras y academias, sin concedérsele de jure *influencia ni siquiera en quienes la cultivan. El torrente de la vida individual y social, técnica y moral, corre por otros caminos.*

Se ha negado a la filosofía, y antes a la teología, aun en el sector ético, toda real vigencia, y con ello se ha establecido la más irreductible dualidad entre la inteligencia y la vida y ésta se ha lanzado sin freno hacia la multiplicidad anárquica. Todas las tendencias de la vida inferior, desarticuladas de la inteligencia, han perdido su carácter racional y humano, y corren sin freno por sus propios caminos en total desorden.

Tal el saldo práctico del pecado de la filosofía moderna, al romper amarras con el ser trascendente y claudicar con ello de la hegemonía de la inteligencia en la ordenación de la vida humana.

7. - Sin embargo semejante división de la inteligencia y la vida, con todas las consecuencias apuntadas, es en sí misma falsa y no puede subsistir sin claudicación de las tendencias más profundas y nobles de nuestra naturaleza. La contemplación, el pensamiento y la filosofía no son un entretenimiento inocente e intrascendente, ni la inteligencia un juguete para un "juego", para divertirnos y entretenernos de vez en cuando, al margen de la vida real. Enraizada y alimentada en el ser, sus conceptos encierran la verdad y sus exigencias normativas son las exigencias del ser (1).

De ahí la enormidad de una vida especulativa separada y arrancada de la práctica, tanto en el plano del derecho como en el del hecho: una construcción especulativa que no pretenda ejercer su señorío sobre la vida, y una conducta individual en que la vida no se ajuste a las normas que se profesan. Ambas cosas son enormidades —peor la primera que la segunda— engendradas por la filosofía y concepción moderna de la vida y de la inteligencia.

Semejante desvinculación entre la vida espiritual y el ser, que es su fuente, y de la consiguiente separación de la vida especulativa de la práctica, la cual refluye a su vez en la desarticulación del ser y vida total del hombre, de todas sus partes desorbitadas sin orden ni concierto —porque sin luz inteligible capaz de esclarecerle el camino de la norma— pugna contra la ley fundamental del

(1) Cfr. mi obra, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, C. I, n. 2 y sgs. Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1941, segunda edición, Madrid, 1946; y *Filosofía Moderna y Filosofía Tomista, passim,* 2ª ed., Guadalupe. - Cursos de Cultura Católica, Buenos Aires, 1945.

espíritu, contra las manifestaciones de su ser y de su vida, y por eso se refleja también en todas sus grandes creaciones. El hombre busca la Verdad —que es lo mismo que el Ser— como el bien supremo, que da sentido y plenitud a su existencia, y para llegar a su posesión organiza todo su ser y actividad a la luz de sus exigencias ontológicas, de las normas que tal Fin o suprema Perfección de su vida le exigen.

El conocimiento de la verdad y la práctica del bien, actividad intelectiva y actividad volitiva, no son dos compartimentos independientes de la vida del espíritu, como que la verdad y el bien son nociones trascendentes y coincidentes con la del ser. El conocimiento de la verdad esclarece y hace viables los caminos de la práctica, a la vez que la práctica del bien hace accesible la contemplación, la posesión de la verdad. Más todavía, el acto de la voluntad que ordena eficazmente la vida total del hombre, está íntima y totalmente compenetrado con el juicio de la inteligencia, que da preciso sentido y dirección a su movimieno práctico; así como la vida contemplativa sólo se logra por la purificación ascética de la voluntad, que, dueña así de su libertad frente a las solicitaciones de bienes subalternos, se aplica con firmeza y seguridad a sostener la inteligencia en su obra de indagación y contemplación de la verdad. Sólo en la eternidad cesará la vida práctica, de aplicación de los medios para el logro del fin, para dar lugar a la perfección de la vida contemplativa en la posesión plena de la Verdad infinita. De la actividad volitiva cesará toda búsqueda o tendencia práctica, y únicamente restará el amor y el gozo del Bien poseído para siempre por la contemplación de la inteligencia.

En el tiempo, lejos todavía de esta posesión beatificante de la Verdad, vida activa y contemplativa, práctica y especulativa, han de vivir íntimamente unidas y condicionadas mutuamente.

8. - De ahí que en un plano general de organización teórica de los diversos sectores de la actividad humana, metafísica y moral, saber especulativo y práctico, por una parte, y conocimiento y vida, contemplación y acción, por otra, sean inseparables y deban ir íntimamente unidas, como uno es el Ser, que bajo las nociones de Verdad y Bien, las esclarece y gobierna. Semejante unidad de los dos grandes sectores de la actividad humana: del saber, especulativo y práctico, y del obrar y del hacer en todas sus formas, del conocimiento y de la vida, alcanzada desde los primeros principios de la inteligencia —y de la inteligencia iluminada por la fe en el orden sobrenatural— constituyen la verdadera sabiduría. *En ella toda la múltiple actividad humana —teórica y práctica, espiritual y material— logra organizarse conforme a las supremas exigencias ontológicas impuestas por la razón y la fe.*

Semejante unidad no ha de permanecer, sin embargo, en el plano universal de la contemplación filosófico-teológica, que la consigue por la consideración y estructuración teorética de todos los sectores del ser y actividad humana, ha de descender *al plano concreto de la vida individual, ha de* realizarse *en la conciencia y en la conducta de cada hombre, en una palabra,* ha de vivirse plenamente y convertirse en vida propia. *Hasta que aquella sabiduría teórico-práctica no descienda hasta el plano de la conciencia y conducta individual y no se*

trueque en vida, no logra desenvolver toda su fuerza ni realizarse plenamente en toda eficacia ni alcanzar la unidad concreta y vivida del hombre sabio, *en una palabra, no consigue su propio fin.*

Lo que la moderna pedagogía señala como ideal de la educación, la formación y conquista de la personalidad, *la unidad de la vida en torno a la realización de un valor, no es sino un retorno —un tanto descolorido y amenguado a las veces y laicizado casi siempre— de aquel ideal greco-medioeval cristiano del* sabio, *del hombre que realiza en plenitud y unidad espiritual la organización jerárquica de todos los sectores de su vida a la luz de los primeros principios, los cuales, en última instancia, son las exigencias ontológicas, el* deber-ser, *impuesto por el Bien supremo o último Fin del hombre: Dios.*

Cuando el hombre ha logrado estructurar orgánicamente todos los grados del saber teórico y práctico, natural y sobrenatural, y luego organizar su vida conforme a sus exigencias, cuando ha hecho carne viva y convertido en vida propia tales principios supremos del saber en la unidad y simplicidad de su rica vida armónicamente desarrollada bajo la luz y hegemonía de la inteligencia iluminada por la fe, ese hombre ha llegado a ser un sabio *y un* santo, *o más breve y precisamente —ya que la santidad es la más elevada y perfecta realización de la sabiduría— un* santo. *El ser natural y sobrenatural con toda su luz inteligible y sus exigencias ontológicas de realización —que, en definitiva, son el Ser de Dios proyectándose sobre nuestra vida como luz de Verdad y atracción de Bien infinito— a través de nuestra actividad espiritual —de nuestra inteligencia, en primer lugar,*

y mediante ésta, a través de nuestra voluntad— llega así a proyectarse sobre nuestra vida para iluminarla e imprimir en ella el orden y la armonía espiritual, para realizarse en ella y así impregnarla, acrecentarla y unificarla espiritualmente en la riqueza armónica de su ser y actividad múltiple, en dirección a su colmación total y perfectamente una en la consecución de su último Fin y Perfección: el Ser de Dios, Verdad y Bien infinito, en Quien ella, la vida, alcanza el acto exhaustivo de todas sus aspiraciones y potencias, por la actualización de su vida espiritual específica intelectivolitiva.

II

9. - Tal el caso de Santo Tomás, el más santo de los sabios y el más sabio de los santos.

Alcanzó la más acabada síntesis del saber natural y sobrenatural en la unidad de la sabiduría cristiana, y logró llevarla hasta su vida, hacerla penetrar hasta las últimas partes de su ser, para iluminarlos y aunarlos orgánicamente en la simplicidad de su santidad. Santo Tomás es, por eso, una vigorosa sabiduría cristiana hecha vida, su santidad es la realización de su saber, la iluminación de su vida por su inteligencia.

La característica sobresaliente en la obra teológico-filosófica del Doctor Angélico es precisamente el poder de asimilación de todos los elementos de la razón y de la fe, de la teología y de la filosofía aristotélica y platónico-agustiniana, dispersos y separados muchas veces hasta entonces, en un sistema orgánico; su vigorosa fuerza de síntesis que logró reunir en un todo armónico y vital el tesoro dogmático sobrenatural de la fe con el in-

menso caudal de conocimientos racionales de los filósofos paganos, de Aristóteles principalmente, y de San Agustín y de la escolástica precedente —no sin antes purificarlos según las exigencias inteligibles esenciales— en una unidad viviente elaborada toda ella a la luz de unos pocos y supremos principios hondamente comprendidos, del ser y de sus exigencias ontológicas.

Mas semejante obra, verdaderamente titánica y genial, no es sólo el resultado de un frío esfuerzo especulativo al margen de su vida individual —tal como acontece en gran parte de los representantes de la filosofía moderna— es el esfuerzo de su vida entera, consagrada toda ella a su consecución con sus energías naturales y sobrenaturales, íntimamente interpenetradas, es la unidad de una sabiduría teórico-práctica, natural y sobrenatural, vivida en la unidad y santidad de su vida. A tal obra de sistematización de todo el saber natural y sobrenatural, de filosofía y teología, se consagra Santo Tomás como al ideal de su propia santidad individual, en cuya realización busca y encuentra él el cumplimiento de la Voluntad divina y la misión que Dios le ha encomendado. El Santo Doctor ofrenda y santifica su vida en la realización científica que Dios providencialmente le confiara. De ahí que para llevarla à cabo no se contentara y empleara principalmente los medios naturales del estudio y de la investigación, sino que, sin descuidarlos en un punto, buscara sus luces y sus fuerzas ante todo en los medios sobrenaturalès de la oración y de la penitencia.

A su vez, su sabiduría santamente realizada, impregna e ilumina toda su virtuosa vida, se realiza y vive en ella. Los principios y organización de su

sabiduría filosófico-teológica son los principios y organización de su propia vida de santo. De este modo la unidad de la sabiduría cristiana, especulativamente alcanzada, se trasunta y vive en la unidad de su vida de santo. Ni el más leve asomo de ruptura o dualidad entre la contemplación y la acción, entre lo que sabe con su fe radiante y su poderosa razón, con la teología y la filosofía, y lo que vive en cada acción como santo. Su santidad es el fruto de su contemplación, de su vida de sabio, y su sabiduría es el fruto sazonado de su santidad. Con razón ha podido él confesar humildemente en cierta ocasión a su hermano de Orden, Fr. Reginaldo de Piperno, que había aprendido más en la oración y al pie del Crucifijo que en los libros, y ha podido escribir con tanto colorido y connaturalidad cosas tan elevadas y sutiles del saber místico, que había experimentado en su propia vida de oración y unión con Dios. Toda su sabiduría está viviente en su vida, así como toda su santidad y la modalidad personal misma de su santidad está viviente en su doctrina. "Su santidad, ha dicho Maritain en una frase feliz, es la santidad de la inteligencia" y ello doble y recíprocamente, como lo venimos exponiendo: era la inteligencia de un santo que realizaba su vida de santidad en la elaboración de su obra intelectual, la inteligencia instrumentalizada *y movida por la santidad; y a su vez su santidad era el fruto de la penetración cabal y sin obstáculos de la obra de su inteligencia en todos los aspectos de su vida.*

Nunca tal vez en la historia de la filosofía y de la teología y en la hagiografía, inteligencia y vida se compenetraron tanto y alcanzaron más fuerte unidad como en Santo Tomás. La unidad de su

obra desciende, penetra y se encarna en la unidad de su vida, y la unidad de su vida se refleja y está toda ella presente en la unidad de su obra. Obra intelectual y conducta, inteligencia y vida, constituyen una unidad indisoluble: la unidad de la sabiduría de la santidad.

III

10. - Tal es precisamente el fin que se ha propuesto el eminente autor de esta obra, que hoy ofrecemos traducida al castellano.

En este libro Mons. Grabmann —probablemente el mejor conocedor e historiador contemporáneo del medioevo escolástico— ha querido poner en evidencia la íntima compenetración de la doctrina y vida en Santo Tomás. De las deposiciones juradas del proceso de canonización del Santo Doctor, sabe entresacar los rasgos dominantes de su personalidad, para reconstruir con ellos su fisonomía espiritual. Y es así cómo de tales testimonios surge la figura de aquel santo contemplativo que fué Santo Tomás, quien se santificó en la realización de su obra de sabio y se hizo sabio en su obra de santo: en el silencio, en la meditación y el estudio y la enseñanza oral y escrita. Pero lo más interesante y original de la obra del gran medioevalista alemán consiste en haber descubierto y puesto en evidencia como notas salientes de la doctrina y de la vida de Santo Tomás la sapientia, *la* caritas *y la* pax. *Familiarizado con las obras de Santo Tomás le ha sido fácil a nuestro autor comprobar con diferentes pasajes de las obras y de la vida del Santo cómo tales notas son realmente los rasgos relevantes de su doctrina. Pero lo más sugerente de esta parte central del libro es que dentro de*

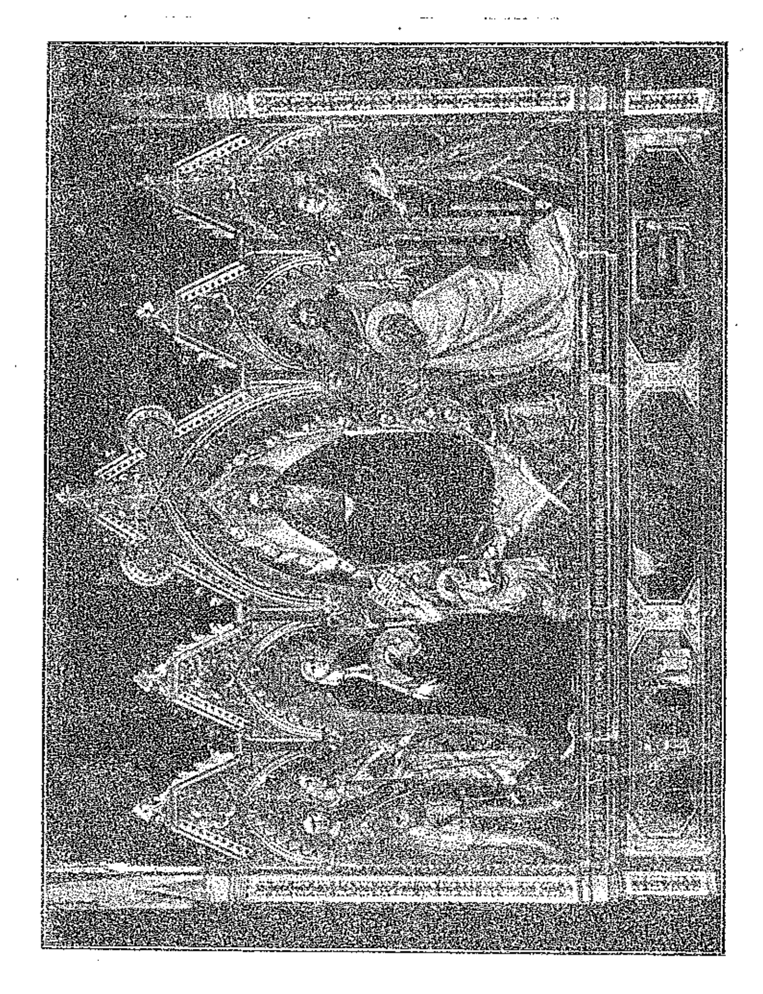


LÁMINA III

SANTO TOMAS RECIBIENDO EL LIBRO DE CRISTO REDENTOR, por ANDRÉS ORCAGNA. - Cuadro conservado en Florencia, en la Iglesia de Santa María Novella.

cada uno de los párrafos en que destaca esas notas de la síntesis doctrinal del Doctor Angélico y en íntima relación con ellas, Grabmann ha sabido destacar cómo sapientia, caritas *y* pax *son también rasgos característicos de la vida y de la santidad de Santo Tomás. Su profundo conocimiento histórico del medioevo no ha encontrado difícil hallar documentos fehacientes que ponen en evidencia semejante fisonomía espiritual de Santo Tomás, hecha de* sabiduría, caridad *y* paz. *Con fuerza y sencillez a la vez Grabmann hace ver la íntima dependencia entre la doctrina y la vida del Angélico Doctor, la unidad indisoluble entre ambas. Lo que un poco más arriba afirmábamos de ser Santo Tomás: el santo en quien probablemente con más fuerza se ha realizado esta unidad entre su saber y su vida, lo encontrará demostrado aquí el lector en estas páginas, en las cuales en torno a tales rasgos fundamentales el ilustre historiador tomista agru-*

LÁMINA III. — Sobre el altar de la Capilla de Strozzis del famoso templo que en Florencia tienen los PP. Predicadores, puede verse un hermoso políptico pintado con arte exquisito por Andrés Orcagna (1308-1368). La Santísima Virgen María con un gesto maternal, presenta ante su divino Hijo cubierto con manto real a Santo Tomás, que de rodillas recibe en sus manos el libro cuya entrega le hace Nuestro Señor, el cual al mismo tiempo da la llave de los cielos a San Pedro Apóstol presentado por San Juan Bautista. En el libro que Santo Tomás recibe de Jesucristo está escrito: «Dignus est accipere librum et aperire signacula eius. Dedi tibi cor sapiens et intelligens». San Miguel Arcángel y Santa Catalina Virgen y Mártir ocupan el extremo del políptico cerca de la Santísima Virgen. La figura del costado opuesto representa a San Lorenzo Mártir y San Pablo. Es digna de notarse la historia, expresada en figuras pequeñas al pie del cuadro, la primera de las cuales representa a Santo Tomás celebrando Misa arrebatado en éxtasis.

pa los pasajes de los escritos y los hechos de la vida del Santo. La figura espiritual de Santo Tomás, su vida espiritual en lo que de especulativa y práctica tiene, de contemplación y acción, a la luz simultánea de los textos de sus obras y de la conducta de su vida, sagazmente parangonadas, se nos presenta así en una vigorosa unidad: Santo Tomás contempla lo que vive y vive lo que contempla. *Ni una nota discordante ni un rasgo que no se corresponda entre la doctrina y la vida. Y de ambas así íntimamente compenetradas surge esta talla de gigante, de santo sabio y sabio santo, que fué Santo Tomás, cuya colosal figura domina el Medioevo y se proyecta por encima de todos los tiempos como la realización más acabada del sabio cristiano, de la unidad de la inteligencia y de la vida. Tal el sentido de la parte medular de la obra de Grabmann. En un último y hermoso capítulo, el sabio investigador ahonda en la realización íntima de efecto a causa que media entre la vida espiritual del Santo Doctor y la de Cristo. Santo Tomás ha llegado al más puro amor de Dios por la Humanidad de Cristo. El Crucifijo fué su gran libro de meditación, y de labios del Crucifijo precisamente mereció la consoladora y divina aprobación de su obra de sabio:* Bene scripsisti de me, Thoma. *En las oraciones de antes y después de la comunión, en las dirigidas a la Santísima Virgen, se descubre y respira —advierte Grabmann— todo el tierno amor de Santo Tomás a Jesucristo y a su Madre, pero no el amor impetuoso y desbordante de un San Buenaventura o de un San Bernardo, sino el que corresponde y cuadra a la modalidad de su alma, hecha de sabiduría, de equilibrio y paz.*

Sin desmedro de la profundidad doctrinal y de la fidelidad histórica, este libro de Grabmann está escrito con sencillez, es de fácil lectura y asimilación y posee el encanto y el fervor de un libro espiritual.

Hay en él una secreta fuerza que nace del amor y de la simpatía, en el sentido etimológico del término, que el autor experimenta hacia Sto. Tomás. Hasta en la elección y agrupación de las tres ideas de sapientia, caritas *y* pax *para agrupar en torno a ellas la doctrina y la vida del Santo Doctor, se trasuntan las preferencias y el alma misma del sabio, piadoso y equilibrado profesor de la Universidad de München, hecha también ella de* sapientia, caritas *y* pax, *en pos de su Maestro, cuya semblanza espiritual ha podido trazar, por eso, y ha trazado con tanta fuerza, con naturalidad y amor.*

No dudamos que la lectura detenida de este hermoso libro de Grabmann ayudará a los estudiosos de la teología y filosofía para una más honda comprehensión de la doctrina de Santo Tomás, tan fuertemente unida y compenetrada con su alma y con su vida; pero a la vez y sobre todo los estimulará a ellos y, en general, a todas las almas deseosas de su aprovechamiento espiritual, a buscar la unidad de su vida, conformando su conducta con su saber sobrenatural y natural, con su fe y con su filosofía, en la contemplación de tan bello ideal realizado en el Doctor Angélico. Ayudará él a desterrar esa frivolidad con que ciertos espíritus mediocres abordan el estudio de la filosofía y aún de la teología misma, desvinculado él enteramente o casi del todo de su propia vida.

De ahí el deseo ardiente de que estas páginas sean leídas por nuestros queridos seminaristas, esperanza de la Iglesia, —a los que hemos dedicado y dedicamos lo mejor de nuestra vida— y por nuestros estudiantes católicos y aún por aquéllos, que sin serlo, buscan con sinceridad la verdad y anhelan por conformar a ella su conducta, para que todos ellos aprendan a buscar con amor la verdad y poner en su búsqueda todo el ímpetu y el calor de su vida pura y santa, y a moldear su vida con la pura y santa doctrina que estudian y profesan.

Tal es, al menos, nuestra intención y nuestra esperanza al traducir y dar a luz en castellano este libro, cuya lectura proporcionará mucha doctrina, mucho encanto, mucha paz y mucho aliento para el estudio y la vida espiritual.

OCTAVIO NICOLÁS DERISI.

La Plata, Seminario Metropolitano Mayor "San José", en la festividad de los santos apóstoles Felipe y Santiago, 1º de mayo de 1945.

INTRODUCCION

El pintor italiano, Tommaso da Modena[1], que ha actuado también en tierras alemanas, en la segunda mitad del siglo XIV ha adornado con frescos del santo y sabio dominico la sala capitular del convento dominicano de San Niccolo de Treviso. Santo Tomás está allí representado de pie en su cátedra ante un pupitre. Tiene un libro en su diestra y apoya su izquierda sobre una iglesia. De un sol, que brilla en su pecho, salen rayos que se dirigen y penetran en esta iglesia. También en otras obras encontramos esta misma representación del más sabio de los santos y del más santo de los sabios, como ha llamado al Aquinate el cardenal Bessarion. En un relieve de terracota de Andrea della Robbia

(1) GIULIO BERTONI ed EMILIO PAOLO VICINI, *Tommaso da Modena. Atti e Memorie della R. Deputazione di storia patria per le provincie modenesi*, serie V, vol. 3, 1904. J. J. BERTHIER O. P., *Le Chapitre de San Niccolo de Trevise. Peintures de fra Tommaso da Modena*, Roma, 1912.

de Viterbo el Santo tiene un libro en su mano izquierda, mientras con su diestra mantiene en alto una iglesia. Desde el sol colocado en su pecho salen rayos hacia la iglesia. A ambos lados hay ángeles en reverente actitud. La misma idea está representada en miniaturas de manuscritos, tal como en unos de la biblioteca Laurenziana de Florencia, oriundo de San Domenico in Fiesole [2].

En esta representación de Santo Tomás veo una significativa alusión a una acción providencial en la Iglesia y para la Iglesia, desde hace más de seiscientos años. Irradia rayos sobre la Iglesia, en que se apoya, rayos de luz de verdad natural y sobrenatural, rayos de calor para la vida de la ascética y mística cristianas, del amor y perfección sobrenatural.

Suena como una profecía el dicho de un manuscrito del monasterio de Lilienfeld, escrito no mucho después de su muerte, acerca del «Frater Thomas sancte memorie, cujus doctrina

(2) Paolo de Ancona, *La miniature florentine* (sec. XI-XV), II Firenze, 1914, pág. 487.

illuminatur sancta ecclesia» (3). Los rayos con que Tomás ilumina la Iglesia en estas representaciones figurativas, salen de un sol colocado en su pecho. En verdad su grande y secular influjo sobre la Historia de la Iglesia proviene de su vida interior, de la santidad y pureza de su pensar, amar y vivir. No podemos comprender el influjo irradiante de verdad de Santo Tomás, sin penetrar en su vida interior, en su vida espiritual. Debajo de la figura del Santo en el fresco de Treviso se lee: «Fuit exemplar virtutum, virgo, eximius magister in sacra theologia, in toto orbe famosus. Multa opera fecit et in multis claruit miraculis». La santidad y pureza inmaculada del Santo está aquí antepuesta a su grandeza científica. También el Padre Santo, el Papa Pío XI, al comienzo de su Encíclica, tan profunda y ferviente, sobre la fiesta jubilar del sexto centenario de Santo Tomás, ha trazado los

(3) Cfr. M. Grabmann, *Neuaufgefundene Werke deutscher Mystiker*. Sesión de la Academia de las Ciencias de Baviera. Sección filosófico-filológico-histórica, Munich, 1922, pág. 18.

rasgos del expresivo cuadro de su santidad.

En las páginas siguientes desearía presentar de un modo simple y sencillo un análisis de la vida espiritual, un bosquejo de la figura espiritual y fisonómica de Santo Tomás, tal como esta imagen se me ha revelado y descubierto por un largo, íntimo y familiar trato espiritual con las obras, personalidad e ideología del Santo. Si en la concepción y realización de esta figura, el amor ha conducido mi mano y en ciertos pasajes ha puesto en la misma tonos más cálidos, ello no es expresión de un entusiasmo e impresión pasajera y afectiva, que con tanta frecuencia da colorido y deforma la realidad y objetividad de la representación. No tratamos de hacer en estas líneas un panegírico sobre la grandeza de Santo Tomás y sobre su intrínseco fundamento y sentido, sino simplemente la expresión e impresión de aquella grandeza que me revela un penetrante estudio de las fuentes sobre este gran Pensador, a quien con el correr de los años he aprendido a

amar y venerar más y más, como una personalidad santa, pura y noble, y que a través de su obra aparentemente impersonal, irradia de su personal idiosincrasia espiritual.

Muchas veces ha sido trazado por los biógrafos de Santo Tomás la figura espiritual y fisonómica del Santo. De la manera más destacada y fundamental ha realizado esto A. Touron O. P., que ha dedicado a esto todo el cuarto libro de su gran biografía de Tomás, llevada a cabo a partir del conocimiento más vasto de las fuentes y también de la literatura tomista [4]. También en tiempo más reciente y contemporáneo, entusiastas y fieles discípulos de Santo Tomás se han compenetrado de su vida espiritual y nos han ofrecido exposiciones y apreciaciones de su personalidad espiritual y religiosa. De un modo especial también ha incitado poderosamente a la profundización de la vida espiritual del gran Teólogo y Filósofo el centenario de la canonización del Aquinate,

(4) A. Touron, *La vie de S. Thomas d'Aquin,* París, 1736, págs. 373-592.

que nos ha aportado y aún nos sigue aportando tan valiosas y vastas publicaciones científicas de carácter ya histórico, ya científico, sobre el sistema ideológico del Santo. De estas nuevas contribuciones sobre la fisonomía de Santo Tomás, mencionaremos los trabajos de las plumas de los dominicos M. Gillet, H. Petitot, S. Ramírez y G. M. Manser[5]. La acreditada revista "La vie spirituelle" ha publicado un fascículo especial sobre: "Saint Thomas Docteur mystique".

(5) M. GILLET O. P., *La personnalité de Saint Thomas et l'impersonnalité de sa doctrine,* Toulouse, 1919. H. PETITOT O. P., *Saint Thomas d'Aquin,* segunda ed., París, 1923. S. RAMÍREZ, *¿Qué es un tomista?, La Ciencia Tomista,* 1920 (en las págs. 166-180 ofrece un análisis muy acertado de la individualidad científica de Santo Tomás). G. M. MANSER O. P., *Die Wissenschaftliche Persönlichkeit des hl. Thomas von Aquin, Divus Thomas,* 1923, 218-232. Cfr. también P. ROUSSELOT S. J., *L'esprit de Saint Thomas,* Etudes, 1911, 614-629. B. JANSEN S. J., *Die wissenschaftliche Eigenart des Aquinaten.* Stimmen der Zeit, 98 (1920), 422-456. B. JANSEN S. J., *Wege der Weltweisheit,* Freiburg, 1924, 98-124. Otras contribuciones sobre la imagen espiritual de Santo Tomás ofrecen los *"Etudes publiées par le Collège Dominicain d'Ottawa à l'occasion de sa Canonisation,* Ottawa, 1923. M. CORDOVANI O. P., *L'attualità di S. Tommaso d'Aquino,* Milano, 1923. R. FEI O. P., *San Tommaso d'Aquino, L'Uomo, Il Domenicano, Il Santo, Il Genio,* Torino, 1923. R. M. GIULIANI O. P., *L'Angelo delle Scuole,* Torino, 1924; M. JACQUIN O. P., *Le "Prudentissime Frère Thomas".* Conferencia, Fribourg, 1924. J. MARITAIN, *Saint Thomas, apôtre des temps modernes,* Revue des jeunes, XIV (1924), 461-505. (Este estudio de Maritain está incluído en su obra *El Doctor Angélico,* traducido al castellano, Desclée de Brouwer, Buenos Aires, 1942. - *N. d. T.*).

Capítulo I

RASGOS FISONOMICOS DEL ESPIRITU Y CARACTER DE SANTO TOMAS, TOMADOS DE SUS ESCRITOS Y DE LAS ACTAS DEL PROCESO DE SU CANONIZACION

Las fuentes principales para nuestro bosquejo de la fisonomía del alma y del carácter de Santo Tomás son las actas del proceso de canonización [1] y las obras del mismo Santo. En las actas del proceso de canonización se nos ha trasmitido una serie de deposiciones de testigos, quienes admirablemente concuerdan en afirmarnos los principales rasgos de la vida interior y de toda la personalidad del Aquina-

(1) Acerca del Proceso de Canonización de Santo Tomás, cfr. P. MANDONNET O. P., *La Canonisation de Saint Thomas d'Aquin* (18 de Julio de 1323). Extracto de *Mélanges Thomistes publiées à l'occasion du VIe. Centenaire,* Le Saulchoir Kain, Bélgica, 1923. A. GIGON O. P., *Histoire de la Canonisation de Saint Thomas d'Aquin,* Revue Thomiste, 1923, págs. 142 y 261. M. GRABMANN, *Die Kanonisation des hl. Thomas von Aquin in ihrer Bedeutung für die Ausbreitung und Verteidigung seiner Lehre im 14. Jahrundert,* Divus Thomas, 1923, 233-249. A. WALZ O. P., *Canonizationis S. Thomae de Aquino brevis historia,* Roma, 1924.

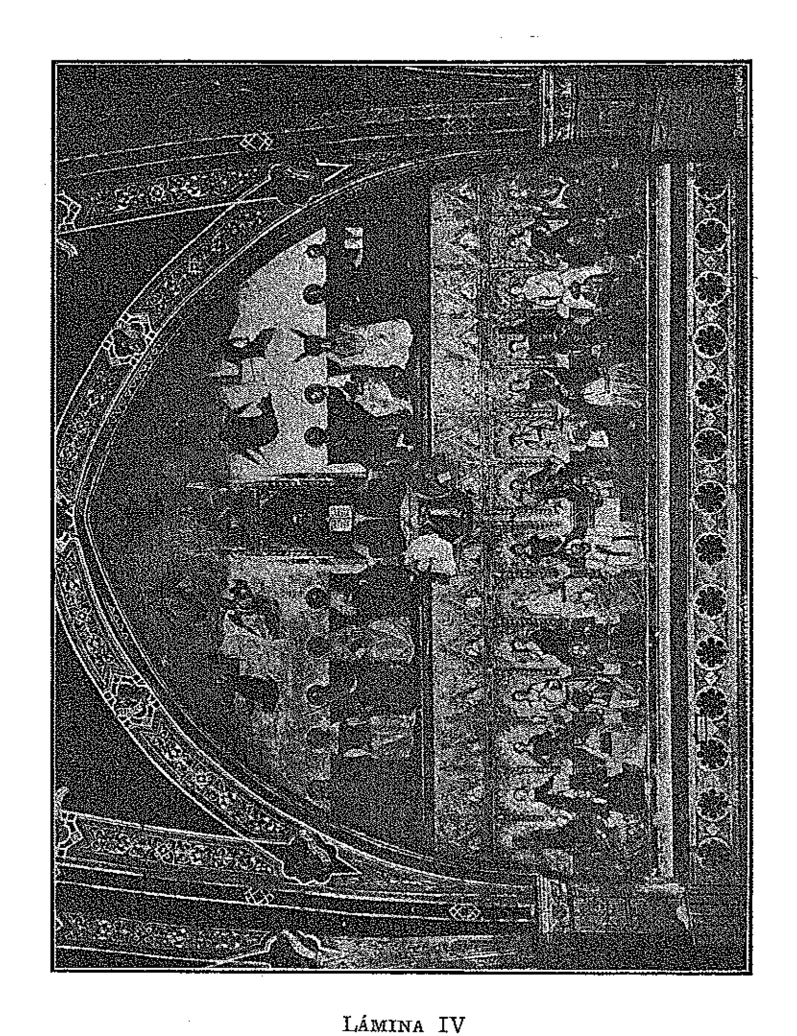


LÁMINA IV

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por ANDRÉS BONAIUTO. - Cuadro conservado en la sala capitular de Santa María Novella.

LÁMINA IV. — Andrés de Bonaiuto decoró, hacia el año 1366, la sala capitular que existe junto a la Iglesia de Santa María Novella en Florencia. Los que entran a la sala pueden ver a su izquierda, en un armonioso conjunto de innumerables figuras, el Señorío de Santo Tomás y la Sagrada Teología sobre todas las ciencias. Santo Tomás, como figura central del cuadro, está sentado con gran majestad y muestra un libro abierto en el cual se leen estas palabras: «Optavi et datus est mihi sensus, invocavi et venit in me spiritus sapientiae et praeposui illam regnis et sedibus». A ambos lados de Santo Tomás están sentados los personajes de la Biblia, de cuyas obras escribió especiales comentarios. Los Cuatro Evangelistas, Moisés, San Pablo, el Rey David, Job, Isaías y Salomón. Los tres principales impugnadores de la verdad revelada, Arrio, Sabelio y Averroes, representando los errores de todos los tiempos, se encuentran humillados y cabizbajos a los pies del Santo Doctor. Los siete ángeles que están sobre el trono de Santo Tomás son las virtudes teologales y cardinales. Ocupando la parte inferior se ven catorce figuras de mujer: a la izquierda las siete ciencias, a saber: la Teología positiva, la escolástica y la polémica, la mística y la moral, el derecho eclesiástico y el civil. A la derecha las artes que se enseñaban en el "trivium" y "quadrivium", o sea: Gramática, Retórica y Dialéctica; Aritmética, Geometría, Música y Astronomía. Debajo de cada una de las ciencias y artes, están las imágenes de los que las inventaron o en ellas sobresalieron como ejemplos clásicos. A los pies de las ciencias: Pedro Lombardo, Boecio, San Agustín, San Dionisio Areopagita, San Juan Damasceno, el Sumo Pontífice Clemente V, y el emperador Justiniano. Debajo de las artes: Prisciano (según otros Donato), M. T. Cicerón, Zenón de Elea, Pitágoras, Euclides, Tubalcaín y Tolomeo. La concepción del cuadro expresa una magnífica realidad, pues así como Santo Tomás "a la herencia de los Padres y de la Sabiduría cristiana juntó los tesoros de los griegos y latinos... así también su teología maravillosamente sintética y orgánica, ofrece a todas las tendencias intelectuales el medio de progesar con libertad y sin destruirse mutuamente sino complementándose y robusteciéndose recíprocamente" (Maritain, "El Doctor Angélico").

te. El valor de tales testimonios estriba en que ellos en parte proceden de quienes llegaron a conocer personalmente al Santo, y en parte provienen de comunicaciones de amigos íntimos del Santo. Tales amigos son ante todo Reginaldo de Piperno, el inseparable compañero, el socius carissimus, como Tomás mismo lo apellida, iniciado en todos los secretos y hechos íntimos del Santo, y Juan de Cajatia, otro dominico, que en París y Nápoles fué discípulo del Angélico Doctor y que ha gozado mucho de su intimidad («multum familiaris»). Otro de los testigos, Guillermo de Thocco, quien desempeñó un activo papel en el decurso del proceso de canonización, ha escrito también la primera «Vita S. Thomae», de la cual esencialmente dependen las biografías de Bernardo Guidonis y Pedro Calo. Estas biografías no son esas vivientes e impresionantes semblanzas espirituales, tan llenas de fuego, tales como se nos ofrecen en la vida de Eadmer, de S. Anselmo de Canterbury o en la biografía de Francisco de S. Buenaventura.

Los escritos del mismo Santo Tomás con su orientación marcadamente científica, abstracta y teorética, a primera vista parecen el diseño de su figura espiritual y fisonómica. Los Escolásticos del siglo XII, como Anselmo de Canterbury, Juan de Salisbury, nos manifiestan su pensar, querer y sentir suficientemente, a través de su correspondencia. En algunos grandes pensadores de la alta Escolástica [2], que han llegado a ocupar un cargo directivo práctico, como en Buenaventura, general y gran organizador de la Orden Franciscana, los momentos personales están por sí mismos entretejidos con la propia actividad literaria. Aun Alberto Magno sabe relatar aquí y allí en sus escritos algunos hechos personales. De Tomás, en cambio, conservamos una sola carta al abad Bernardo Ayglerius de Monte Cassino, el último testimonio de su pluma, y esta carta, en lo principal, es un dictamen

---

(2) Apogeo de la Escolástica, siglo XIII (*N. d. T.*).

científico[3]. Solamente en algunos de sus opúsculos —escritos en parte a ruegos de sus hermanos de Orden y en parte para responder a personalidades que pedían un consejo— encuéntranse al principio y al fin referencias personales, que nos permiten penetrar en la pura, noble y amable alma del Santo. Al final de su juicio sobre la forma de la absolución, redactado a pedido de su propio general de la Orden, Juan de Vercelli, escribe: "Era la voluntad de Dios que yo escribiese este opúsculo en defensa de la autoridad otorgada a San Pedro, en la fiesta de la Cátedra de San Pedro, y así he cumplido vuestra orden". Al comienzo de la «Responsio de VI articulis ad lectorem Bisuntinum», escribe Tomás de este modo tan cariñoso: "A mi muy querido en Cristo hermano Gerardo de Besanzón de la Orden de Predicadores, yo, Fr. Tomás de Aquino, de la misma Orden,

(3) Cfr. sobre esta carta M. GRABMANN, *Die echten Schriften des hl. Thomas von Aquin* (Beiträge zur Geschichte der Philosophie des Mittelalters, herausgegeben von Cl. Baeumker, XXII, 1-2), Munich, 1920, pág. 238, donde también se indica la literatura más antigua sobre el particular.

envío mi saludo con fraternal amor. He recibido tu carta con los artículos, de los cuales me pides solución. Aunque ahora estoy sobrecargado con mucho trabajo, sin embargo tan pronto como he podido me he empeñado en responderte para cumplir tu deseo". Para el Santo enteramente ocupado en tantos trabajos, debía ser sin duda un sacrificio el responder a tales cuestiones; pero su cordial y sincero amor gustosamente tomaba sobre sí tales molestias. Al final del mencionado opúsculo le pide a Fr. Gerardo una oración: "Esto es, fidelísimo hermano, mi respuesta a los problemas que me has planteado. Si te es grato, otórgame la intercesión de tu oración en pago de mi molestia". En el mismo tono, lleno de amistad y afecto, en la «Responsio de articulis XXXVI ad lectorem Venetum» responde Tomás a las cuestiones de otro hermano de la Orden: "He leído tu carta y he encontrado en ella un gran número de cuestiones, sobre las cuales me pides responda dentro de cuatro días. Aun-

que estoy ocupado con muchos asuntos, sin embargo he querido acceder muy pronto a tu deseo, por lo cual he tenido que dejar un poco de lado otros trabajos, que tenía que llevar a cabo, y ahora te envío la respuesta a todas tus cuestiones por separado". En todo caso el lector de Venecia conoce bien la abnegada condescendencia del Santo y por eso le pidió para dentro de cuatro días la respuesta a estas 36 cuestiones, que además no había formulado clara y distintamente. En las amables palabras finales el Santo alude de un modo indulgente no común a esta falta de claro planteo de las cuestiones: "Esta es, mi queridísimo, la respuesta a los artículos que me enviaste. Ha resultado más extenso de lo que hubieras deseado, pues no podía dar una precisa respuesta a lo que podía tener diversos sentidos, tanto más que no me has comunicado qué objeciones se han hecho a estos artículos. Pues en tal caso hubiera podido formular con precisión y seguridad las respuestas. Deséote goces por mucho tiempo de buena salud y te pido me pa-

gues mi trabajo con tu oración". No sé si muchos sabios de fama y sobrecargados de trabajos hubieran respondido tan amablemente, como lo ha hecho aquí Santo Tomás, a los problemas quizá oscuros e incompletos de un principiante, que le pide la respuesta a 36 problemas en el término de cuatro días. El piadoso modo de pensar del Santo se nos manifiesta también en semejantes observaciones personales de sus opúsculos. El opúsculo dedicado a Reginaldo de Piperno («ad fratrem Reginaldum socium suum carissimum»), «De substantiis separatis seu de angelorum natura», está encabezado con las siguientes palabras: "Puesto que no podemos asistir al santo servicio de Dios, propio de los ángeles, no debemos sin embargo dejar pasar inútilmente el tiempo consagrado a la devoción. El tiempo que restamos al Oficio del canto común de los salmos debemos consagrarlo a la composición de nuestros escritos". Se refiere aquí el Santo a la oración en común del Coro, que precisamente también en su Orden se lle-

va a cabo en forma hermosamente litúrgica, «angelorum solemnia», y por eso quiere emplear el tiempo, que no puede participar de la oración en común del Coro, a la elaboración de un tratado sobre los ángeles, uno de sus más profundos estudios.

De igual modo afectuoso y amable ha respondido también Tomás a personalidades, que sin pertenecer a la Orden se dirigían a él para recabar consejo y ayuda. Una princesa, muy verosímilmente la duquesa Adelaida de Brabante (1261-1267), se había dirigido al Santo con una serie de problemas relacionados con sus tareas de gobierno. El Santo responde a estos problemas en un extenso escrito «De regimine Judaeorum» [4], y a la exposición del tema antepone la siguiente introducción de índole personal: "He recibido la carta de vuestra Excelencia («Excellentiae Vestrae») y por ella me he informado a la vez de vuestro piadoso cuidado en el régimen de vuestros súbditos y de vuestro bonda-

(4) Cfr. sobre este escrito M. GRABMANN, *Die echten Schriften des hl. Thomas von Aquin*, 219.

doso amor a los hermanos de mi Orden. Loado sea Dios que ha infundido en vuestro corazón el germen de tan elevadas virtudes. Mas el que vuestra Excelencia me haya pedido en su carta responder a diversos problemas me ha resultado gravoso, primeramente a causa del mucho trabajo que me imponen mi cargo y obligación de las prelecciones («propter occupationes meas, quas requirit officium lectionis»), y además porque otros de una experiencia mucho mayor que la mía en estas cuestiones os hubiesen podido aconsejar con mayor competencia. Sin embargo, para no despertar la apariencia de indiferencia frente a vuestros cuidados y de ingratitud frente a vuestro amor, me he esforzado por responder a las cuestiones propuestas, sin querer prejuzgar con ello una mejor solución de tales cuestiones («absque praejudicio sententiae melioris»)". También en las palabras finales vuelve a ponerse de manifiesto su humildad llena de modestia: "Tal es, ilustrísima y piadosa Señora, mi

presente respuesta a vuestras cuestiones. Pero en modo alguno os impongo mi opinión; antes al contrario os aconsejo ateneros a la opinión de gente experimentada". Un laico noble, amigo de Santo Tomás, un «Dominus de Burgo», se había dirigido a él con un problema moral sobre los sortilegios supersticiosos. El Santo le responde gustosamente en el opúsculo «De sortibus». Toda la amabilidad del Santo está reflejada en las palabras de la introducción: "Vuestra caridad («vestra dilectio») me ha rogado exponerle por escrito a qué hay que atenerse acerca de los sortilegios. No sería justo que esta petición tan confiadamente propuesta no encontrase eco alguno en el corazón de un amigo. Animado de este deseo de complacer vuestro ruego y aprovechando el tiempo de las grandes vacaciones, en las que dejo de lado un tanto mis trabajos, os he redactado mi opinión sobre el sortilegio".

Su Comentario al «Perihermeneias» va precedido de la siguiente cariñosa

dedicatoria: "A su querido Preboste de Lovaina le ofrece Frater Thomas de Aquino un saludo y le desea progreso en la verdadera Sabiduría. El recuerdo del celo con que te dedicas en tus años de joven no a la vanidad, sino a la sabiduría, y el ardiente deseo de complacerte me han movido a componer, en medio de los múltiples cuidados de mis ocupaciones, un Comentario al escrito aristotélico «Perihermeneias», que tantos pasajes oscuros contiene. Creo ofrecer con ello a los más adelantados, en lo posible algo más profundo, sin que con ello haya querido perder de vista el progreso científico de los principiantes. Toma, pues, en tu celo de saber el modesto regalo literario de este comentario de Aristóteles. Si sacas de él provecho y progreso científico puedes moverme a más amplios y más grandes trabajos de esta índole".

Vamos a poner en relieve los rasgos de la figura espiritual y fisonómica de Santo Tomás a través de los testimonios del proceso de canonización. Los escritos del mismo Santo Tomás

nos ayudarán en este punto para comprender estos rasgos y para sintetizarlos en una imagen armoniosa. El dominico Jacobus de Cajatia ha depuesto bajo juramento las siguientes afirmaciones sobre la vida y conducta del hermano Tomás de Aquino[5]: "He visto al Hermano Tomás como un hombre enteramente contemplativo, enteramente desasido de las cosas terrenas y elevado a las divinas y amante de la soledad. Porque amaba tanto la soledad, era de gran honradez y pureza y de extraordinaria moderación. Nunca pedía comidas fuera de lo común, sino que se contentaba con las que le presentaban tomando de ellas en modo extraordinariamente moderado. Celebraba todos los días la Santa Misa y oía otra. Después se entregaba sin descanso a la oración, al estudio y a la actividad de escritor". A la pregunta, dónde lo había visto a Tomás, Jacobus de Cajatia respondió: "En Nápoles y Capua en el Convento de los Hermanos Predicadores".

---

(5) *Acta Sanctorum,* Martii, tom. I, 699.

Más expreso todavía es el testimonio del dominico Petrus de S. Felice, quien bajo juramento hizo la siguiente descripción de la vida y conducta de Santo Tomás [6]: "Fray Tomás era un hombre de gran pureza, tanto para sí como también en relación con otros, porque deseaba él, que los otros fueran como él era. Poseía una tan admirable humildad y paciencia que jamás afligía a nadie con palabras soberbias o hirientes. Además era Tomás un hombre de alta contemplación, que siempre o rezaba o escribía o estudiaba. Todos los días celebraba la Santa Misa y oía otra, y estaba enteramente elevado a las cosas celestiales por encima de todo lo terreno. Jamás pedía comidas especiales y estaba satisfecho con las que se le ponían delante. Durante la comida también se elevaba en contemplación, de tal manera que no se percataba cuando le quitaban algo. Tampoco se cuidaba mucho de sus vestidos". Preguntado de dónde conocía él todo eso, Fray Petrus de S. Felice respondió que había

(6) *Ibid.*, 700.

conocido personalmente a Santo Tomás y que había sido su discípulo y convivido con él todo un año en la Orden. Lo había visto en su celda y en el Coro de la Iglesia en el Convento de los dominicos de Nápoles, y había también escuchado sus lecciones y predicaciones.

Fray Conradus de Suessa, un sacerdote muy anciano de la Orden de Predicadores, expresó también bajo juramento su impresión personal de la pura y santa vida del Aquinate [7]: "Fray Tomás era un hombre de santa vida y noble conducta, pacífico, moderado, humilde, tranquilo, piadoso, contemplativo y casto, hasta el punto de permanecer enteramente virgen. Era en las comidas y bebidas tan moderado que jamás deseaba comidas especiales. Tampoco se cuidaba del lujo de sus vestiduras. Todos los días o celebraba con gran recogimiento la Santa Misa o escuchaba una o dos Misas. Fuera de las horas necesarias al descanso de la noche se dedicaba exclusivamente a las lecciones, al estudio, a la

(7) *Ibid.*, 701.

oración y a la predicación". También el testimonio de este dominico, anciano venerable de 77 años, se apoyaba en el trato inmediato de Tomás. Había él convivido muchos años con Tomás en Orvieto, en la corte de Urbano IV, en Roma y en Nápoles.

Igualmente en el trato personal, aunque no en la misma medida, se apoya el testimonio jurado de Fr. Guillermo de Thocco, prior de los dominicos de Benevento, quien estuvo muy activo como comisario en el proceso de canonización desde el año 1317 y el resultado de cuyas investigaciones se condensa después en una biografía de Tomás. Había llegado a conocer aún a Tomás hacia el final de su vida en Nápoles y oído de él lecciones y sermones y había visto cómo el pueblo en gran muchedumbre acudía recogido a escuchar sus predicaciones. Tomás era, así lo describe Guillermo de Thocco [8], un hombre extraordinariamente amable («homo dulcis»), despreciaba las cosas terrenas, era enteramente puro y casto, hasta tal punto que era univer-

(8) Cfr. *Acta Sanctorum*, Martii, tom. I, 705.

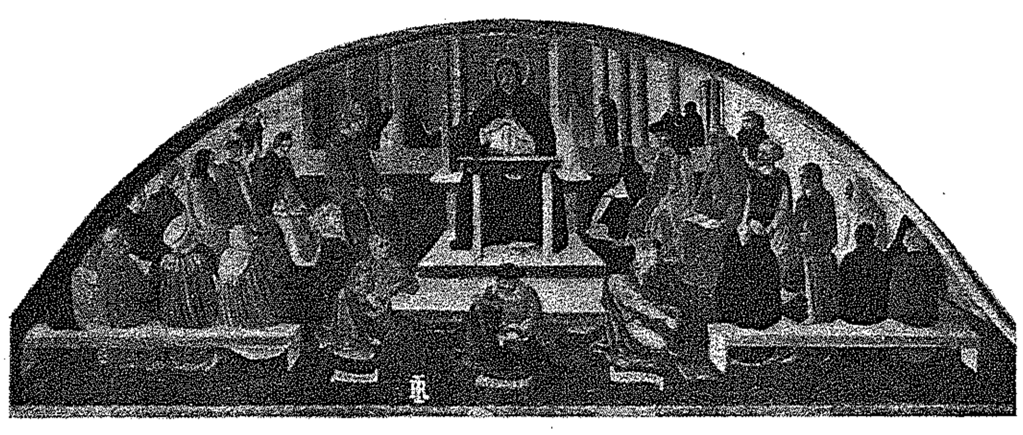


LÁMINA V

LA ESCUELA DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por el BEATO JUAN ANGÉLICO. - Cuadro conservado en Florencia, en el convento de San Marcos.

salmente señalado como virgen desde el seno de su madre. Guillermo de Thocco, quien no conoció personalmente a Tomás como los testigos precedentes, refiérese a quienes habían estado más cerca de Tomás, primeramente a Petrus de Sectia, el Procurator de los Dominicos de Inglaterra, quien tuvo a su cargo el elogio fúnebre de Sto. Tomás. En este sermón dijo que él había escuchado la confesión de toda la vida de Tomás en su última enfermedad, y que toda su vida no había sido otra cosa que oración, contemplación, preleer, predicar, disputar, escribir y dictar. Igualmente refiérese Guillermo de Thocco a las co-

LÁMINA V. — Esta pintura semicircular de Fra Angélico representa una clase dictada por Santo Tomás. En torno al santo, en un plano inferior, están sentados los discípulos tomando apuntes o bien con los ojos puestos en el maestro, atentos a sus explicaciones. A la derecha de Santo Tomás se encuentra San Luis Rey de Francia, que consultaba sus problemas espirituales y políticos con el Santo Doctor. Las tres figuras que están a los pies de Santo Tomás son los herejes vencidos por la doctrina tomista. De izquierda a derecha: Sabelio, Averroes y Guillermo de Saint-Amour, enemigo este último personal de Santo Tomás y de las órdenes mendicantes, a quien el Angélico Doctor refutó en su opúsculo «Contra Impugnantes Dei cultum et religionem».

municaciones que él personalmente había recibido de Reginaldo de Piperno sobre la ciencia de Santo Tomás. Según ellas, Tomás había alcanzado su ciencia no sólo por su natural ingenio, sino mediante la revelación e inspiración del Espíritu Santo. Porque nunca se puso él a escribir un libro sin rezar con abundancia de lágrimas, y cuando tenía él una duda, acudía a la oración y después de derramar muchas lágrimas volvía iluminado e ilustrado al trabajo. Esta y otras muchas cosas había aprendido Guillermo de Thocco de los labios de Reginaldo de Piperno.

Sobre el testimonio de quienes conocieron personalmente de cerca a Tomás, se apoya la deposición jurada de Juan de Nápoles, O. P., uno de los mejores teólogos, de la más antigua escuela tomista italiana [9], el cual igualmente puso muy vivo interés en el proceso de canonización y fué en-

(9) Cfr. acerca de esto M. Grabmann, *La scuola tomistica italiana nel XIII e principio del XIV secolo.* Rivista di filosofia neoscolastica, XV (1923), 97-155. J. Taurisano O. P., *Discepoli e biografi di S. Tommaso*, Roma, 1924, 51-55 y 73 y sgs.

cargado de hacer en la misma canonización el panegírico, que no pudo predicar por enfermedad. Su testimonio presenta en lo esencial los mismos rasgos que las anteriores relaciones [10].

Finalmente citemos todavía un valioso testimonio de labios de un hombre, que no pertenecía a la Orden dominicana, Bartolomé de Capua, Logoteta y Protonotario del reino de Sicilia. Este hombre importantísimo, que siendo joven frecuentó mucho el convento dominicano en Nápoles, se refiere a seguras comunicaciones de dominicos, que estuvieron personalmente cerca de Tomás, ante todo de Fr. Juan de Cajatia, un hermano predicador, de gran autoridad, quien era íntimamente amigo con Tomás («multum familiaris») y que había sido su discípulo en París y Nápoles. Pero Bartolomé de Capua, siendo joven estudiante también había llegado a conocer personalmente a Tomás en Nápoles y había recibido una impresión tal, que conservaba imborrable hasta su vejez.

(10) *Acta Sanctorum*, l. c., 701.

He aquí cómo comienza Bartolomé de Capua su descripción de la fisonomía espiritual y del carácter del Santo [11]: "Era opinión general de quienes diariamente trataban con Tomás, especialmente entre sus hermanos de Orden, que el Espíritu Santo estaba con él. Porque mostraba él siempre su rostro sereno, lleno de mansedumbre y dulzura, no se mezclaba en asuntos temporales, y vivía solitaria y aisladamente para el estudio, para su docencia y su actividad literaria, y para la oración a fin de ilustrar a los creyentes". De Juan de Cajatia había oído Bartolomé que Tomás siempre era el primero en levantarse por la noche para la oración y que después cuando oía llegar a los otros se retiraba de nuevo a su celda. Bartolomé da luego su propia impresión de la personalidad de Tomás a quien había expresamente observado en cuantas ocasiones pudo, caracterizándolo de nuevo en la siguiente forma. Fray Tomás estaba continuamente alejado de las cosas te-

(11) *Acta Sanctorum,* l. c., 711 y sgs.

rrenas y tenía dirigida su mirada constantemente a las cosas celestiales y altas. Era enteramente puro, virgen y sin mancilla. Nadie escuchaba jamás una palabra inútil de su boca. Era manso y humilde, nunca empleaba palabras soberbias y altaneras ni siquiera en las disputas, en las cuales los hombres faltan no pocas veces a la moderación y dominio de sí mismos. Estaba tan desprendido de las cosas terrenas, que aun cuando comía tenía los ojos dirigidos hacia lo alto, hacia arriba, y que no se percataba cuando se le ponían o sacaban los platos. Cuando los hermanos lo llevaban consigo al jardín para la recreación prontamente se alejaba, perdido enteramente en otro mundo más alto, y se retiraba a su celda. De varios dominicos, especialmente de Nicolás Fricino, quien en Nápoles frecuentaba las prelecciones de Sto. Tomás y diariamente iba a la Misa que el Santo decía en la Iglesia del convento de los dominicos de S. Domenico Maggiore, ha escuchado Bartolomé que Fray Tomás en la hora más

temprana celebraba diariamente la Santa Misa en la Capilla de San Nicolás. Tan pronto como acababa el santo Sacrificio, otro sacerdote estaba preparado para celebrar una segunda misa. Tomás asistía a la misma. Después subía a la cátedra. Acabada la prelección comenzaba prontamente su actividad literaria y dictaba a muchos amanuenses. Más tarde comía y después de comer permanecía en su celda y se ocupaba de las cosas divinas hasta el descanso de la noche. Así ordenaba toda su vida a Dios. Era muy corriente entre los que le rodeaban de que no perdía ni un momento. Bartolomé de Capua —que lo había visto algunos años en Nápoles y que lo había tratado mucho en los dominicos— solamente podía recordar de dos ocasiones en que había visto a Tomás fuera del claustro: una vez cerca de la hora de Vísperas, y una segunda vez en Capua en la corte real, en la que se ocupaba de un asunto de su sobrino.

La bula de canonización de Juan XXII de 18 de julio de 1323 [12] nos ofrece una síntesis de todos y cada uno de los rasgos, presentados en las deposiciones del proceso de canonización, para la imagen integral del alma y del carácter de Sto. Tomás. Destaquemos algunos pensamientos principales de este venerable documento, cuyo original se conserva en el Archivo departamental de Tolosa y que con motivo del jubileo de Sto. Tomás ha sido difundido en copia fototípica. El Papa, después de haber bosquejado la carrera de la vida y desarrollo del Santo hasta las alturas de su actividad

---

(12) Una fototipia de los originales de la bula de canonización, que se encuentra en los Archivos departamentales de la Haute-Garonne de Tolosa bajo el signatur serie H, Dominicos, legajo 99, está añadida a una serie de escritos conmemorativos del jubileo de Tomás, por ejemplo a la suntuosa obra publicada por P. Z. FERRETTI O. P., *In honorem D. Thomae Aquinatis sexto saeculo exeunte a sanctorum caelitum honoribus ipsi decretis Documenta Pontificia miris artis operibus illustrata,* Roma, 1923; al número conmemorativo de *Divus Thomas* (3ª entrega de 1923) y a la publicación del P. S. SZABÓ O. P., en los amplios y ricos volúmenes de *Xenia Thomistica,* Roma, 1924. El P. ANGEL VALZ O. P., Archivista de los Archivos del Generalato de los PP. Dominicos de Roma, ha editado la bula de canonización, en los *Analecta Ordinis Praedicatorum* (número de Agosto de 1923), aparecida también separadamente bajo el título: *De Bulla Canonizationis Sancti Thomae Aquinatis,* Roma, 1923, con una investigación de profundidad histórica y documental.

científica como profesor de Teología y como creador de monumentales obras de Filosofía y Teología, da la siguiente descripción de su santa vida interior: "Tomás ha realizado y llevado a cabo todo esto como un hombre sabio y experimentado, que estaba enteramente desprendido de aspiraciones y ambiciones terrenas y ordenado a la consecución de los bienes celestiales. En su consagración al estudio y la ciencia dejaba de lado lo temporal para alcanzar lo eterno, anteponía lo divino para recibir fuerza sobrenatural para la escuela y enseñanza, al par que celebraba diariamente la Santa Misa antes de sus trabajos científicos y asistía a una segunda Misa o, cuando no celebraba, asistía a dos misas, y a la vez que con esto, así como también en sus incesantes plegarias con efusión de lágrimas, manifestaba la piedad y dulzura de su espíritu a Dios, a quien nada está oculto. Brilló en el esplendor de la castidad y apoyó esta virtud con humildad y la alimentó con la templanza, de tal modo

que según opinión común conservó incólume la virginidad durante toda su vida. También el confesor del Santo, un hermano suyo de la Orden, que lo había escuchado en confesión largo tiempo, declaró públicamente el día del entierro ante toda la comitiva fúnebre: "He escuchado la confesión general de este santo hombre y atestiguo que lo he encontrado como un niño de cinco años, porque jamás ha experimentado la corrupción de la carne. Tomás estaba satisfecho con la comida de la Orden y con hábitos comunes. Era dulce en el trato con los otros, lleno de amable bondad y compasiva misericordia, se sometía humildemente a los otros y estaba adornado con la variedad de las otras virtudes. Despreciaba el falso brillo de los honores terrenos y evitaba con diligencia el trato con mujeres. Alejaba de sí los deseos ambiciosos de preeminencia, y aun en las disputas, en las cuales se falta frecuentemente a la moderación de la modestia, no conocía la arrogancia. Y aun cuando otros se le oponían

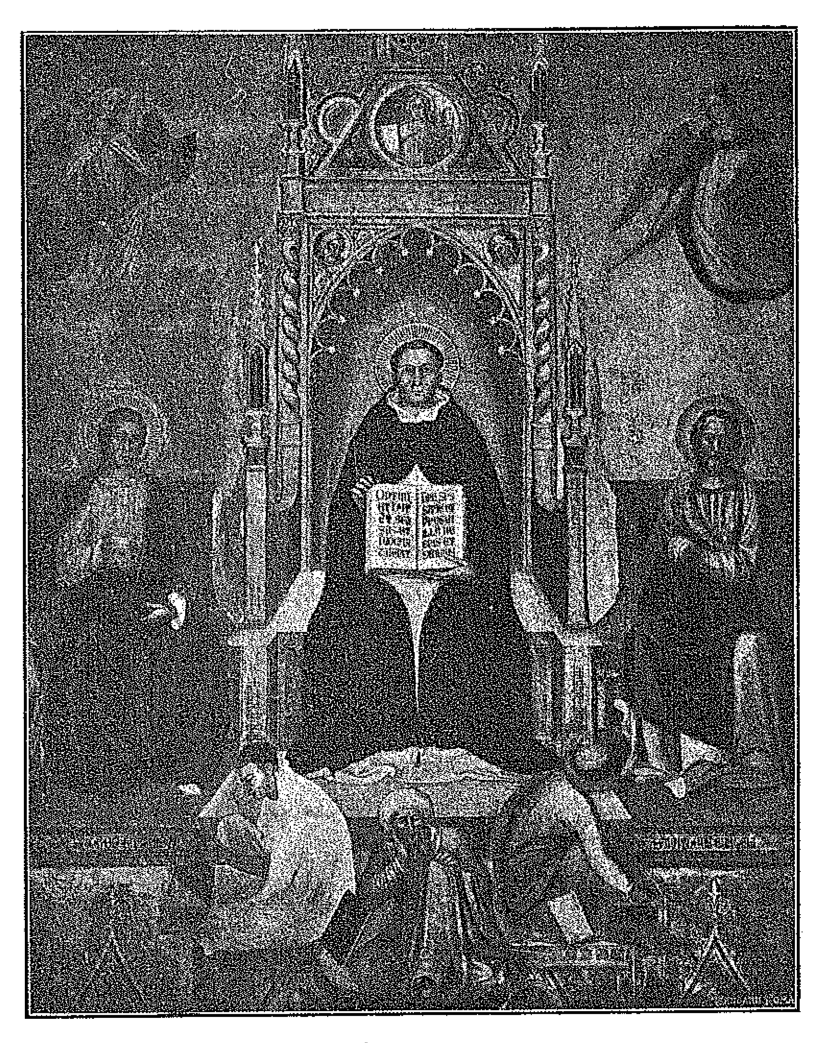
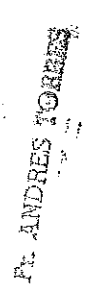


LÁMINA VI

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO (Parte central del cuadro anterior), por ANDRÉS BONAIUTO. - Cuadro conservado en la sala capitular de Santa María Novella.

de un modo altanero en estos ejercicios de luchas silogísticas, nunca empleó palabra que hiriese al amor y a la humildad. Así estaba enteramente entregado a las cosas divinas este siervo de Dios, consagrándose por completo a la enseñanza teológica, en la que se distinguía, a la predicación, con la cual tan poderosamente influía en los oyentes, a la oración, en la cual era tan interiormente piadoso, y al estudio de la Sagrada Escritura, que tan profundamente comprendía. Aconteció así que, excepto las pocas horas de indispensable descanso, no perdió ni un momento de tiempo".

LÁMINA VI. — Comparando la ilustración II con ésta, puede observarse la notable semejanza de ambas; las cuales sirvieron de modelo al Beato Angélico. Se sabe con certeza que Fra Angélico se inspiró en las imágenes de Bonaiuto y de Traini para pintar el cuadro de Fiesole, acentuando en su tela la dulzura, que distinguía las facciones de Santo Tomás, rasgo, por otra parte característico de las composiciones del ilustre artista dominicano.



Capítulo II

LOS RASGOS ESENCIALES DE LA VIDA ESPIRITUAL DE SANTO TOMAS DE AQUINO

1. - Sapientia

Los relatos que hemos escuchado de las actas del proceso de canonización de Sto. Tomás son bastante iguales y uniformes. La vida de un sabio que transcurre de un modo uniforme e igual y que ha vivido en la silenciosa celda de un convento entregado enteramente a Dios, a su vocación y a sus libros, no se asemeja al torrente en el marco de un grandioso paisaje de montañas, sino más bien a un arroyo que se desliza tranquilo y suave fertilizando prados y campos. Estas sencillas notas sobre la vida interior de Sto. Tomás adquieren vivos y resplandecientes colores, si hacemos incidir sobre ella rayos de luz de sus obras, si tomamos como comentario de estas de-

posiciones del proceso de canonización lo que el Santo ha escrito desde lo más íntimo del alma sobre los fines, leyes y medios de la virtud y perfección cristianas.

Ante todo hay tres rasgos fundamentales, que claramente se nos ofrecen en estos testimonios. Tomás es celebrado como contemplativo, como pensador, que enteramente vive en el mundo de lo suprasensible, sobrenatural y divino; además se pone de relieve su ardiente amor de Dios, que se expresa principalmente en su vida de oración y en la consagración de todo su ser a Dios, en la dedicación al Señor de su actividad interior y exterior; finalmente es celebrado su carácter armónico, igual, no turbado o desviado por pasión alguna desordenada; mientras su tierna pureza virginal, su humildad, su tranquilidad y moderación, su bondad, mansedumbre, amabilidad aparece más y más como la característica o dirección de toda su existencia.

Querría expresar estos tres rasgos fundamentales en las palabras «Sapientia, Charitas y Pax».

La vida espiritual de Sto. Tomás posee enteramente el cuño de la sabiduría, está totalmente abierta a la contemplación, a la penetración y a la ordenación de la verdad. El arte ha expresado, sobre todo en los cuadros que representan el triunfo de Sto. Tomás, este rasgo fundamental de la más pura y sublime santidad en Tomás, elevado a las alturas de la contemplación natural y sobrenatural de la sabiduría. Tales representaciones de los triunfos de Sto. Tomás los tenemos de Taddeo Gaddi en la Capilla española de Santa María Novella en Florencia, de Francisco Traini en la Iglesia de Sta. Catalina de Pisa, de Filippino Lippi en Santa María Sopra Minerva y de Benozzo Gozzoli en un cuadro al temple en el Museo del Louvre en París. El P. L. Ferretti O. P., en su magnífica y ya mencionada obra, ofrece reproducciones y descripciones de dos representaciones del triunfo de Sto. Tomás, que han quedado hasta ahora desconocidas en más amplios círculos. La una proviene de Antonello da Messina [1] y se en-

(1) L. Ferretti, l. c., tab. VIII y pág. 73.

cuentra ahora en el Museo Nacional de Palermo. En la parte superior del cuadro aparece Dios Padre con dos ángeles a la derecha, quienes tienen en sus manos un libro con la inscripción «Bene scripsisti de me Thoma», y con dos ángeles a su izquierda, quienes de igual modo tienen un libro, en el cual se leen las palabras «Sensum tuum, Domine, quis scire poterit, nisi tu dederis sapientiam?» Está, pues, señalada aquí la sabiduría como el rasgo esencial de Sto. Tomás. El Santo está sentado en una cátedra, en medio del cuadro, rodeado de ángeles. A su derecha está un papa, a su izquierda un rey. Un poco más abajo, a la izquierda, clérigos y religiosos, a la derecha laicos, escuchan sus palabras. Averroes yace a sus pies vencido y derrotado. Proviene la segunda representación de la escuela de Antonello da Messina y en la actualidad se conserva en el Museo del Palazzo Bellomo de Siracusa [2]. Sto. Tomás está sentado aquí sobre la cátedra. Tiene a su derecha a S. Pedro y a su izquierda a S. Pablo. Un

(2) *Tab. IX* y pág. 74.

grupo de clérigos y laicos escuchan su doctrina". Abajo está de nuevo pintado Averroes, cuya derrota constituye la idea fundamental común del triunfo de Sto. Tomás. En el cuadro de Traini y de Gozzoli el libro que Sto. Tomás tiene abierto ante sí, lleva a modo de lema y programa de la labor espiritual de su vida las palabras: «Veritatem meditabitur guttur meum et labia mea detestabuntur impium» (Prob. 8, 7). Tales palabras son las mismas que Sto. Tomás ha colocado al comienzo de su «Summa contra Gentiles» y con las cuales expone allí en todo su sentido el «Officium sapientis».

El más vigoroso e impresionante de estos cuadros es el triunfo de Sto. Tomás de Taddeo Gaddi en la Capella degli Spagnuoli de Florencia. Tomás está sentado aquí en una cátedra y tiene ante sí un libro abierto, en el cual se leen las palabras: «Optavi et datus est mihi sensus. Invocavi et venit in me Spiritus sapientiae» (Sab. 7, 2). El P. J. Berthier O. P., que desarrolla las ideas de este cuadro en una enjundio-

sa monografía, anota con acierto [3]: "En estas palabras está expresada toda la vida del Maestro Tomás. Desde la infancia anhela él más alta y divina sabiduría y en Monte Cassino pregunta al maestro maravillado: ¿Qué es Dios? Pide la ciencia y la obtiene, anhela e implora profunda penetración y la recibe. Pide el Espíritu de sabiduría y desciende sobre él. Abandona todo para seguir la sabiduría: su nombre de nobleza, sus padres, su porvenir y esperanzas terrenas, prefiere la sabiduría a todos los honores".

Podemos distinguir una triple sabiduría, en la cual Tomás ha encontrado el sentido y la felicidad de su vida: la «Metafísica», que es señalada por Aristóteles como sofía, la «Teología sobrenatural» y el «donum sapientiae», la sabiduría del don sobrenatural del Espíritu Santo, que fundamenta la «cognitio Dei experimentalis», la contemplación místicamente amorosa y beatificante de Dios. Tomás es el

(3) J. J. BERTHIER O. P., *Le triomphe de Saint Thomas peint par Taddeo Gaddi dans la chapelle des Espagnols à Florence,* Freiburg (Suisse), 1897, pág. 56.

más grande metafísico de la Escolástica y en general de la Filosofía cristiana. En un esfuerzo personal ha unido en una gran síntesis la Metafísica inductiva y geocéntrica de Aristóteles —sobre la que ha escrito un comentario congenial— con la Metafísica teocéntrica de S. Agustín. Su aspiración metafísica se dirige a que en el alma se refleje todo el orden del universo y de sus causas. El P. Garrigou-Lagrange, probablemente el conocedor y expositor más especulativo de la metafísica tomista de nuestros días [4], caracteriza la filosofía de Sto. Tomás como una «filosofía del ser» en oposición a la filosofía moderna que caracteriza como una «filosofía del devenir y del fenomenalismo» [5].

El prestigioso filósofo italiano, F. Olgiati, ha expuesto en un trabajo «L'anima de Santo Tommaso», la metafísica del ser como el alma de todo

---

(4) Esta obra fué publicada por Grabmann en el año 1924. (N. del T.).

(5) GARRIGOU-LAGRANGE O. P., *Dieu, son Existence et sa Nature,* París, 1915.

el sistema tomista [6]. Desde las alturas de la ciencia del ser Tomás domina el reino de las ideas y de las realidades. Este punto de mira se debe exigir si se quiere comprender y juzgar a Tomás en toda su propiedad y significación. No me incumbe tratar aquí de los fundamentos y cuestiones principales de la metafísica tomista del ser, de su doctrina de la realidad ontológica del ser, de la analogía de la idea del ser, del valor ontológico y trascendental de los primeros principios, de su doctrina de la potencia y acto, de la esencia y experiencia, de la orientación metafísica de su doctrina del conocimiento, ética y estética fundada en la idea de la verdad, bondad y belleza ontológica; de su metafísica de las causas y de la contemplación teológica del mundo. Sólo quiero destacar brevemente dos cosas: en primer lugar, la significación de la orientación metafísica de Sto. Tomás para la estructura y sistemática de su edificio científico, y en segundo lugar el influjo de este

---

(6) F. OLGIATI, *L'anima di S. Tommaso* Saggio filosofico intorno alla concezione tomista, Milano, 1923.

modo metafísico de meditar sobre su concepción de la naturaleza y la sobrenaturaleza. Estos son puntos de vista en los cuales alcanza su máximo valor el momento de la sabiduría que todo lo contempla, ordena y distingue. La admirable y también muy admirada arquitectónica y sistemática de la ideología y de las grandes obras de Santo Tomás no es sólo una sistemática de la disposición exterior y de la clara división de materias, no es sólo resultado y función de división lógica, sino también una sistemática de desarrollo interior, a la vez que grandes pensamientos y puntos de vista metafísicos y teológicos en sus consecuencias, irradiaciones y relaciones, atraviesan como grandes leyes el edificio total del pensamiento, dominan y le prestan un gran estilo hecho de unidad. La disposición exterior es solamente la manifestación, el vestido de esta sistemática interior, que crece desde un desarrollo orgánico y desenvolvimiento de las grandes ideas centrales. En la Suma Teológica —la obra fundamental insuperable de la

arquitectónica tomista— se nos presenta la orientación metafísica en íntima conexión y mutua compenetración con las grandes ideas de la Revelación sobrenatural. Este efecto sistemático y desarrollo orgánico de la metafísica tomista del bien se nos muestra en la forma más pura en los tres primeros libros de la «Summa contra Gentiles». Las perspectivas del edificio intelectual filosófico-teológico de Sto. Tomás se nos manifiestan en toda su claridad y eficacia, cuando consideramos tan grandes pensamientos metafísicos fundamentales en sus ramificaciones y aplicaciones a través de todo el sistema, tal como lo han realizado con éxito los tomistas de ayer y de hoy. La metafísica de Sto. Tomás no es sólo una construcción conceptual, sino que está en relación vital con la realidad. Es una convicción fundamental de su filosofía que el espíritu humano puede sacar de la realidad dada el ser y los principios y relaciones del ser, primeramente por medio de la abstracción, después también por la intuición y por el pensar lógico, y pue-

de aprehender una armonía de las leyes del ser con la estructura de nuestro espíritu, la «ratio» en sentido objetivo y subjetivo, que tiene su fundamento último en Dios, el fundamento primero del ser y del pensar [7]. Los primeros principios del ser en su valor trascendental y cognoscitivo más allá de los límites de lo empírico son también a la vez los sillares inconmovibles, sobre los cuales nuestro pensamiento causal construye el puente del conocimiento de Dios. La doctrina metafísica de la analogía del ser, es decir, la doctrina en que se expresa el ser de Dios y de los grados de lo finito no en un sentido unívoco igual, ni tampoco en un sentido equívoco enteramente diverso e impropio, sino en un sentido análogo fundado en la relación del efecto finito con la causa infinita, demuestra el justo medio de nuestro conocimiento de Dios y del mundo entre

(7) Sobre este tema versa mi trabajo: *Der göttliche Grund menschlicher Wahrheitserkenntnis nach Augustinus und Thomas von Aquin,* estudio sobre la teoría agustiniana de la iluminación y su crítica por Santo Tomás de Aquino, Publicaciones del Instituto católico de Filosofía, Academia Alberto Magno, t. I, cuaderno 4, Münster, 1924.

el monismo, por una parte, y el agnosticismo y puro simbolismo, por otra. La doctrina metafísica del acto y la potencia, de la real distinción entre esencia y existencia en los seres finitos, permite destacar muy claramente en el sistema tomista la distinción esencial de Dios y del mundo, la trascendencia divina sobre el mundo, mientras, por el contrario, la penetración en la causalidad universal divina que penetra hasta el más íntimo ser y obrar de las creaturas ofrece una profunda concepción de la inmanencia de Dios en el mundo. Estas son solamente algunas alusiones sobre el alcance de la posición metafísica de Sto. Tomás para la arquitectura y sistematización de su concepción filosófico-teológica.

De igual modo sólo brevemente puedo referirme al segundo punto, al influjo de este modo metafísico de ver sobre la concepción de Sto. Tomás acerca de naturaleza y sobrenaturaleza.

Cuando se echa una mirada sobre las obras teológicas principales de Sto. Tomás, principalmente sobre su Suma Teológica, entonces las exposi-

ciones filosóficas, especialmente las metafísicas, aun en sus relaciones puramente teológicas, parecen ocupar un lugar tan grande que el aspecto sobrenatural puramente teológico disminuye en comparación con otros grandes escolásticos, por ejemplo con San Buenaventura. El edificio de Sto. Tomás ha causado también la impresión de racionalismo en algunos serios pensadores. Y sin embargo no es así. Ninguno de los grandes teólogos católicos del Medioevo ha trazado con más precisión y claridad que Sto. Tomás los límites entre naturaleza y sobrenaturaleza, fe y ciencia, filosofía y teología. Y porque tan precisamente ha trazado estos límites, por eso ha expuesto de la manera más clara lo propio de la naturaleza y de la sobrenaturaleza, de la ciencia y de la fe, de la filosofía y teología y también de su armonía [8]. En cambio, direcciones fi-

(8) Cfr. GARRIGOU-LAGRANGE O. P., *De spiritu supernaturali Theologiae D. Thomae,* Miscellania Dominicana, Romae, 1923, 141-150. E. GILSON, *Le Thomisme,* Introduction au système de Saint Thomas d'Aquin, París, 1923, 22-37. G. MANSER O. P., *Die aristotelische Lehre von Akt und Potenz als Grundlage der thomistischen Fassung von Glaube und Wissen,* Divus Thomas, II (1924), 196-221.

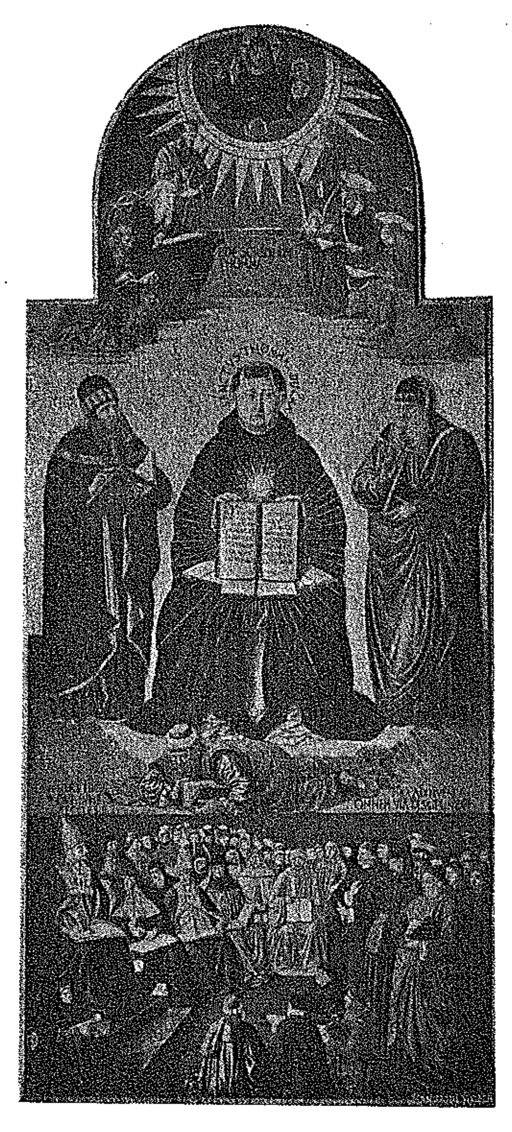


LÁMINA VII

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por BENOCIO GOZZOLI. - Cuadro conservado en el Museo Nacional de Louvre.

losóficas y teológicas, que a primera vista más bien poseen el sello del sobrenaturalismo, como por ejemplo el Jansenismo, el Tradicionalismo y el Ontologismo, han conducido a la confusión de los límites de naturaleza y sobrenaturaleza, y a la confusión y disolución de lo sobrenatural.

La distinción y también la armonía entre la naturaleza y sobrenaturaleza,

LÁMINA VII. — Benocio Gozzoli (1420-1498), discípulo de Fra Angélico, copió en este cuadro el plan seguido por Francisco Traini (ilustración II). En la parte superior están los mismos personajes que vimos en la reproducción mencionada: Nuestro Señor Jesucristo, rodeado por San Pablo, Moisés y los Cuatro Evangelistas. Debajo de Nuestro Señor, grabadas en una lápida, se leen las palabras que oyera una vez Santo Tomás estando en oración: «Bene scripsisti de me, Thoma». En ademán de explicar sus libros, Aristóteles a la derecha y Platón a la izquierda, rodean a Santo Tomás que sostiene sobre sus rodillas varios volúmenes y muestra la primera página de la "Summa contra gentiles". que comienza con estas palabras: «Veritatem meditabitur guttur meum et labia mea detestabuntur impium. Multitudinis usus quem in rebus nominandis philosophus censet» etc. Averroes a quien comentaban los más famosos profesores de las Universidades europeas, yace confundido a los pies de Santo Tomás. La escena del plano inferior expresa, a lo que parece, el sermón pronunciado por el Sumo Pontífice Juan XXII en Avignon el 14 de Julio de 1323. Sobre el auditorio que rodea al Sumo Pontífice están escritas las palabras que la Iglesia agradecida dirige a Santo Tomás: «Vere hic est lumen ecclesiae - Hic adinvenit omnem viam disciplinae». Este cuadro que Benocio Gozzoli pintara para el palacio arzobispal de Pisa fué trasladado al Museo Nacional de París el año 1810.

ciencia y fe, filosofía y teología, descansa en Sto. Tomás sobre la base granítica de las concepciones metafísicas. Dios, el Ser absoluto, es el origen y causa de todo ser finito natural, el cual por la acción creadora divina es un ser participado, una participación natural de su Ser divino. Dios, cuya infinita plenitud y espiritualidad en la misteriosa fecundidad de la vida trinitaria está por encima de todo natural conocimiento, también es la causa de la sobrenaturaleza, puesto que por la libre y amorosa acción santificante divina, el espíritu creado es elevado a la participación de esta misteriosa vida divina, a una forma y grado de unión con Dios por encima de todo barruntar y alcance natural. Desde el seno de Dios, la absoluta eterna Verdad, fluyen también los dos ríos de luz de la verdad natural y sobrenatural, tomados por la ciencia y la fe, la filosofía y la teología. Y bien, son precisamente convicciones metafísicas las que conducen a Tomás a una afirmación optimista de la armonía entre el orden natural y sobre-

natural de la verdad. Las grandes verdades de la metafísica, las primeras leyes del ser, que a la vez son leyes del pensar, están sostenidas, como enseña Sto. Tomás en pos de Agustín, en el espíritu y esencia de Dios, y poseen absoluto valor tanto para el dominio natural como para el orden sobrenatural. También la verdad sobrenatural divinamente revelada se ajusta al marco de verdades metafísicas primeras, aunque aun en cuanto a su contenido domine por encima de las cumbres metafísicas. El contingente orden físico puede ser quebrantado, según la enseñanza de Sto. Tomás, por la Omnipotencia de Dios para manifestación de la Revelación y Misión divinas, pero entre los inmutables y primeros principios de la Metafísica y las verdades de la Revelación sobrenatural no puede existir realmente contradicción insalvable. La doctrina de Sto. Tomás de Aquino sobre la ciencia, tal como está desarrollada sobre todo en su profundo tratado «In Boethium de Trinitate», precisamente por su orientación metafísica engendra orden y armonía de

las distintas ramas del saber humano y proclama también la concordia entre el conocimiento de la verdad natural y sobrenatural.

No se puede comprender hondamente la filosofía ni tampoco la teología del Angélico Doctor ni penetrar en la profundidad de su concepción sobrenatural de Dios y del mundo, si antes no se ha penetrado en su pensamiento metafísico por un cuidadoso estudio de sus obras. De aquí que también los primeros discípulos de Sto. Tomás —cuyas obras van siendo conocidas cada día más, gracias a una amplia investigación de los manuscritos— precisamente en los problemas metafísicos se adentraron en el espíritu de su Maestro ardientemente amado. En las postrimerías del Medioevo, los dominicos Pablo Soncinas y Domingo de Flandes han expuesto en vigorosas obras la metafísica aristotélico-tomista. Tampoco en nuestros días, en que un vehemente anhelo por la metafísica se ha apoderado de tantos espíritus, la Metafísica de Santo Tomás ha perdido su elevado valor, probado en el

espíritual debate de los siglos. Por eso el Papa Pío XI escribe en su magnífica Encíclica de Santo Tomás del 29 de junio de 1923: "La metafísica de Santo Tomás, aunque a menudo ha debido soportar el juicio severo de injustos críticos, como el oro, al que no puede corroer ningún ácido, ha conservado enteramente su fuerza y su brillo aun para nuestros días". Que la metafísica tomista tampoco ha perdido su importancia en la lucha espiritual contemporánea, lo han demostrado ampliamente filósofos católicos como Garrigou-Lagrange O. P., J. Marechal S. J., Cl. Baeumker, J. Geiser, etc., en confrontaciones de esta metafísica con las corrientes espirituales modernas. Aun pensadores que están fuera del círculo del pensamiento católico y escolástico, que se abren paso a la metafísica pese a todos los prejuicios, inconsciente y también conscientemente se encaminan hacia convicciones en la gnoseología y metafísica, que en la línea recta del espíritu no están demasiado lejos de los principios fundamentales de la metafísica tomista. Un

descollante investigador contemporáneo de la naturaleza, que reune la más penetrante investigación científica especializada de la naturaleza con la sagacidad filosófica, escribe en su última obra estas hermosas palabras: (9) "Mis convicciones se enraizan en el pensamiento de Aristóteles y de sus sucesores en la Edad Media, «Alberto Magno y Tomás de Aquino». Mientras Alberto exigía que se otorgase valor a la experiencia como única fuente de verdad en las investigaciones de ciencias naturales, se debe a Santo Tomás el haber constituído como fundamento de la filosofía y con ello también de las ciencias naturales el principio de causalidad (nada llega a ser sin causa). Tomás ha reconocido además que no es suficiente para explicar los fenómenos de la naturaleza quedarse en las relaciones de causa a efecto, sino que se debe admitir para los seres vivientes una esencia inteligible como conductora y rectora de la naturaleza, a

(9) J. Reinke, *Naturwissenschaft, Weltanschauung, Religión*, Freiburg, 1923.

causa de la teleología y actividad final, que se manifiesta en ellos con toda evidencia: de este modo sobre el fundamento de ambos puntos de vista, del principio de causalidad y del principio de teleología, concluye Tomás la existencia de Dios desde su obra, la naturaleza".

La segunda forma superior de sabiduría es la teología, la «sacra doctrina», la sagrada ciencia, como preferentemente la llama Santo Tomás. Mientras la metafísica es sabiduría y ciencia puramente humana natural, la reina de todo saber natural, la teología es sabiduría y ciencia humano-divina, divina en sus principios, en los misterios de la fe revelados por Dios y en la fe sobrenaturalmente divina, con la cual asentimos a estas verdades con absoluta certeza, humana en las consecuencias sacadas de las verdades de la fe, con ayuda de la filosofía sobre todo, en el descubrimiento y desenvolvimiento de las profundas y entre sí relacionadas verdades contenidas en la doctrina de la revelación. La metafísica es en su término, en su corona-

ción, también ciencia de lo divino, pero es un conocimiento de Dios obtenido con la ayuda del pensamiento causal por la ascensión del espíritu humano de abajo arriba, en cuanto todo conocimiento filosófico está ordenado en definitiva al conocimiento de Dios a través de las criaturas. La metafísica es un conocimiento de lo divino «secundum modum nostrum», un conocimiento de Dios acomodado a nuestra vida natural espiritual y no superándola a ella. La teología, en cambio, es un conocimiento de lo divino «secundum modum ipsorum divinorum», un conocimiento de los misterios divinos contemplados desde el punto de vista del mismo saber «divino», que supera al alcance natural de nuestro espíritu, orientado al conocimiento que Dios tiene de sí mismo, adaptado al carácter sobrenatural de los misterios de la fe. Este conocimiento de lo divino según Dios, si así podemos hablar, será perfecto tan sólo en el cielo, en la eterna contemplación sin velos de Dios. La teología sobrenatural de la vida del tiempo es solamente una participación

de la «Theologia cœlestis», una asimilación del conocimiento de Dios mismo, en cuanto mediante la fe infusa se adhiere a Dios, la Primera Verdad por sí misma [10].

Su elevada concepción de la Teología la expresa Tomás en esta frase: «Sacra doctrina est velut quædam impressio divinæ scientiæ, quæ est una et simplex omnium («S. Theol., I, 1, 3, ad 2»). La ciencia sagrada es en cierto modo una impresión, una profundización del saber divino en nuestro espíritu y participa, por ende, también de las propiedades del saber de Dios, su unidad y simplicidad. Con razón se interpreta la disputa de Rafael como representación de la ciencia teológica, que está ordenada a la ciencia de Dios y de los santos.

La Teología para Tomás no sólo es ciencia o la más elevada de todas las ciencias, sino también sabiduría, «sapientia divina». "La Teología, así se expresa el Santo Doctor [11], porque considera las causas más elevadas, es

(10) *In Boethium de Trinitate,* q. 2, a. 2.
(11) *In I Sent., prol.,* a. 3, sol. 1.

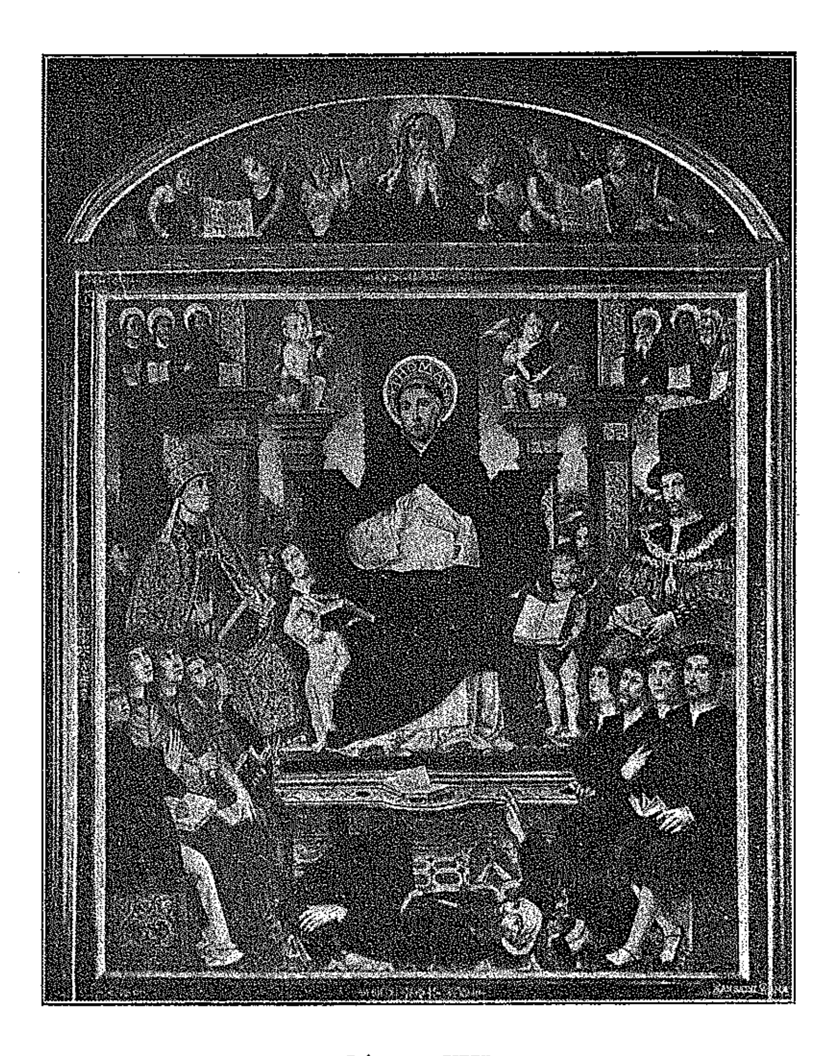


LÁMINA VIII

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por ANTONELLO MASSANENSE. - Cuadro conservado en el Museo de Palermo.

sabiduría en estricto sentido. Es sabiduría en un sentido superior al de la metafísica. Porque considera ella estas causas supremas según el modo de estas causas mismas, porque se apoya en una inmediata inspiración y revelación de Dios, mientras que por el contrario la metafísica considera las causas supremas desde los aspectos

LÁMINA VIII. — Este cuadro, que representa el triunfo de Santo Tomás, obra de Antonio Massanense (1414-1479), fué pintado para el oratorio de Santa Zita, y se conserva actualmente en el Museo Nacional de Palermo (Italia). Massanense como Traini, en cuya obra similar evidentemente se inspiró, divide la pintura en tres planos. En el hemiciclo superior representó al Padre Eterno en medio de hermosos y sonrientes ángeles, dos a la derecha y dos a la izquierda sosteniendo abiertos, sendos libros en los que se lee respectivamente: «Bene scripsisti de me, Thoma - Sensum tuum domine quis scire poterit nisi tu dederis sapientiam?». La figura del Santo Doctor ocupa el centro del cuadro. El rostro trasparenta la bondad y grandeza de su alma; el gesto es elegante y exacto; la postura denota el equilibrio de las facultades y el recogimiento propio de los santos. Dos ángeles están al costado de Santo Tomás y en la parte superior de este plano seis figuras de santos y otros dos ángeles llevan en sus manos libros cuyas páginas muestran. El Sumo Pontífice, cardenales y sacerdotes a la derecha, el rey, nobles y pueblo a la izquierda, simbolizan la sociedad eclesiástica y civil cuyos fueros defendió Santo Tomás contra los errores nocivos a ambas. Tampoco falta Averroes, que parece acabara de caer juntamente con sus obras, en ademán de mostrar al espectador el poder de Santo Tomás. Antiguamente un entusiasta admirador del Angélico Doctor grabó al pie de este cuadro, los siguientes versos escritos en expresivo latín medioeval: «Sternitur afflictus - Averroës undique victus - Commentator fictus, - Nec Thomae sustinet ictus».

tomados del dominio de lo creado. A la Teología, por ende, más que a la metafísica hay que señalar como divina, porque es divina según su objeto y contenido, y también según el modo y manera con que lo alcanza, mientras la metafísica, como teología natural, sólo es según su contenido".

Por esto, porque santo Tomás eleva la ciencia teológica hasta la condición de sabiduría, también le otorga una significación eminentemente ética y subraya la íntima relación mútua entre teología y vida. Tomás subraya, por eso, frecuentemente la importancia de la pureza y santidad moral sobrenatural para el conocimiento teológico. La vida precede a la doctrina y a la ciencia, la vida conduce al conocimiento de la verdad. En otras ciencias basta que el hombre sea perfecto en la inteligencia, pero la sagrada ciencia exige perfección según el entendimiento y el afecto (12). Principalmente en la pureza y humildad Tomás ve inapreciables disposiciones para un

(12) *In Ep. ad Hebraeos,* V, lect. 2.

conocimiento teológico hondo y fecundo. El fin de la vida perfectamente virginal reside en esto, en que el hombre «liberius divinæ contemplationi vacet» [13], que el hombre sin impedimento del apetito sensible pueda consagrarse a la contemplación de lo divino. En el orgullo ve Tomás un estorbo para la verdadera ciencia y sabiduría, fructífera para el pensamiento y la vida, porque el orgulloso se complace en su supuesta grandeza y señorío y por ello pierde la reverencia y la amorosa comprehensión para la «excellentia veritatis». Por el contrario la humildad hace al hombre amplio y capaz para Dios: «Humilitas facit hominem capacem Dei» [14].

Con muy especial entusiasmo subraya Sto. Tomás el influjo de la divina virtud del amor y de los dones del Espíritu Santo, principalmente de los dones de entendimiento y sabiduría, para la fecunda formación del estudio teológico. Somos conducidos con esto

(13) *S. Theol.*, II-II, 152, 2.
(14) *In Matth.*, c. 11.

a la tercera significación de la «sapientia», como «donum Spiritus Sancti». En cierto lugar de su Comentario al Evangelio de San Juan, escribe [15]: "Como una lámpara no puede brillar, si en ella no está encendido el fuego, así tampoco una lámpara espiritual —se refiere con ello al sacerdote, al teólogo como investigador y predicador de la verdad sobrenatural— puede brillar, esto es, no puede adquirir para sí ni comunicar a otros ningún conocimiento más profundo de la verdad de la fe si no arde antes interiormente y si no está antes inflamado en el fuego del amor. Así antecede el ardor del amor a la iluminación. Por el fuego del amor se participa del conocimiento de la verdad. El don del entendimiento proporciona un sentido sobrenatural y preciso, una penetración profunda y luminosa de los misterios de la fe. El don de sabiduría, que tiene como fundamento la unión afectiva con Dios del alma partícipe de la naturaleza divina por el estado de gracia, otorga un conoci-

(15) *In Ev. Joannis,* c. 5, lect. 6.

miento afectivo de lo divino, que se apoya en esta «connaturalitas ad res divinas» [16], en esta comunidad de vida y amor con Dios y lo divino, nos hace saborear y sentir los misterios divinos, particularmente la maravillosa acción de Dios en el alma en gracia, y da una amorosa y beatificante «cognitio Dei experimentalis», una contemplación de lo divino que se funda en el amor y de nuevo al amor retorna. Mirar en el amor la profundidad ilimitada de Dios bajo la amorosa iniciativa del Espíritu Santo, el Amor personal divino, dirigir la mirada a Dios, gozar de la contemplación de Dios, inflamarse con ello en renovado amor, tal es la acción del don de sabiduría, que es por eso ante todo el principio de la «contemplación mística» y de la unión con Dios. Si en las deposiciones del proceso de canonización, Santo Tomás es señalado con tal preferencia como contemplativo, entonces ciertamente podemos pensar con todo derecho también en el «donum sapientiae»

(16) *S. Theol.*, II-II, 45, 2. Cfr. M. J. SCHEEBEN, *Handbuch der katholischen Dogmatik,* I, pág. 410 y sgs.

y en la contemplación mística. Tanto en la Edad Media como en la actualidad, ha habido quienes no quieren conceder lugar alguno a Santo Tomás en la historia de la mística, en razón de su intelectualismo aristotélico. El cartujo Vicente de Aggebach, representante de una dirección anti-intelectualista de la mística a fines del Medioevo, escribe que tanto en su Suma como en las otras obras, Santo Tomás ni siquiera una vez hace la más ligera mención de la Teología mística («nec tenuem mentionem de mystica theologica facit») [17]. En tiempos más recientes expresa la misma opinión el abad benedictino Butler [18], benemérito en la Patrología e Historia del monaquismo. La Historia de la Teología mística es la mejor refutación de semejante afirmación. La mística alemana de la Orden de Predicadores, en cuanto no está bajo el influjo del neo-

(17) E. VANSTEENBERGHE, *Autour de la "Docte Ignorance". Une controverse sur la Théologie mystique au XVe. siècle* (Beiträge zur Gesch. der Philos. des Mittelalters, herausgegeben von Cl. Baeumker, XIX, 2-4), Münster, 1915, 208.

(18) DOM. CH. BUTLER O. S. B., *Western Mysticism, Constable,* 1922.

platonismo, los místicos benedictinos Juan de Kastl, Bernardo de Waging y otros, y especialmente la mística española del siglo XVI y XVII y San Francisco de Sales en su Teótimo, se colocan bajo la inspiración de Santo Tomás. De la literatura mística contemporánea me basta mencionar los tratados de la «Vie Spirituelle», del P. Garrigou-Lagrange, de cuya pluma ha salido no ha mucho una obra de síntesis: «Perfection chrétienne et Contemplation selon S. Thomas d'Aquin et S. Jean de la Croix» [19].

El P. Gardeil O. P. [20], uno de los tomistas contemporáneos de más variadas y múltiples facetas, ha escrito un librito sobre los dones del Espíritu Santo en los santos dominicos y ha señalado como don espiritual característico de Santo Tomás no el «donum intellectus», como podría creerse, sino el «donum sapientiae». Fundamenta él esta atribución en la tendencia del santo hacia la contem-

(19) 2 ts., Saint-Maximin, 1923.

(20) A. Gardeil O. P., *Les dons du Saint-Esprit dans les Saints dominicains,* París (1903), 161-175.

plación de lo divino, hacia la amorosa penetración en la profundidad de los misterios de Dios. Tomás ha sido un «contemplativus», un hombre de contemplación mística, no sólo en su doctrina, sino también en su vida. Era un espíritu contemplativo de sentimientos de un San Juan de la Cruz, como escribe Lavaud en su bosquejo de la santidad del Aquinate [21]. Su vida es rica en experiencias de las más elevadas formas de la mística. Guillermo de Thocco relata una serie de estos fenómenos de un trato místico con un mundo superior, apoyándose en el testimonio de Reginaldo de Piperno, quien pudo contemplar todos los misterios de esta hermosa y santa vida espiritual consagrada a Dios. Particularmente al final de su vida en Nápoles, la contemplación mística adquirió tan profundas y permanentes formas, que llegó él a suspender su actividad literaria («suspendit organa scriptionis»). Y a la pregunta y ruego de Reginaldo pa-

(21) L. Lavaud, *Notes distinctives de sa sainteté, La vie spirituelle,* VIII (1923): *Saint Thomas, Docteur mystique,* p. 348.

ra que siguiese escribiendo y llevase a término su obra, respondió Tomás: "Reginaldo, no puedo, porque todo lo que he escrito en comparación de lo que he contemplado, se me presenta como paja. Yo espero que Dios dé término pronto a mi vida y doctrina" [22].

Por consiguiente, podemos considerar de este modo la «sapientia» en el triple sentido de metafísica, de teología y de contemplación mística como la característica de la vida espiritual de Santo Tomás. Estas tres formas de la sabiduría se nos presentan en él en su particularidad y distinción, pero a la vez en toda su armonía. Tiene razón Lavaud cuando afirma que quien comprendiese plenamente la armonía de estas tres formas de la sabiduría en el alma de Santo Tomás, comprendería y penetraría en el más profundo fundamento de toda su vida espiritual [23]. Con el opúsculo «De ente et essentia», genial compendio de la metafísica del ser, ha iniciado Tomás su actividad li-

(22) *Acta Sanctorum*, l. c., 712 y sg.
(23) LAVAUD, l. c., 350.

teraria, llena de esperanzas; en la cumbre de sus trabajos científicos escribe su «Suma teológica», en la cual se unen metafísica, teología especulativa y éxtasis místico; y en su lecho de muerte en la celda de Fossanuova, donde en Pascua de este año[24] pude evocar en mi espíritu conmovido este último día del gran teólogo, expuso a los monjes el «Cantar de los Cantares», el himno de la amorosa contemplación mística.

H. D. Lacordaire O. P. [25] señala como una de las primeras cualidades del teólogo el espíritu de distinción en el empleo del elemento humano natural en el terreno religioso y nota que Santo Tomás poseyó este tacto en un grado muy sobresaliente. Tomás creó una filosofía, por cuyas venas corriera la sangre de Aristóteles, pero purificada por su propia sangre y la de los grandes pensadores precedentes. Con este espíritu de distinción en el empleo del elemento humano o finito unió Sto. Tomás un hondo vivir en el elemento di-

(24) El autor escribía este libro en 1923 (N. del T.).
(25) H. D. LACORDAIRE, *Mémoire pour le rétablissement en France de l'ordre des Frères Prêcheurs*, París, 1852, 82 y sgs.

vino. En la consideración de los misterios divinos poseyó aquella penetrante mirada, simbolizada en el águila de S. Juan, aquella penetrante mirada, difícil de definir, pero que se la reconoce, cuando después de la propia reflexión sobre una verdad del cristianismo se interroga a un hombre, que se ha sumergido más que nosotros en ese abismo de los misterios de Dios y cuyo oído ha percibido el tono de lo infinito. Sucede con un gran teólogo lo que con un gran artista. Tanto el uno como el otro ve lo que el ojo ordinario no ve. Ambos perciben lo que el oído del vulgo no permite sospechar. Es este poder de descubrir en el dominio de lo infinito, el enfoque espiritual en un horizonte infinito, lo que según Lacordaire constituye y hace feliz al gran teólogo. La lectura de Sto. Tomás nos permite reconocer semejante genio, el cual, junto con la más grande seguridad de la posesión de la verdad revelada y con el más atrevido vuelo, se levanta a estas alturas, desde donde se abre ante los admirados y extasiados ojos del espíritu la perspectiva sin fin

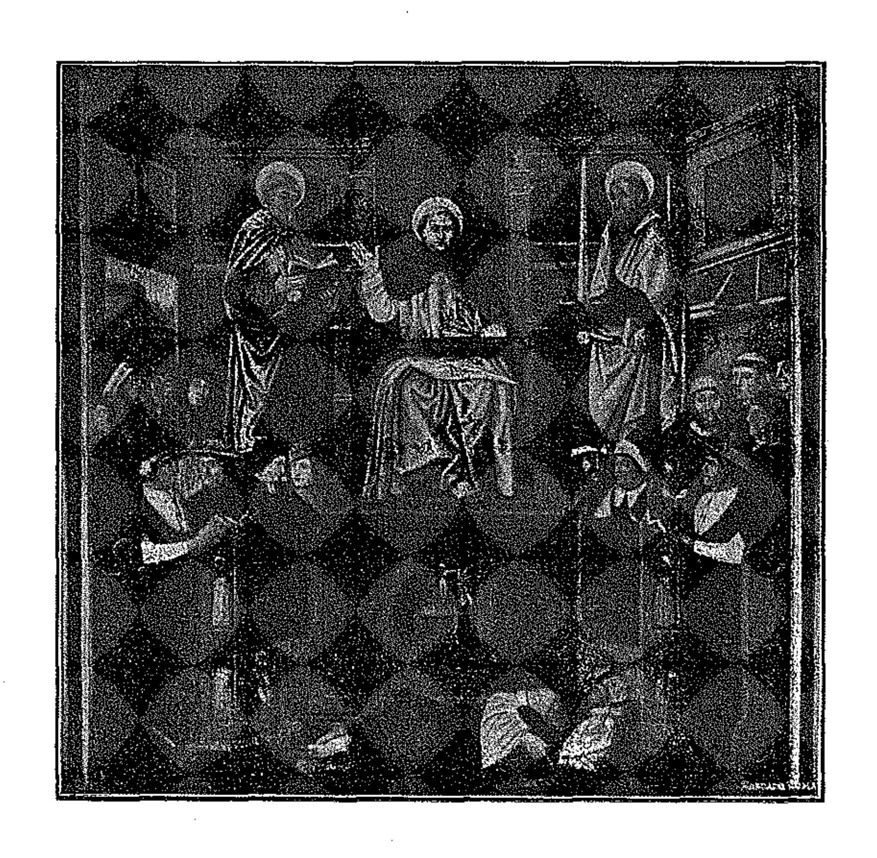


LÁMINA IX

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, de la ESCUELA DE ANTONELLO MASSANENSE. - Cuadro conservado en Siracusa, en el Museo del Palacio Bellomo.

y sin límites de la verdad. Cuando se ha estudiado una cuestión, prosigue Lacordaire, aún en los grandes hombres y se vuelve después a Tomás, entonces se experimenta que en él y con él se ha recorrido más pronto con este vuelo una mayor extensión de semejante dominio de la verdad. El gran orador sagrado francés también alaba en Sto. Tomás esta fuerza de concatenación, en que une con otro el elemento natural y el divino, al subordinar constantemente el elemento humano al divino. De aquí nace una fuerte unidad, que nunca se contradice en esta poderosa obra científica de su vida. En el estilo de Sto. Tomás ve Lacordaire la correspondiente expresión de la esencia íntima de su ciencia y sabiduría. Es éste un estilo, que permite

LÁMINA IX. — En el Museo del palacio Bellomo de Siracusa, se encuentra la tela pintada por un desconocido discípulo del célebre Antonio Massanense, que antiguamente decoraba la sacristía del convento de los Padres Dominicos de la misma ciudad. Santo Tomás imparte su doctrina asistido por los Apóstoles San Pedro y San Pablo. Los discípulos, eclesiásticos y laicos, admiran la profundidad de la doctrina. Averroes, al pie del cuadro, mira con orgullo no exento de insolencia, al impugnador de sus errores. Los bancos del auditorio están adornados con pequeñas imágenes, como así también la cátedra escolar en la cual el artista pintó a Santo Tomás orando delante del crucifijo.

ver la verdad en sus abismos más profundos, como cuando se contemplan los peces en el fondo de un lago transparente o se ven brillar las estrellas a través de un cielo límpido; un estilo tan tranquilo y lúcido, sin exceso de fantasía y de pasión, que por eso arrastra y encanta al entendimiento.

2. Caritas

El segundo rasgo de la fisonomía del espíritu y del carácter de Sto. Tomás, tal como se deja ver a través de las actas del proceso de canonización, es la «caritas», el más profundo y ardiente amor de Dios y del prójimo, que transformó toda su vida y trabajos en santo servicio de Dios y que encontró conmovedora expresión especialmente en su vida de oración. Ya hemos verificado este punto de vista en la exposición sobre el «donum sapientiae», sobre el rasgo místico de su vida espiritual. Los testimonios del proceso de canonización reciben en este punto, mediante los escritos del Santo, una eficaz ilustración y confirmación. Sus «quaestiones» sobre la «caritas» y so-

bre el ideal cristiano de la perfección y del estado religioso en la «Secunda Secundae», la «quaestio disputata de caritate», los pasajes, profundos en reflexión y ternura, de sus Comentarios a la Sagrada Escritura, particularmente al Evangelio de S. Juan y a las Epístolas Paulinas, nos ofrecen una teología de la caridad, cuya hermosura y elevación tanto más nos llega al alma, cuanto más frecuente y reflexivamente se leen estos textos. De estas exposiciones salen rayos de luz y calor a la vez y se tiene la impresión de que sobre el amor divino sólo puede escribir así un teólogo, en cuyo corazón arde en fulgurantes llamas el sagrado fuego de tal amor. También en este punto de la doctrina del divino amor el intelectualismo de Aristóteles tiene sus límites en Tomás. Precisamente a través de Tomás la filosofía aristotélica encuentra una utilización independiente, conveniente y oportuna para las supremas y más profundas cuestiones de la cosmovisión, para el desarrollo y fundamentación del orden sobrenatural cimen-

tado en la vida trinitaria de Dios, ofrece más bien formas y medios de exposición que puntos de vista doctrinarios decisivos. Sto. Tomás defiende la tesis de que para esta vida terrena es mejor y más meritorio el amor que el conocimiento de Dios, y nos expone la consoladora doctrina de que Dios puede ser para nosotros más amado que conocido [26]. Algunos místicos, como Juan de Kastl, con agradecida alegría han tomado de él este hermoso y alentador pensamiento. Mientras Aristóteles ve el fin y perfección de esta vida terrena en la "Contemplación de la verdad", para Tomás el fin e ideal cristianos de la vida es la «caritas», la virtud sobrenatural divina del amor de Dios y del prójimo. Este amor nos permite tender hacia Dios, en cuanto él une el afecto del hombre con Dios, de modo que el hombre no vive para sí sino para Dios [27]. Así como la vida cristiana sobrenatural consiste en la «caritas», en el amor, así también, según Tomás, la perfección de esta vida

(26) Cfr. M. GRABMANN, *Wesen und Grundlagen der katholischen Mystik*, 2ª ed., Münster, 1923, 45 y sgs.
(27) *S. Theol.*, II-II, 17, 6 ad 3.

consiste en la perfección de la «caritas», del amor de Dios y del prójimo. Hay una perfección del amor de Dios, la cual únicamente pertenece a Dios, Quien puede amarse a sí mismo cual El merece ser amado con infinito amor, como Sumo y Absoluto Bien [28]. Del amor del Padre y del Hijo en la vida trinitaria procede el Espíritu Santo, el Amor personal divino, por el Cual el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones. Hay luego un segundo grado de perfección del amor de Dios, que ya se encuentra en el dominio de lo finito y une a los santos del cielo, cuyo conocimiento y amor total está dirigido, sin interrupción, en un acto continuo hacia Dios, el infinito Amor divino por ellos contemplado inmediatamente y sin velos, y cuyo vivir y hacer total es eterna e inefable luz, ardiente y santificante éxtasis de

(28) *S. Theol.*, II-II, 23, 8 y 184, 2. Esta doctrina de Santo Tomás está muy profundamente expuesta por GARRIGOU-LAGRANGE O. P. en *Perfection chrétienne et Contemplation selon S. Thomas d'Aquin et S. Jean de la Croix*, I, 151-173. Cfr. Además M. A. JANVIER O. P., *Exposition de la morale catholique, Morale spéciale,* XIII, *La perfection dans la vie chrétienne,* París, 1923. TH. PEGUÉS O. P., *Commentaire français littéral de la Somme Théologique,* XIV, *Les états,* París, 1921, 328 y sgs.

amor en la contemplación, en el gozo y abrazo de Dios infinito y trino. Este «semper actu ferri in Deum», esta perfección del amor, en que el afecto está dirigido siempre actualmente a Dios en la medida de toda su fuerza, no es posible aquí abajo, a causa de la unión del cuerpo y del alma y a causa de la pobreza de esta vida terrena. Pero, en todos los pasajes en que Tomás habla de la perfección del amor, se cierne ante sus ojos esta ininterrumpida y amorosa entrega a Dios, del corazón, de todo el hombre, esta continua unión con Dios renovándose en los más numerosos e íntimos actos posibles, como el ideal al que hay que tender desde la presente vida terrena. Ha procurado él realizar en sí este ideal, mediante una vida, que según las deposiciones del proceso de canonización, estaba enteramente elevada sobre lo terreno. Vicente Contenson O. P. (29), en su «Theologia mentis et cordis», escribe que Tomás es el «Doctor Angelicus» no sólo por su an-

(29) *Theologia mentis et cordis,* citado por Lavaud, l. c., 358.

gelical pureza y castidad y por su aguda inteligencia que penetra en las profundidades de la verdad, sino también porque, aunque estaba con su cuerpo en la tierra, espiritualmente residía en el cielo y vivía con los ángeles.

Para esta vida terrena distingue Sto. Tomás entre una perfección del amor, que es obligatoria a todos y necesaria para la salvación, y otra perfección tal del amor, que sobresale por encima de toda común medida y es objeto del consejo evangélico. La primera consiste en esto, en que el hombre lo dirige todo a Dios como a su último fin, subordina toda su vida al servicio de Dios y evita los pecados graves, que de El lo apartan. Este amor excluye toda entrega a las creaturas, que lleva a apartarnos de Dios como de nuestro último Fin. La segunda forma superior de perfección del amor asequible en la tierra consiste en tender lo más posible hacia la perfección del amor del cielo, en la manifestación de una dedicación y consagración amorosa del alma a Dios, lo más íntima, actual e ininterrumpidamente posi-

ble. Esta perfección se manifiesta en la vitalidad, en la actualidad, en el celo ardiente, en el «fervor caritatis», que impele a la acción. Este «fervor caritatis», que tanto subraya Santo Tomás en sus obras, ha penetrado todo su ser y vida y le ha permitido trabajar única y totalmente para la gloria de Dios en un santo y humilde olvido de sí mismo hasta consumir sus fuerzas y hacerle ver y alcanzar el ideal de su propia Orden en la unión de la vida contemplativa y activa («contemplata aliis tradere»). La vida de Sto. Tomás era una imperturbable unión con Dios, manifestándose en íntimos actos, un «adhaerere Deo per caritatem», y por eso también emplea con gran predilección la expresión «inhaerere Deo, adhaerere Deo». La íntima e interna compenetración de oración y estudio en su vida para servir incesantemente a Dios con inteligencia y corazón, son obra y expresión de este «fervor caritatis», de este total y no impedido «adhaerere Deo per caritatem». En este fuego tanto más arderá el alma tan-

to más se intensificará la actualidad y vitalidad de este amor, cuanto más se libre ella de todas las ataduras terrenas, aun de aquéllas en sí mismas permitidas y compatibles con el estado de gracia. Precisamente ahí están los consejos evangélicos, cuyo seguimiento desprende al alma humana de los vínculos terrenos y le permite consagrarse con libertad y sin estorbo a Dios, llena de santo anhelo de pertenecerle enteramente a El y le permite ofrendarse también a Dios a sí misma y a todo lo que ella es y tiene y en todo cumplir y dejar que se cumpla en sí misma la santísima voluntad de Dios [30]. La pobreza voluntaria libra de la atadura de los bienes de la tierra. La castidad perpetua y la virginidad hace que el hombre sirva a Dios con corazón puro y cuerpo casto y se consagre y dedique a Dios sin impedimento alguno. En la obedien-

(30) "Todos los consejos evangélicos, por los cuales nos dirigimos hacia la perfección tienden a liberar el corazón del hombre de la dependencia de las cosas terrenas, a fin de que el espíritu libre y sin impedimento pueda elevarse a Dios en la contemplación, amor y cumplimiento de la voluntad divina" (*De Perfectione vitae spiritualis*, c. 18). Cfr. GARRIGOU-LAGRANGE O.P., *Perfection chrétienne et Contemplation*, I, 221 y sgs.

cia el cristiano ofrece a Dios en sacrificio su voluntad y se deja a sí mismo. Estos consejos evangélicos constituyen la esencia del estado religioso católico. Sto. Tomás ha expresado de un modo penetrantemente hermoso, lo más profundo y lo más racional que hasta entonces se había escrito en forma científica, sobre la esencia del estado religioso, tanto en su Suma Teológica (S. Theol., II-II, 185-189) como también en sus tres escritos en defensa del ideal de la vida religiosa, especialmente en su notable opúsculo «De perfectione vitæ spiritualis». Sobre la vida religiosa solamente puede escribir así quien haya comprendido la misma en toda su seriedad y en toda su grandeza, quien la haya tomado sobre sí en todas sus consecuencias y la haya abrazado con todo el amor de su corazón. Las actas del proceso de canonización nos muestran a Tomás como un santo y perfecto religioso y nos informan también de su ardiente deseo de poder vivir hasta su muerte en la celda del claustro única y totalmente para su Dios, para

la sagrada ciencia y para la vocación de su orden. Con lágrimas ha implorado él al Papa Clemente IV anular su nombramiento de arzobispo de Nápoles. Era también un gran anhelo de su corazón poder permanecer hasta el fin de su vida simple religioso. Su oración encontró acogida y su deseo cumplimiento. Los grandes teólogos de su Orden escalaron altas dignidades eclesiásticas. Su maestro Alberto Magno fué obispo; su amigo Annilbaldo de Annibaldis, cardenal; Pedro de Tarantaria, su colega de profesorado en la Universidad de París, fué cardenal y Papa; Tomás, el más grande de todos, murió en Fossanuova como un simple hermano Predicador.

No me puedo detener aquí a demostrar cómo Sto. Tomás ha desarrollado también la perfección del amor cristiano del prójimo, y cómo en este punto ha trazado él claramente los límites entre el deber de la virtud, obligatorio para todos, y aquello que es objeto del consejo. Cuán elevadamente estime Santo Tomás el amor al

prójimo, dedúcese de que él recomiende interrumpir y abandonar a veces la misma vida contemplativa, estimada por él intrínsecamente más meritoria que la vida activa, para dedicarse al servicio y salvación de las almas. En un pasaje del Opúsculo «De perfectione vitæ spiritualis», que con los vivos colores de la propia vida espiritual y del propio sentimiento heroico describe la «perfectio superabundans» del santo amor consagrado al prójimo, Sto. Tomás ha asentado la hermosa tesis [31] : "Cuanto mejor y más elevada es la vida contemplativa que la activa, tanto más parece obrar por Dios quien sufre un impedimento en su amada contemplación para consagrarse a la salvación de las almas del prójimo por amor de Dios. Consagrarse a la salvación de las almas del prójimo aun con perjuicio de la contemplación por amor de Dios y del prójimo, parece pertenecer a una perfección del amor, superior a la de quien tanto se estaría adherido a la dulzura de la contemplación que de

(31) *De perfectione vitae spiritualis,* c. 23.

ninguna manera querría renunciar a ella, ni siquiera cuando se trata de la salvación eterna de otro". Semejantes pensamientos los encontramos también en los místicos alemanes, como Eckkart y Tauler [32]. En su vida y en sus obras Sto. Tomás ha dado plena seriedad a la tesis, tan claramente concebida y tan lógicamente desarrollada, de que la «caritas est forma virtutum» y que otorga actualidad y actividad, unidad, valor y dirección a toda la vida espiritual sobrenatural cristiana. Se ha expresado de tal modo y manera sobre esta elevación y transfiguración de toda la vida espiritual por la caridad, y con los dones del Espíritu Santo unidos a ella precisamente en los grados más elevados de la aspiración de perfección purificada de lo terreno y sin reserva consagrada a Dios, como solamente puede expresarlo quien la ha vivido y trabajado en ella. Ha dibujado él tales almas de elevado espíritu que con humildad y penitencia se

---

(32) Cfr. M. Grabmann, *Die Kulturwerte der deutschen Mystik*, Augsburg, 1923, 39 y sgs.

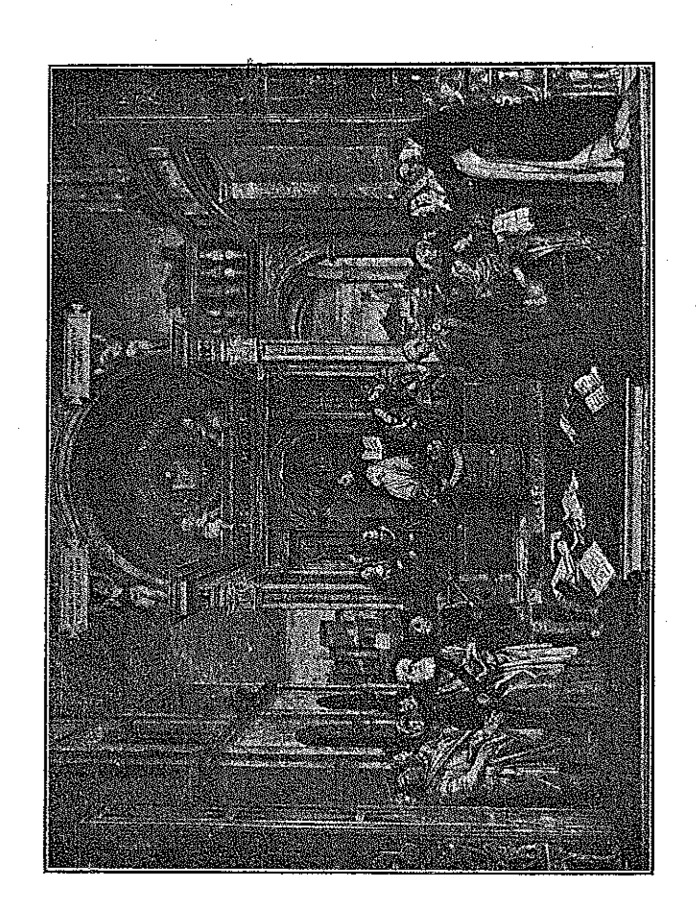


LÁMINA X

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por PHILIPPINO LIPPI - Cuadro conservado en Roma en la Basílica de Santa María Sopra Minerva.

esfuerzan siempre más por purificarse de todas las manchas e imperfecciones, las cuales de algún modo se oponen a su ideal de pureza y santidad contemplado en Dios, que siguen

LÁMINA X. — El pintor florentino Philippino Lippi decoró durante el año 1493 la célebre capilla construída en Santa María Sopra Minerva por el cardenal Oliverio Caraffa. Entre esas admirables decoraciones sobresale un nuevo triunfo de Santo Tomás de Aquino. Más que en una cátedra el Santo Doctor parece sentado en un trono magnífico, ejecutado según las más acabadas normas del arte renacentista, y coronado por ángeles que sostienen en sus pequeños pero robustos brazos lápidas de mármol, donde están grabadas las palabras siguientes: «Declaratio sermonum tuorum illuminat - Et intellectum dat parvulis». Otros dos ángeles ingenuamente sentados en las cornisas del trono abren la "Summa contra gentiles" puesta en un círculo de lirios. Santo Tomás muestra con su mano izquierda la "Summa Theologica", donde se lee: «Sapientiam sapientum perdam», mientras señala con gesto enérgico de su mano izquierda a Averroes, figurado por un anciano miserable que, echado a sus pies, enseña la sentencia condenatoria: «Sapientia vicit malitiam». Cuatro doncellas están junto a Santo Tomás. Son la Teología y la Filosofía, la Dialéctica y la Gramática. En la primera grada del trono están escritas las palabras del salmo: «Inquinatae sunt contra eos linguae eorum». Los herejes, Arrio, Sabelio, Eutiques, Apolinar, Eocio y Manes, miran con tristeza sus libros dispersos por el suelo, manifestando en sus rostros sentimientos de ira, desesperación, rencor y protesta. El fraile dominico de elevada estatura que aparece en primer plano a la derecha del espectador, es Fray Valentino Evangelista de Camerino, entonces provincial romano de la Orden y cuyo alumno, que se ve detrás de él, fué uno de los mejores comentadores de Santo Tomás, Fray Tomás de Vio Cayetano.

con santa alegría y magnanimidad las inspiraciones del Espíritu Santo, aun cuando ellas las conduzcan a afrontar las decisiones de obrar y padecer más difíciles y sensibles, de obrar y padecer, para la naturaleza humana; estas almas heróicas, en las cuales el amor de Dios y del prójimo se manifiesta en los más santos y nobles sentimientos, en los más ardientes y múltiples actos interiores y en una actividad exterior que ha llegado a ser comprensible por sí misma para todas las situaciones de la vida. Con insuperable brevedad, claridad y belleza ha mostrado él en cierto pasaje, cómo en un alma así purificada y limpia que vive únicamente para Dios, aun las virtudes cardinales están enteramente penetradas y vivificadas por la «caritas» como su forma [33]. Las virtudes cardinales, en cuanto ordenan la vida natural y social del hombre, se llaman virtudes políticas. Pero en cuanto estas virtudes se orientan por el ideal de la santidad

(33) S. Theol., I-II, 61, 5. GARRIGOU-LAGRANGE O. P., *Perfection chrétienne et Contemplation,* 201 y sgs.

divina sobrenaturalmente reconocido y sobrenaturalmente amado, y se mueven por los elevados caminos de la perfección cristiana por encima de todo lo natural y terreno, son ellas en partes «virtutes purgatoriæ», virtudes que purifican enteramente y disponen para la vida de la unión contemplativa con Dios, y en parte «virtutes purgati animi», virtudes de la vida de semejanza y unión con Dios, del cielo y en lo posible de este mundo. En el primer sentido, la prudencia desprecia todas las cosas terrenas a cambio de la contemplación de lo divino e incesantemente dirige la mirada de su espíritu a lo divino. La templanza se libra, en cuanto lo permite la naturaleza, de todas las comodidades y deleites corporales. La fortaleza da al alma valor y fuerza para sobrellevar con cordial alegría de corazón las dificultades y sacrificios de este total desasimiento de lo corporal y terreno y para esta entrega sin reserva a lo supraterreno y celestial. La justicia hace que el alma consienta en la santa resolución de lle-

var semejante vida. En breves trazos ha descrito aquí el Santo las virtudes cardinales en su transfiguración sobrenatural cristiana, en su posición dentro del marco de la perfección cristiana. Estas virtudes toman formas más elevadas todavía como «virtutes animi purgati», como virtudes de la unión y semejanza con Dios, libres totalmente de lo terreno. La prudencia considera aquí solamente lo divino, la templanza no conoce ya los apetitos sensibles, la fortaleza no siente más la violencia de las pasiones, la justicia se ha unido con un vínculo permanente con el Espíritu de Dios imitando la santidad divina. Las virtudes cardinales, en este estado de perfección, son propias de los bienaventurados del cielo y de las almas escogidas enteramente perfectas. Sin quererlo, la descripción de estos dos grados de las virtudes cardinales animadas por la caridad, Sto. Tomás nos ha trazado «ipso facto» un cuadro de su pura y santa vida interior, en la cual el amor es realmente la forma, la "entellequeia" de las vir-

tudes. En otros pasajes, en que trata del conocimiento conjetural sobre el estado de gracia, ha dado como signos de reconocimiento de que uno está en estado de gracia y amor: «In quantum percipit se delectari in Deo et contemnere res mundanas» (34). Se puede reconocer con certeza moral, suficiente para la vida virtuosa cristiana y para aspirar a la perfección, que uno se encuentra en estado de gracia y amor santificante, cuando según el testimonio de su conciencia tiene él su alegría en Dios y tiene en poco las cosas terrenas. Con estas sencillas palabras nos descubre Sto. Tomás esta disposición fundamental de su vida interior. Solamente en Dios ha encontrado él su alegría, su complacencia, el cumplimiento de todos sus deseos y aspiraciones. En comparación con este gozo de la unión con Dios, todo lo material y caduco le parece como nada e insuficiente para aquietar plenamente el

---

(34) *S. Theol.*, I-II, 112, 5. Sobre esto Cfr. la hermosa exposición de A. TOURON, *La vie de S. Thomas d'Aquin*, París, 1737, p. 576-582.

espíritu humano, dirigido en su conocer y querer hacia lo infinito.

La alegría espiritual («gaudium spiritualis»), según Sto. Tomás, es un efecto de la «caritas», está al frente de estos efectos de la virtud divina del amor [35]. Sobre todo el «fervor caritatis», la viva unión con Dios, que se manifiesta en actos íntimos lo más frecuentemente posibles, es la fuente del más puro goce sobrenatural de las almas. La «devotio», la consagración del espíritu y del corazón del hombre a Dios en los ejercicios de piedad, en la cual el «fervor caritatis» se expresa muy tiernamente, tiene como principal efecto la alegría espiritual, la «laetitia spiritualis», que emana de la piadosa consideración y contemplación de los bienes divinos, aunque el pensamiento de la pasión de Cristo y de nuestros pecados y culpabilidad a la vez llena también de santa tristeza [36]. Aun las lágrimas, derramadas en el

(35) *S. Theol.*, II-II, 28.

(36) *S. Theol.*, II-II, 82, 4. Cfr. Sobre esto el hermoso comentario de A. GARDEIL O. P., *L'éducation personnelle et surnaturelle de soi-même par la vertu de réligion,* Revue Thomiste, 1922, 14 y sgs.

íntimo trato de la oración con Dios, no sólo provienen de la tristeza, sino también de una cierta delicadeza del alma. Semejante caso se da muy principalmente, cuando se medita en un tema religioso, en que se mezcla lo alegre con lo triste [37]. El santo puede informar sobre el tema por su experiencia personal vivida, porque, según el testimonio del proceso y de la bula de canonización, en su oración frecuentemente se deshacía en lágrimas.

En muy estrecha relación están el «fervor caritatis» y la «delectatio spiritualis» en la Santísima Eucaristía, en la santa Comunión. La santa Comunión trae consigo como efecto no sólo el robustecimiento y aumento de la caridad habitual, sino que también produce entusiasmo para ardientes actos de amor o el «fervor caritatis», especialmente cuando se la recibe sin los obstáculos de voluntarios pecados veniales, disipación y apego desordenado a lo terreno. Esta «excitatio caritatis ad actum», esta excitación a santos actos de amor es la fuente de la

(37) *Ibid.*, ad 3.

alegría espiritual, del gozo sobrenatural, que en esa piadosa comunión se derrama en el alma. Santo Tomás habla de un efecto de la Sagrada Comunión, que pinta como «quaedam actualis refectio spiritualis dulcedinis», como un recreo del alma con espiritual dulzura consumándose en santos y encendidos actos de amor [38]. De conmovedora belleza y ternura son las siguientes palabras de Santo Tomás, en las cuales describe esta acción de la Eucaristía [39]: "El amor de Dios no es inactivo, cuando existe de verdad obra grandes maravillas. Por eso también, mediante este Sacramento de la Eucaristía, tanta es su fuerza, no sólo se otorga intensamente el hábito de la gracia y del amor, sino que el amor es también animado al acto, según las palabras de la II Corint., 5: "El amor de Cristo nos apremia". De aquí se sigue que el alma por la fuerza de este sacramento experimenta espiritual recreación. Por eso, el alma es también colmada de espiritual alegría, y es en

(38) *Ibid.*, III, 79, 8.
(39) *Ibid.*, III, 79, 1 ad 2.

cierta medida embriagada por la dulzura de los bienes divinos, según las palabras del Cantar de los Cantares, 5: "Comed, amigos, y bebed y embriagaos, carísimos míos". Así puede escribir solamente un alma, que en la Santa Comunión experimenta el «fervor actualis devotionis» [40], el ardor del amor que se manifiesta en fervientes actos de piedad y devoción, y saborea, en la experiencia más íntima, la felicidad y la indecible dicha de la unión con Jesús en la Santa Eucaristía. Esta disposición del alma y sentimiento se nos expresa también en el himno «Adoro te devote», en el cual el Santo suplica y reza:

«Panis vivus, vitam praestans homini,
Praesta meae menti de te vivere
Et te illi semper dulce sapere».

El oficio de la fiesta del Corpus, que Sto. Tomás ha compuesto por orden del Papa Urbano IV y por el cual se ha vinculado él para siempre con la liturgia eucarística, respira el mismo

---

(40) *In IV Sent.*, d. 12, q. 2, a. 2, sol. 1 ad 2.

espíritu [41]. De este oficio con sus hermosas y profundas poesías escribe Juan de Colonna O. P. [42]: "Este bienaventurado y santo Maestro ha compuesto el oficio del Cuerpo del Señor, en comparación con el cual ningún oficio más devoto se reza y canta en la Iglesia". En la Santísima Eucaristía, como en un foco, se unen para Tomás los rayos del amor de Jesús para con nosotros y de nuestro amor para con El. "La Eucaristía es un Sacramento tal, que expresa el amor de Cristo hacia nosotros y causa nuestro amor hacia Cristo". La doctrina de la Eucaristía de Sto. Tomás, tal como él la ha expuesto en la «Tertia» de su Suma Teológica hacia el atardecer de su vida, une también las tres formas de la sabiduría en armónica compenetración. En las exposiciones, no menos profundas y claras, sobre la transubstanciación,

---

(41) H. CORMIER O. P., *Etude sur Saint Thomas et l'office du très saint Sacrement*, Lille, 1884. CL. BLUME S. J., *Thomas von Aquin und das Fronleichnamsofficium, insbesondere der Hymnus Verbum supernum*. Theologie und Glaube, III (1911), 358-372.

(42) MANDONNET O. P., *Les écrits authentiques de Saint Thomas d'Aquin, Fribourg* (Suisse), 1910, 99.

sobre el modo de presencia de Cristo en la Eucaristía y sobre los accidentes eucarísticos, muéstrase Tomás como el gran metafísico, aun en el dominio teológico; en la compenetración de la doctrina de la Eucaristía y de los Padres sobre la Santísima Eucaristía y en el desarrollo de profundos argumentos de conveniencias se muestra el Maestro de la dogmática; y en los pensamientos sacados de la más íntima experiencia sobre el fervor eucarístico de la caridad y sobre la sobrenatural recreación y alegría del alma —que fluyen de esta vitalidad y ternura del amor— la cual en la Santa Comunión descansa en el Corazón de Jesús, se manifiesta el elemento místico en esta triple Sabiduría.

La vida interior de Santo Tomás de Aquino pone de manifiesto un rasgo eucarístico y no puede ser comprendida en su íntima profundidad sin esta referencia al Santísimo Sacramento. En esto se manifiesta principalmente el rasgo profundamente sacerdotal de todo su ser. En las declaraciones de los testigos del proceso de canoniza-

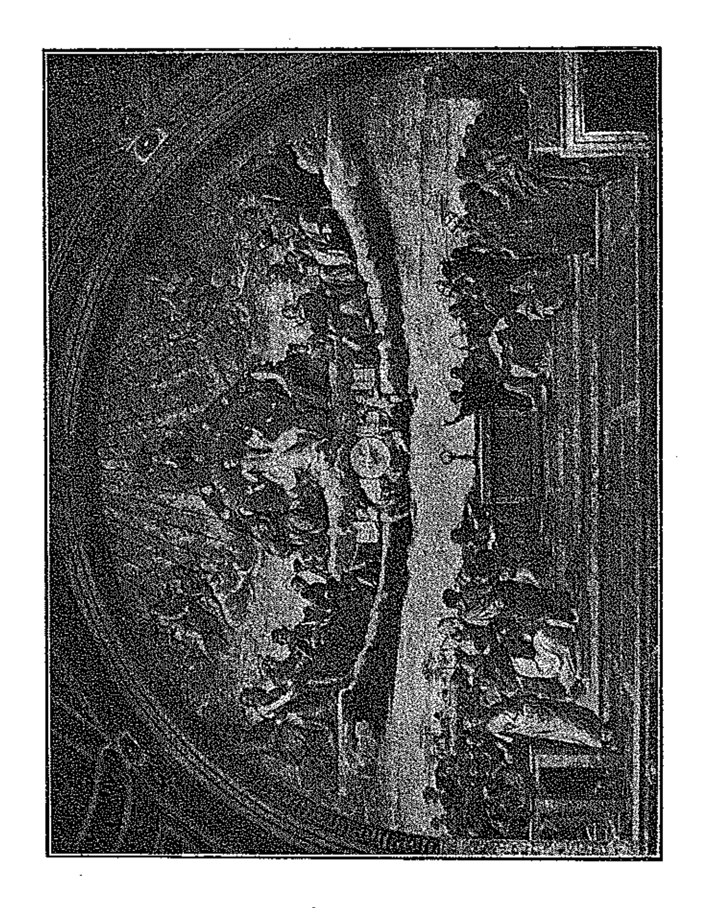


LÁMINA XI

TRIUNFO DE LA SANTISIMA EUCARISTIA, por RAFAEL SANZIO. - Cuadro conservado en Roma en el Palacio Vaticano (salla della Segnatura).

ción hemos oído alabar una y otra vez la fervиente piedad, con que el Santo celebraba la misa en las primeras horas de la mañana y escuchaba otra en acción de gracias. No sabemos ni cuándo ni dónde recibió Sto. Tomás su consagración sacerdotal, pero los relatos históricos nos han conservado la ternura y piedad con que llevaba a cabo esta elevadísima acción de su ministerio sacerdotal y con que después de la santa misa daba su acción de gracias. La celebración diaria de la santa misa era también para él un poderoso motivo de esfuerzo hacia la pureza y perfección interior. En toda su seriedad ha tomado las palabras,

LÁMINA XI. — Por orden de Julio II, Rafael Sanzio (1483-1520) príncipe de los pintores renacentistas, decoró las habitaciones destinadas al Sumo Pontífice, pintando en el primer salón el Triunfo de la Santísima Eucaristía, famoso en la historia de las Bellas Artes. Nuestro Señor Jesucristo adorado en el cielo por ángeles y santos, está también presente sobre el Altar en una preciosa custodia, formándole corona, una multitud de fieles, sacerdotes, obispos, cardenales y papas, que alaban la Sabiduría y Bondad del Redentor. Entre los principales doctores se ve a Santo Tomás, que compuso por orden de Urbano IV, el oficio y Misa en honor del Santísimo Sacramento, donde cantó la gloria de la Eucaristía, uniendo con admirable proporción el más profundo saber teológico a la devoción más perfecta de los santos.

que ha escrito sobre la obligación —procedente de la celebración de la liturgia eucarística— que tiene el sacerdote de aspirar a un grado superior de pureza moral y santidad [43]: "Por la sagrada consagración sacerdotal se habilita y destina a uno para las más elevadas funciones, por las cuales se sirve a Cristo mismo en el Sacramento del altar. Por eso para el Sacerdote es necesaria una santidad interior superior a la que se exige a los religiosos, que no son sacerdotes".

También el arte ha expresado simbólicamente esta relación, tan intrínseca e íntima, de Sto. Tomás con la Teología, Liturgia y Mística de la Santísima Eucaristía. El mausoleo del Santo en San Fermín de Toulouse lo celebra también como el «Doctor Eucharisticus». Sobre la tumba se levanta una magnífica imagen del Santo. En una mano tiene la divina Eucaristía, en la otra una espada flamígera. Debajo están estos versos:

«Ex evangelii solio cherubinus [Aquinas

(43) *S. Theol.*, II-II, 184, 8.

Vitalem ignito protegit ense cibum». Tomás, el querubín del misterio eucarístico, es la profunda idea encarnada en esta representación. De Orcagna poseemos una imagen en la parte inferior del retablo del altar en S. María Novella en Florencia, que representa a Sto. Tomás en el altar en éxtasis en la celebración del santo Sacrificio [44]. En un cuadro de P. P. Rubens, que se encuentra en el Museo del Prado de Madrid, con gesto vivaz Tomás glorifica la Santa Eucaristía en medio de los Doctores de la Iglesia [45]. El pintor tiene ante sí la visión de una procesión. Caminan delante Gregorio Magno, Agustín y Ambrosio, al par que Jerónimo y Buenaventura van detrás. En medio, como figura central del cuadro, está representado Sto. Tomás, quien con resplandeciente rostro, teniendo un libro en su diestra, y levantando su izquierda entusiasta, pronuncia el panegírico de la Eucaristía. A la derecha una monja con ambas manos le tiene la custodia con el San-

(44) J. A. Endres, *Thomas von Aquin, Mainz,* 1910, 69.
(45) L. Ferretti, l. c., tab. XII y pág. 75.

tísimo, sin duda Juliana de Lieja, que había dado el primer impulso para la introducción de la fiesta del Corpus. En la poesía, Calderón principalmente ha celebrado a Sto. Tomás como el teólogo y cantor del Santísimo Sacramento. En uno de sus hermosos autos sacramentales, en el "Santo Parnaso", describe la Iglesia como un santo Parnaso, como la santa Montaña de la verdadera poesía, donde los creyentes se unen para entonar himnos en torno al Dios eucarístico, el verdadero divino Apolo. Las sibilas, tipos de celestial poesía, invitan a los santos Doctores de la Iglesia, a Jerónimo, Ambrosio, Agustín, Gregorio y Tomás de Aquino a un torneo de cantores en honor del Santísimo Sacramento. En esta lid poética del mundo Tomás entona su «Pange Lingua» y como augusto premio de victoria recibe el sol en el pecho, el radiante símbolo del brillante saber y del ardiente amor.

Cierro esta exposición sobre la «caritas», el segundo rasgo fundamental de la fisonomía del alma y carácter de Sto. Tomás, con las hermosas palabras

del dominico A. Touron, quien ha escrito la hasta hoy probablemente mejor biografía de nuestro santo [46]: "Las palabras de Sto. Tomás, que corresponden perfectamente a sus obras y a su vida, nos permiten conocer la pureza de su alma y la amplitud de su amor. Hemos sido conducidos a esta reflexión por la lectura de sus obras, ante todo de aquéllas, en las que trata de los temas de la vida interior, de la perfección de la vida espiritual, de los dones del Espíritu Santo, de los distintos grados de las virtudes morales y de las distintas formas de su manifestación, de la excelencia y de los frutos de la contemplación mística, de la sublimidad del amor y, en general, de todo aquello, que sucede como lo más tierno en el trato sobrenatural del alma santa con Dios, su Padre, Amigo y Esposo. En estos admirables tratados el Santo parece pintarse a sí mismo y dibujar su más profunda vida interior con rasgos auténticamente verdaderos. El más antiguo de los biógrafos

(46) A. Touron O.P., *La vie de S. Thomas d'Aquin*, 381 y sgs.

del Santo, Guillermo de Thocco, nos ha referido que el Santo no osaba predicar aquello que él mismo no hubiese antes enseñado. No debemos dudar que en sus felices y dulces horas de oración y en el santo ejercicio de las virtudes cristianas ha experimentado y probado él todo lo que sobre esto ha escrito en sus obras. Su doctrina que aquí, en estas obras, está adornada con claridad y modestia con todas aquellas señales que el apóstol Santiago (3, 17) atribuye a la sabiduría celestial, esa su doctrina es un argumento indudable de que su corazón tanto como su conocimiento tuvo parte en todo lo que ha emanado de su pluma, para conducirnos al conocimiento de Dios y de nosotros mismos.

Cuando leemos estas obras emanadas del aliento de la piedad, en las cuales Sto. Tomás trata para amonestación o consuelo de nuestra alma, del gran misterio del amor de Dios hacia nosotros en la Encarnación de su Hijo divino para nuestra Redención y Santificación o en la entrega del Salvador a nosotros en la Santa Comunión,

cuando leemos estas obras, entonces comprendemos fácilmente que ellas no sólo son producto de un elevado y fecundo espíritu, que derrama su luz para nuestra enseñanza, sino también santas efusiones de un alma unida a Dios, que arroja las chispas encendidas de su íntimo y amoroso ardor. Experimentamos que todas sus palabras son efusiones de su corazón, que poseen en sí a la vez luz y unción. Todos los rasgos de su pluma, tanto como todas las acciones de su vida, emanan del mismo principio, que le hizo escribir y obrar y tender al mismo fin que siempre y sobre todo tuvo ante sus ojos: me refiero a su puro amor de Dios, que llenó su corazón y dirigió su mano, y al santo anhelo, que lo animó, de vivir única y totalmente según el espíritu de Jesucristo".

3. Pax

De la «sapientia y caritas» fluye por sí mismo el tercer rasgo fundamental de la fisonomía del alma y carácter de Sto. Tomás, la «pax», la paz, la tranquilidad, el equilibrio, la igualdad del alma, esta paz, en la cual el orden y la

armonía de la vida interior, realizada y afianzada por la razón y la fe, por la «caritas» y los dones del Espíritu Santo, pura y suavemente se nos presenta radiante como una imagen de la eterna paz celestial. Principalmente Fra Angélico de Fiesole, quien por su angelical pureza y su suave y dulce natural posee con Tomás tan íntima afinidad espiritual, ha sabido expresar en sus cuadros esta santa paz del más grande teólogo de su Orden.

La paz es un fruto, un efecto de la «caritas», del amor de Dios y del prójimo, y cuanto más brillante y ferviente es esta «caritas», tanto más profunda y pura es también la paz [47]. En la significativa sistemática de la teología especulativa corresponde al «donum sapientiae» aquella de las ocho bienaventuranzas que alaba como felices a los pacíficos: «Beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur» [48].

«Pax», paz, es el programa, el «motto» de la Orden de S. Benito, que nos

(47) *S. Theol.*, II-II, 29. Cfr. F. A. CLAVERIE O. P., *La Notión catholique de la Paix,* Revue Thomiste, 1919, 125-166.

(48) *S. Theol.*, I-II, 69,3.

manifiesta una plenitud de felicidad y paz celestial, que sólo Dios conoce. En los años de su infancia, en la santa montaña de «Monte Cassino», donde el cielo se siente más cerca, Sto. Tomás ha respirado en toda su fuerza esta paz de S. Benito. En la actualidad, precisamente dominicos como Mandonnet, Petitot y Gigon [49] defienden la tesis de que Sto. Tomás fué oblato de la Orden benedictina y que llevó el hábito de la Orden de S. Benito, y que si el emperador Federico II el año 1239 no hubiese obligado a huir a los monjes de Monte Cassino, probablemente hubiese pertenecido para siempre a la Orden de S. Benito. La Providencia dispuso que en Nápoles Tomás se consagrase para toda su vida a la Orden de Sto. Domingo y permaneciese firme en esta resolución, aun contra los más grandes ataques de sus parientes. Aunque Tomás pertenecía a la Orden

(49) P. Mandonnet O. P., *Chronologie sommaire de la vie et des écrits de Saint Thomas, Revue des sciences philosophiques et theologiques,* 1920, 143. H. Petitot O. P., *La vocation de Saint Thomas d'Aquin, La vie spirituelle,* VII, (1923), 611 y sgs.

de Sto. Domingo, la «Ordo veritatis», que precisamente gracias a él había de asumir un papel directivo en la alta Escolástica, y estaba dominado y colmado enteramente por las grandes ideas de esta Orden, sin embargo en su vida y en sus escritos descubrimos un rasgo benedictino, como también a su vez la Orden de S. Benito —podemos muy claramente percibirlo de nuevo aún en la actualidad— se siente atraída con afectuosa comprehensión hacia el Angel de las Escuelas. En Sto. Tomás se armonizan «veritas et pax», el lema de la orden de los Dominicos y Bendictinos: «Veritas et pax osculatæ sunt». El benedictino inglés, R. B. Vaughan, en su gran biografía de Tomás, escribe acertadamente [50]: "Espíritu y acción de Sto. Tomás no pueden ser plenamente comprendidos sin el espíritu místico del gran Patriarca de los Monjes de Occidente, este espíritu de mansedumbre, suavidad y tranquilidad, que, un día en la me-

(50) R. B. Vaughan O. S. B., *The life and labours of S. Thomas of Aquin,* London, 1872, I, XII-XIII.

trópoli de la gloria benedictina, el niño Tomás mamó a grandes tragos".

«Pax est tranquillitas ordinis», la paz es la tranquilidad que brota del orden. Este pensamiento de S. Agustín ha sido total y enteramente realizado en la vida interior de Sto. Tomás. En el pensamiento y en la ideología de Sto. Tomás reina ante todo un incomparable orden y armonía. Así como de la oscuridad, inseguridad y embrollo del pensamiento nace el desasosiego e intranquilidad para toda la vida interior, del mismo modo el conocimiento claro, profundo y ordenado de la verdad natural y sobrenatural en sus relaciones y leyes, en su multiplicidad y unidad, derrama una pura paz espiritual sobre el alma que contempla la verdad. En un panegírico de Sto. Tomás el dominico B. Allo ha dibujado esta propiedad espiritual con estas palabras: «La paix dans la vérité» [51]. Tarea de los sabios es, como expresa Tomás, ordenar y alcanzar un conocimiento organizado de la verdad con-

(51) B. ALLO O. P., *La Paix dans la vérité. Étude sur la personnalité de S. Thomas d'Aquin,* París, 1911.

ducido y regido desde los primeros principios y puntos de vista, fundamentar y exponer el orden natural en el sector del pensamiento lógico, del ser real, de la conducta moral y sobre todo el orden sobrenatural de la vida trinitaria de Dios en su comunicación, obtenida y realizada mediante Jesucristo, a la creatura racional elevada por la gracia a la participación de la vida divina. No puedo tratar más detenidamente de cómo se revela el orden, simetría, equilibrio, tranquilidad y disposición de la verdad y claridad en el sistema de Sto. Tomás en general y en particular, en la íntima conexión del pensamiento y en la exposición formal, en la visión, y en la armonía del conjunto de los diferentes temas del saber. Fe y ciencia, filosofía y teología, naturaleza y gracia, universalismo e individualismo, análisis y síntesis, espiritualismo agustiniano y realismo aristotélico, estos y otros pares de ideas, que aún en la Escolástica han sido desviados hacia múltiples exageraciones y antítesis, en la concepción de Santo Tomás han

encontrado un pacífico y armónico arreglo. Este equilibrio, moderación y tranquilidad de criterio, este sentido para lo teleológico y ordenado se aprecia de una manera muy eficaz y benéfica en la doctrina social y política de Sto. Tomás, que realmente respira el espíritu de paz [52]. Esta armonía y equilibrio se manifiesta también claramente en la manera con que Sto. Tomás ha utilizado las fuentes [53]. Por todas partes, aún detrás del error, con clara mirada ha descubierto el grano de verdad, y muchas veces de un modo admirable rebasando el horizonte científico de su tiempo, ha dilucidado el desarrollo histórico de cuestiones filosóficas y teológicas. Con agradecida comprensión ha utilizado él los resultados científicos de tiempos pasados y aun ha reconocido gustosamente el servicio indirecto, que erróneas con-

---

(52) Véase sobre el particular principalmente O. SCHILLING, *Die Staats und Soziallehre des hl. Thomas von Aquin,* Paderborn, 1923.

(53) Cfr. sobre esto M. GRABMANN, *Thomas von Aquin, Eine Einführung in seine Persönlichkeit und Gedankenwelt,* 4ª ed., Kempten und München, 1920, 32 y sgs. De esta obra existe traducción castellana, editada por Labor, con el título *"Santo Tomás de Aquino"* (Nota del Trad.).

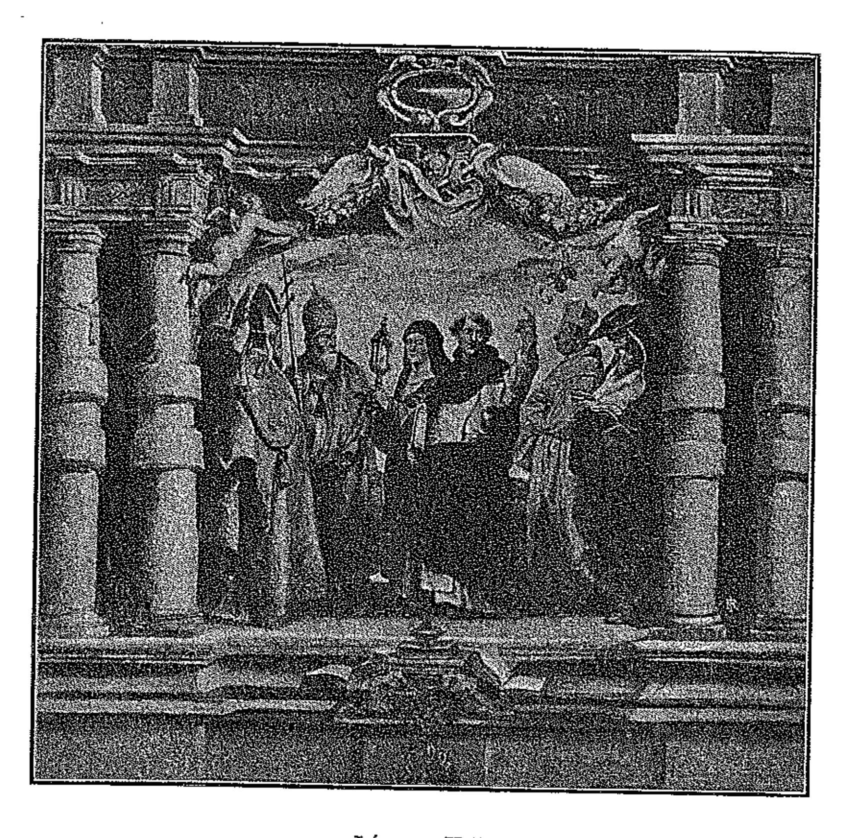


LÁMINA XII

SANTO TOMAS DE AQUINO GLORIFICANDO A LA EUCARISTIA ENTRE LOS DOCTORES DE LA IGLESIA, por PEDRO PABLO RUBENS. - Cuadro conservado en el Museo del Prado (Madrid).

cepciones han prestado al descubrimiento de la verdad. "En la profundización de la verdad somos ayudados doblemente por los demás. Una ayuda directa experimentamos de quienes ya han encontrado la verdad. Cuando cada uno de los pensadores anteriores ha encontrado algo de la verdad, entonces semejantes hallazgos, sintetizados como unidad y totalidad, constituyen una vigorosa ayuda para un amplio conocimiento de la verdad. Los pensadores posteriores son ayudados indirectamente por los anteriores, en cuanto los errores de éstos ofrecen a aquellos ocasión de esclarecer la verdad en un serio esfuerzo espiri-

LÁMINA XII. — Pedro Pablo Rubens (1577-1640) representó en una tela que se conserva en el Museo del Prado, a Santo Tomás bajo el aspecto de doctor eucarístico. El artista imaginó una procesión de santos doctores precedida por San Gregorio Papa, San Agustín y San Ambrosio, a los que siguen San Jerónimo y San Buenaventura. Lleva la custodia la beata Juliana de Mont-Cornillón, por cuyas instancias se estableció en la Iglesia la festividad del Corpus-Christi. Santo Tomás, a medida que avanza, expone con rostro inspirado, a sus compañeros, los misterios eucarísticos. Los tres santos obispos que van al frente, detienen su marcha para oírlo, mientras San Jerónimo consulta las Sagradas Escrituras y San Buenaventura eleva sus ojos al cielo.

tual" [54]. En el modo y manera con que Sto. Tomás aprecia y utiliza en detalle a Aristóteles y a sus Comentadores griegos, a la filosofía arábigo-judaica, a las fuentes neo-platónicas, a Agustín y a los Padres de la Iglesia, a las obras de la primitiva Escolástica y de los escolásticos inmediatamente anteriores y contemporáneos, se manifiesta una elevada dosis de objetividad y circunspección científica, tranquilamente ponderada, una pacífica unión de piedad y de crítica inteligente, objetiva y en parte también histórica. Cuanto más se investiga y se penetra en cada una de las cuestiones, por ejemplo, en la doctrina del conocimiento y psicología, en la metafísica y teodicea, en la ética y mística, en la teología sacramentaria sobre la base del análisis esmerado de fuentes que tiene en cuenta también los materiales inéditos, el fino y delicado modo con que el Santo ha reunido las variadas hebras de elementos intelectuales anteriores en un tejido hermoso y uno, tanto más se aprecia y reconoce

(54) *In II Metaph.*, Lect. 1.

el poderoso trabajo intelectual, que Sto. Tomás ha realizado para dominar y dar forma armónica a estos enormes materiales conceptuales. No puedo tratar aquí del método de su utilización de Aristóteles y Agustín, ni tampoco de la síntesis de Aristóteles y Agustín, en la que Harnack ve la significación histórica mundial de Sto. Tomás [55].

El empleo de las fuentes por Sto. Tomás no es ni sucesión ni yuxtaposición de las sentencias y de las series de ideas de los otros de un modo mecánico y compilatorio, ni es tampoco eclecticismo enfermizo, sino personal penetración, elaboración y perfeccionamiento de los resultados anteriores de la indagación. Tomás transforma y valora esta enorme materia de la tradición científica al servicio del fin de la verdad certeramente avistado: "El estudio de la filosofía no tiene por fin saber lo que los otros han pensado, sino conocer cómo es la verdad de las

(55) A. HARNACK, *Lehrbuch der Dogmengeschichte*, IIIª ed., Tübingen, 1910, 498.

cosas" [56]. La entellequeia, la forma que da hechura, que ordena todos estos elementos conceptuales extraños y les da forma y asimila, es el genio especulativo de Sto. Tomás, independientemente sistemático y que sintetiza en una unidad todos los conocimientos verdaderos. El sabio francés P. Duhen, quien en otros pasajes ha prestado grandes servicios a la investigación histórica de la indagación escolástica, principalmente de la indagación escolástica en las ciencias naturales, no se ajusta a la verdad cuando niega al pensamiento filosófico de Sto. Tomás una amplia significación personal [57]. Sus contemporáneos tienen realmente otra opinión del trabajo científico de toda la vida del Aquinate, y la lucha en torno a su doctrina, tan violentamente encendida ya en tiempos del gran Escolástico y todavía más después de su muerte, lucha que ahora, a la luz de la activa investigación de los manuscritos, co-

(56) *In I. De caelo et mundo*, lect. 22.

(57) P. Duhen, *Le système du monde. Histoire des doctrines cosmologiques de Platon à Copernic*, V, París, 1917, 468-580.

bra siempre más destacados relieves en sus detalles, tiene su sentido y fundamento en que el aristotelismo cristiano de Sto. Tomás era considerado como una acción independiente de amplísima innovación. "Entre los teólogos del siglo XIII, escribe R. Seeberg [58], Sto. Tomás ha sido el gran jefe del progreso, quien más que ningún otro ha empleado la crítica en la tradición y ha transformado la tradición. Pero tan ardiente era el interés científico de Tomás, como viva era también la adhesión a la doctrina de la Iglesia. Esto lo condujo a la situación de crear un sistema, en el cual de modo admirable están íntimamente unidos el más fuerte conservadorismo eclesiástico con las progresistas tendencias científicas más audaces. Este teólogo marchaba realmente al frente del progreso filosófico y era a la vez el más recio defensor de la tradición eclesiástica".

Nunca lo nuevo y progresista se manifiesta de un modo brusco y chocante

(58) R. SEEBERG, *Lehrbuch der Dogmengeschichte*, III, Leipzig, 1913, 318.

en los escritos de Sto. Tomás. No se nos hace notar o se nota muy poco. Sus nuevos caminos van casi siempre por el justo medio y se mantienen alejados de los extremos. La paz del alma, que no se busca a sí misma, sino únicamente a la verdad y en definitiva a Dios, la absoluta eterna Verdad, se ha derramado sobre el trabajo espiritual de Sto. Tomás.

Para Sto. Tomás la autoridad de la Iglesia, a la que él estaba consagrado con filial amor, no era impedimento o cadena en su esfuerzo progresivo científico, sino más bien veía y amaba en Ella, en su autoridad doctrinaria, en su tradición, liturgia y costumbres un apoyo colocado por Dios para el conocimiento cierto de la verdad. Ha penetrado de una manera incomparablemente honda en la intrínseca esencia de la Iglesia, y en su concepción de la misma ha unido y agrupado armónicamente los elementos dogmático-místico, el ético y el jurídico [59]. Cuida ansio-

(59) Cfr. M. GRABMANN, *Die Lehre des hl. Thomas von Aquin von der Kirche als Gotteswerk*, Regensburg, 1903.

samente de estar de acuerdo con la doctrina y el espíritu de la Iglesia. Como él acentúa, la Iglesia en sus determinaciones y ordenaciones tiene presente el bien de los creyentes [60]. Posee Tomás una elevada idea de la autoridad de la Iglesia. "La más grande autoridad, así escribe [61], la tiene la costumbre de la Iglesia, que siempre se tiene en cuenta". También la doctrina de los doctores católicos reciben autoridad de la misma Iglesia. "Por eso se debe dar más importancia a la costumbre de la Iglesia, que a la misma autoridad de un Agustín o Jerónimo o de otro cualquier Doctor de la Iglesia". Por el primado del Papa, que él deriva con profundidad dogmática de la idea paulina de Cristo, Cabeza de la Iglesia, y de la Esencia y Fin de la misma, tiene la más alta estima y respeto, como que también estaba cerca, aun personalmente, de los Papas de su tiempo, Urbano IV, Clemente IV y Gregorio X. Santo Tomás profesa una gran piedad hacia los

---

(60) *S. Theol.*, III, 80, 11.

(61) *Quodl.*, II, 7. Cfr. *Quodl.*, III, 10, *S. Theol.*, I, 32, 4.

Padres de la Iglesia. Aun en los pasajes, en que él cree que se debe pensar de otra manera, adopta una forma y modo que aleja cualquier reprensión y reproche. Así, por ejemplo, escribe en un pasaje: "Puesto que ésta ha sido la opinión de grandes Maestros, a saber de Basilio Magno y de Gregorio Nacianceno y otros, por eso tal modo de pensar no se debe rechazar como erróneo" [62]. El Cardenal Cayetano, por eso, nos da cuenta de este trato lleno de piedad y comprensión de Santo Tomás para con los Padres de la Iglesia con estas palabras: "Porque profesó la más elevada piedad hacia los Padres de la Iglesia, por eso reunió en cierto modo en sí mismo la profundidad de pensamiento de todos ellos" [63]. Un comentario artístico a este pensamiento es en cierto modo el vigoroso cuadro de Zurbarán: "La apoteósis de Santo Tomás", que se conserva en el Museo de Sevilla [64]. Santo Tomás está allí en el medio de

(62) *De Pot.*, III, 18.

(63) CARD. CAJETANUS O. P., *Comment. in S. Theol.*, II-II, 148, 4.

(64) L. FERRETTI, l. c. tab. XIII y pág. 75.

la mitad superior del magnífico cuadro iluminado por el Espíritu Santo, Quien está suspendido sobre él en forma de paloma.

En su izquierda tiene él un libro abierto, mientras en la diestra levantada tiene la pluma dispuesta para escribir. A la izquierda y derecha están sentados de dos a dos los cuatro grandes doctores de la Iglesia Occidental, Agustín, Gregorio, Ambrosio y Jerónimo, quienes tienen ante sí sendos libros y unos con otros conversan animadamente. Así se derramó sobre los escritos de Santo Tomás el pacífico espíritu del orden, armonía y equilibrio. Tanto en el estudio intrínseco de los problemas como también en la utilización de las fuentes aparece este sentido de conciliación y armonización, este, si así puedo llamarlo, ritmo de verdad y claridad. Quien durante el estudio de años y años se haya sumergido dentro de esta armonía y proporciones del edificio conceptual tomista, ese tal se habrá colmado de alegría y paz del alma, de

modo semejante a aquella impresión llena de unción, que nos toma cuando contemplamos las catedrales elevadas hacia el cielo, con las cuales también frecuentemente se ha comparado la «Summa Theologiae» de Santo Tomás, por su estructura arquitectónica [65]. Este equilibrio, de este modo circunspecto y moderado, esta tranquilidad y claridad del sistema tomista en la exposición de la moral, ascética y mística cristiana, muéstrase en la Segunda Parte de la Suma, que ha sido particularmente celebrada por sus maravillados contemporáneos. La «caritas», que según las palabras de San Bernardo, «modus diligendi Deum est sine modo diligere», no conoce medida ni límite alguno, como «forma virtutum» otorga medida y armonía a todas las virtudes morales. Ella mueve a considerar amorosamente en la armonía y la conexión de las perfecciones divinas y a imitarlas y copiarlas en nuestra propia vida interior y exterior. Las virtudes morales infor-

(65) Cfr. M. GRABMANN, *Einführung in das Studium der Summa theologiae des hl. Thomas von Aquin*, Freiburg, 1919.

madas por la caridad ordenan y pacifican las inclinaciones interiores y pasiones del alma, a fin de que pueda ella estar adherida a Dios sin tropiezo y división en una vida de celoso e intenso amor. Aun el anhelo de saber, que puede degenerar en falta de «curiositas», cuando se opone a fines superiores, debe ser ordenado y moderado por la virtud de la «studiositas» (66). Hay en las exposiciones de la moral tomista sobre la armonía y ordenación mística de las distintas virtudes una elevada medida de sabiduría y de experiencia. En la Ascética y Mística de Santo Tomás aparece vivamente el modo y manera cómo la vida de la gracia se asimila a las leyes de la vida humana y eleva suavemente a todo el hombre, en su esfera espiritual y sensitiva, a la vida sobrenatural y divina (67). Jamás, así anota el P. Ramón Martín O. P., jamás he hallado expuesta la doctrina mística ni humana, pero ni siquiera divinamente

---

(66) *S. Theol.*, II-II, 166.

(67) Cfr. M. Grabmann, *Die Idee des Lebens in der Theologie des hl. Thomas von Aquin*, Paderborn, 1922.

como en la doctrina de la vida espiritual, cual la ha desarrollado Santo Tomás [68].

Mas Santo Tomás podía alcanzar una exposición tan eficaz de la doctrina moral, sostenida y dominada desde el fundamento del amor, tan poderoso y unitivo, doctrina moral, armónica y equilibrada, sobre la cual se ha derramado una serena y santa paz, porque en su propia vida interior reinaba esta armonía, equilibrio y proporción de las virtudes, traspasada de los suaves rayos del amor divino, porque esta paz, que brotaba de la «sapientia» y «caritas», transfiguraba todo su pensar, querer, sentir y obrar. Los simples testimonios de los testigos en el proceso de canonización nos han permitido mirar esta alma pura y santa, desprendida de las tendencias desordenadas de la sensualidad, del apego a los bienes terrenos, de la ambición y de la susceptibilidad. En todas estas deposiciones se ensalza su pureza virginal sin mancha, se repite siempre la

(68) R. Martin O. P., *Le développement de la spiritualité dominicaine.* La vie spirituelle, 1921, II, 357.

calificación: «Virgo». En las comunicaciones de las actas del proceso de canonización y en la biografía de Guillermo de Thocco es referida la experiencia mística del adolescente Tomás en la torre de San Giovanni, cómo después de su airosa victoria de la más grave tentación, fué ceñido por los ángeles y desde entonces nunca más experimentó movimientos de la sensualidad [69]. Desde el Fiesole esta escena ha sido representada muchas veces por el arte. También en una cofradía de la Iglesia, la «militia Angelica», que honra a Santo Tomás como patrono y modelo de la pureza e inocencia moral, perdura el recuerdo de este hecho [70]. Un poco más tarde también se dió a Tomás el apelativo de «Doctor Angelicus» por su angelical pureza, «qua in carne, praeter carnem vixit», apelativo que suplantó su originario nombre honorífico escolástico de «Doctor Communis». Tan altamente ha estimado Tomás la virtud de la pureza y

(69) *Acta Sanctorum*, l. c., 661.
(70) DEURWERDERS O. P., *Militia Angelica divi Thomae Aquinatis, Lovanii*, 1659. H. M. IWEINS O. P., *Le cordon de Saint Thomas d'Aquin ou la milice angélique*, Louvain, 1893.

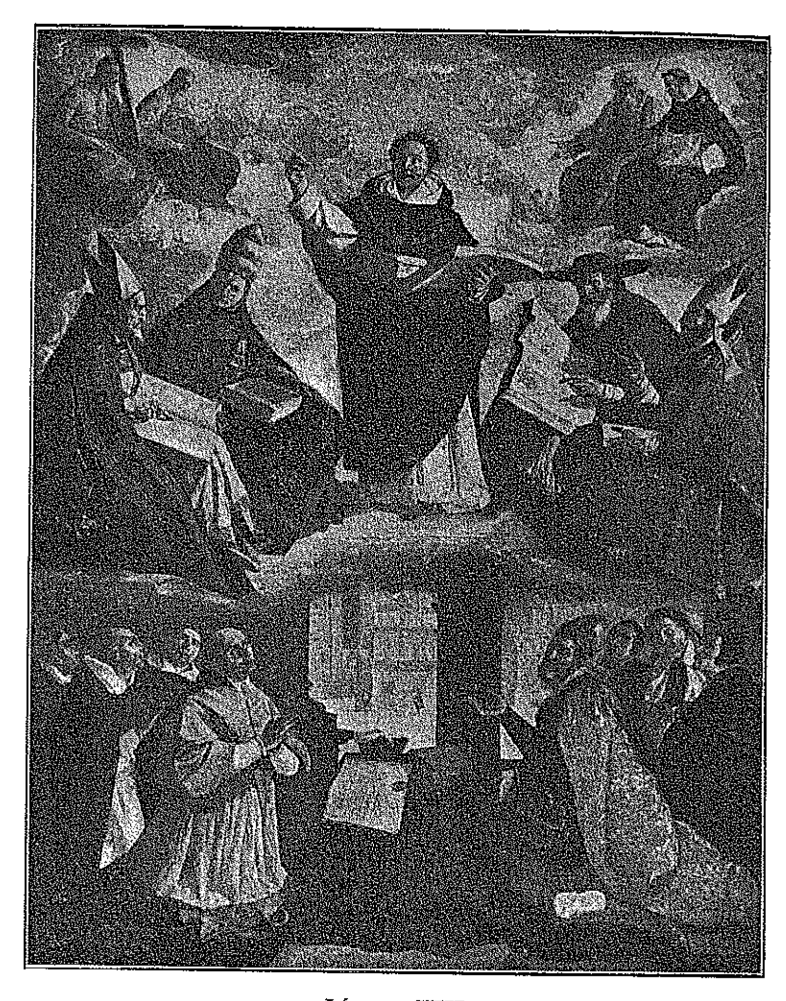


LÁMINA XIII

TRIUNFO DE SANTO TOMAS DE AQUINO, por FRANCISCO ZURBARÁN. - Cuadro conservado en el Museo Provincial de Sevilla.

virginidad, sobre todo porque en ella ha visto una muy especial preparación para una total entrega y consagración a Dios, para un entero desenvolvimiento y manifestación de la «Sapientia» y «Caritas». En las magníficas cuestiones y artículos, que ha consagrado a esta angélica virtud, vuelve a aparecer siempre esta idea directora. El pensamiento de San Pablo: «Virgo cogitat quae Domini sunt ut sit sancta spiritu et corpore» (I Cor., 7, 34) ha encontrado en Tomás un intérprete muy profundo y que escribe por experiencia propia. Con el correr de los siglos también numero-

LÁMINA XIII. — Más que triunfo debe llamarse este cuadro apoteosis de Santo Tomás de Aquino. Entre todas las demás, sobresale la noble figura de Santo Tomás en actitud de escribir las inspiraciones del Espíritu Santo, representado suavemente en forma de paloma sobre la cabeza del Santo Doctor. A la diestra, en la gloria de los ángeles, el Padre y el Hijo, y a la izquierda el Patriarca Santo Domingo y San Pablo, asisten a la escena. Majestuosamente sentados, conversan entre sí consultando sus libros, los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina: San Gregorio Papa, San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. Separados por una nube y arrodillados devotamente contemplan la visión de un obispo y tres frailes dominicos por un lado, y por otro, tres nobles juntamente con el rey de España que se encomiendan a la protección de Santo Tomás.

sos admiradores de Santo Tomás han celebrado sus sublimes ejemplos y han visto y gustado en una vida pura, virginal, consagrada a Dios, cuán dulce es el Señor. En relación con la castidad y virginidad inmaculada hemos hallado mencionados en las deposiciones de los testigos del proceso de canonización la frugalidad y la mortificación del Santo en el comer y beber, sus vigilias y sobre todo su indiferencia ante lo agradable y cómodo de la vida corporal, nacida de su amor de Dios y de su pura inclinación hacia la vida contemplativa. Santo Tomás subraya también, por eso, principalmente en su opúsculo «De perfectione vitæ spiritualis» [71], que quienes deseen llevar una vida pura, virginal y en ella consagrarse y unirse a Dios con más libertad y perfección, deben castigar su cuerpo con ayunos, vigilias y parecidos ejercicios.

Mientras por la pureza y la virginidad, por una vida frugal, austera y abnegada los deseos del cuerpo son dominados y tranquilizados y alegre-

(71) *De perfectione vitae spiritualis,* c. 9.

mente se sacrifica todo gusto sensible a la actividad libre de la vida espiritual y religiosa, la humildad con sus virtudes afines de obediencia, mansedumbre, dulzura, de modestia y cristianos modales, de cariño y amabilidad, de servicialidad olvidada de sí misma, pone en orden los deseos interiores del alma, provenientes del desordenado amor propio, del buscarse a sí mismo y de la ambición, y subordina toda la vida espiritual a Dios y a su servicio, por causa del gran motivo sobrenatural de la caridad. Con ello el hombre se siente y encuentra feliz en el lugar que le toca según la Voluntad de Dios, la Cual se le manifiesta en las relaciones y disposiciones de la autoridad, y en esta disposición el alma experimenta la verdad de las palabras del Señor: "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis descanso para vuestras almas".

Ahora bien, en las declaraciones de los testigos del proceso de canonización hemos escuchado el elogio precisamente de la humildad y mansedum-

bre, de la obediencia, del modo de ser amable, apacible y servicial de nuestro Santo. También la biografía de Guillermo de Thocco aporta rasgos de conmovedora belleza, que nos aproximan a Tomás como a una figura de santo y sabio humilde, moderado, tranquilo, de pensar objetivo, dominando la excitación en la contradicción y oposición, sosegado y equilibrado, siempre amable y sacrificado. Ve él en la soberbia y orgullo un impedimento para un más profundo conocimiento de la verdad y en la humildad una ayuda y auxilio para la verdadera sabiduría. Por lo cual, ha podido confesar él a su inseparable amigo y compañero, Reginaldo de Piperno, en simplicidad y sinceridad de corazón: Con la gracia de Dios, ni mi ciencia, ni mi cátedra de teología, ni una disputa pública [72] nunca me han causado jamás un movimiento de orgullo, y cuando un primer movimiento e inclinación de esta especie quería levantarse contra la razón, entonces lo reprimía con otro

(72) Actos académicos de la Edad Media, en que se discutían diversos temas de Filosofía y Teología (N. del T.).

juicio de la misma razón. En las deposiciones del proceso y en la bula de canonización de Juan XXII, elogiosamente se subraya que Tomás, aun en las disputas, en cuyas lides científicas muchas veces se manifiestan alteraciones y el modo de ser egoísta y altanero, ha conservado pleno equilibrio de alma y no ha empleado jamás palabras soberbias e hirientes. Bartolomé de Capua atestigua en sus declaraciones en el proceso de canonización [73], que ha oído de Hermanos Predicadores dignos de crédito, cómo en una disputa de París ante los violentos ataques del teólogo franciscano y más tarde arzobispo de Canterbury, John Peckham, Tomás no perdió su presencia de ánimo por las expresiones altaneras e hirientes de éste, sino que tranquila y objetivamente expuso su tesis y respondió amable y humildemente. John Peckham, quien en una carta del 1º de junio de 1285 al obispo de Lincoln le informa acerca de ese suceso de una manera enteramente

(73) *Acta sanctorum, Martii,* I, 712.

distinta, no puede menos de pintar a Tomás como el «Doctor humilis» [74].

Aun en sus polémicas científicas, Tomás ha sido, pues, siempre moderado y dulce y ha tenido para con sus adversarios científicos una amorosa comprensión. Otros escolásticos de su tiempo —sólo mencionaré a Rogerio Bacon, a Petrus de Trabibus y a Petrus Joannis Olivi—en la discusión científica se han dejado arrastrar no pocas veces hasta de expresiones duras. El Papa Benedicto XIV aprecia también esta cualidad de la polémica de Santo Tomás [75]: "En la composición de sus numerosas obras, nunca lo suficientemente alabadas y ensalzadas, Santo Tomás de Aquino debió encontrarse necesariamente con diversas opiniones de los filósofos y teólogos, que según su convicción debía rechazar. La gloria de este gran doctor de la Iglesia es también ensalzada porque no ha despreciado, herido y comprometido a ninguno de sus adversarios, sino que los ha tratado a to-

(74) DENIFLE, *Chartularium Universitatis Parisiensis*, I, 634.

(75) *Constitutio: Sollicita et provida*, 24.

dos amable y amigablemente. Por eso, cuando en sus escritos encontraba algo inconveniente, ambiguo y obscuro, lo suavizaba y rectificaba por medio de una benigna y suave interpretación. Pero cuando los intereses de la religión y de la fe le imponían la negación e impugnación de una tesis contraria, entonces el Santo lo hacía con tanta modestia, que la forma de esta refutación no merecía menor alabanza que la defensa de la verdad católica". Solamente en su opúsculo «De veritate intellectus contra Averroistas», escrito contra el averroísmo latino de la Universidad de París y contra su jefe, el perspicaz filósofo Siger de Brabante, se expresa Santo Tomás de muy cáustico modo sobre Averroes, a quien llama el «depravator, non commentator Aristotelis», y también sobre los averroístas parisienses, a los cuales dirige al final las siguientes severas palabras: "Esta es nuestra refutación del mencionado error, a saber, del monopsiquismo averroísta. Esta refutación no se apoya en los documentos de la fe, sino en los argu-

mentos racionales y en los dichos de los filósofos mismos. Ahora bien, si alguno, que presumido fíe en su supuesta ciencia, quiera oponer algo contra nuestras explicaciones, ese tal no debe hacerlo en lugar secreto alguno o ante muchachos, que en temas tan difíciles carecen de discernimiento; sino más bien que escriba contra este nuestro libro, si tiene ánimo para ello. No sólo me encontrará a mí, el más insignificante de todos, sino también a muchos otros, amigos de la verdad, que se opondrán a sus errores y se volverán contra su ignorancia", Poco tiempo ha, he descubierto en un manuscrito los Comentarios de Siger de Brabante a una gran parte de los escritos de Aristóteles y puedo ahora explicarme estas palabras un tanto excitadas del gran escolástico, en otras ocasiones tan moderado y extraordinariamente modesto. Estos Comentarios de Siger a las obras de Aristóteles no sólo se apartan del sentido aristotélico, sino que contienen también tales ataques contra la doctrina de la fe y de la filosofía cris-

tianas acerca de la relación de Dios y el mundo, que comprendemos el tono cáustico de la polémica tomista. De aquí también que una serie de tales pasajes han sido hechos ilegibles en el manuscrito con gruesos trazos de tinta por una mano casi del mismo tiempo, lo cual por lo demás es muy de lamentar para la historia de la filosofía medioeval y para la proyectada edición de estas obras recientemente descubiertas de Siger. Evocaremos aquí también los numerosos cuadros, que representan el triunfo de Santo Tomás sobre dicho averroísmo.

La armonía, el equilibrio y la santa paz de la vida espiritual y moral de Santo Tomás se expresa vigorosamente también en sus oraciones [76]. En la oración de después de la Comunión el Santo pide muy de corazón que la unión sacramental con el Cuerpo y

---

(76) Obispo THOMAS ESSER O. P., *D. Thomae Aquinatis Doctoris Angelici et scholarum catholicarum patroni monita et preces*, Paderborn, 1890. A. D. SERTILLANGES O. P., *Prières de Saint Thomas d'Aquin*, París, 1920. También E. GILSON, al fin de su obra: *Le thomisme*, 237-239, hace ver cómo las oraciones y poesías de Sto. Thomás son reflejo de su vida espiritual, y cita también a R. DE GOURMONT, *Le latin mystique*, París, 1913, 274-275.

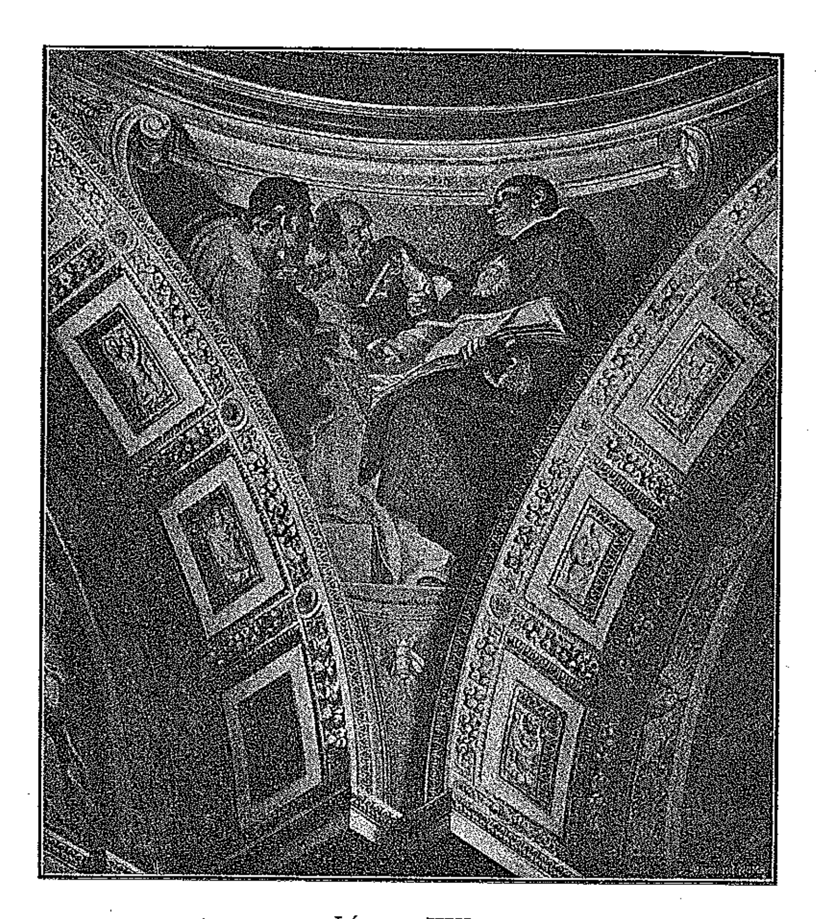


LÁMINA XIV

SANTO TOMAS CONSOLADO CON LA VISION DE SAN PEDRO Y SAN PABLO, por ANDRÉS SACCHI, recubierto de mosaicos por JUAN CALANDRA. - Decoración existente en la Basílica Vaticana.

Sangre del Señor sea para él la liberación de todas las inclinaciones pecaminosas, la exterminación de la concupiscencia y de la sensualidad, el crecimiento del amor y de la paciencia, de la humildad y de la obediencia y el apaciguamiento de todos los apetitos carnales y espirituales, para así poder llegar a la permanente adhesión al único y verdadero Dios y a la feliz consecución de la eterna unión con El. También en otras oraciones suyas que se nos han conservado, nos muestra este anhelo hacia una vida interior pacífica y armónicamente ordenada, enteramente consagrada a Dios. En la oración que comienza así: «Concede mihi, misericors Deus», que el An-

LÁMINA XIV. — En la Basílica Vaticana existe una capilla dedicada a la Santísima Virgen de la Columna y a San León. Allí, decorando la pared superior de la cúpula, Juan Calandra cubrió con mosaico el dibujo hecho por Andrés Sacchi (1600-1661). Los Santos Apóstoles Pedro y Pablo se aparecen a Santo Tomás que cierta noche, pedía a Dios, Señor de las ciencias, lo iluminara en un difícil pasaje de Isaías cuyo significado se le ocultaba. La santidad y la doctrina de Santo Tomás resplandecen así en el templo de la catolicidad, juntamente con la gloria de los Príncipes de la Iglesia San Pedro y San Pablo. La obra fué terminada el año 1627, bajo el pontificado de Urbano VIII, de cuyo escudo están tomadas las abejas que se ven en los ángulos.

gélico Doctor solía recitar ante el Crucificado para obtener una sabia disposición y ordenación de su vida, dirige a Dios la tierna petición siguiente: "Concédeme, mi Señor y mi Dios, que no peque en la felicidad por arrogancia, en las contrariedades por pusilanimidad, que en nada me alegre y en nada me entristezca fuera de aquello que me lleve a Tí o me aparte de Tí, que no desee agradar o tema desagradar a nadie fuera de Tí. Concédeme, Señor, que me parezcan despreciables todas las cosas terrenas y caros todos los bienes eternos, conviérteme en repugnante toda alegría que es sin Tí, no quiera desear nada que esté fuera de Tí. Dame, Señor, dirigir mi corazón hacia Tí, y que en todas mis faltas sienta siempre arrepentimiento con el propósito de mejorarme. Hazme, Señor y Dios mío, obediente sin contradicción, pobre sin mezquinos sentimientos, casto sin perturbación de la pureza de alma, paciente sin lamento, humilde sin simulación, sereno sin alboroto, serio sin rigidez, movido y ágil sin ligereza, temeroso de

Dios sin pusilanimidad, sincero sin doblez, celoso en las buenas obras sin exceso, déjame trabajar en el mejoramiento del prójimo sin soberbia, y edificarlo con la palabra y el ejemplo sin hipocresía".

"Dame, Señor, un corazón vigilante, que por ningún indiscreto pensamiento se desvíe de Tí, un corazón noble al cual no arrastre hacia abajo ninguna indigna inclinación, un corazón recto, al cual ninguna intención depravada aparte de la dirección justa, un corazón firme, al cual no quebrante ninguna tribulación, un corazón libre al cual no venza pasión violenta alguna".

En este modo de pensar se mueve su oración para obtener todas las virtudes. Solamente destaco de ellas una petición, que nos permite reconocer su ánimo noble y respetuoso. Pide en ella que por su cuerpo no sea molesto a nadie. Hermosísima es su oración a la Bienaventurada Virgen María, de la cual quiero entresacar todavía algunos pensamientos. Comienza, pues, así: "Oh felicísima y dulcísima Virgen

María, Madre de Dios, sobremanera llena de bondad, Hija del más grande de los Reyes, Señora de los Angeles, Madre de todos los creyentes, al seno de tu misericordia encomiendo hoy y todos los días de mi vida mi cuerpo y mi alma, todas mis acciones, pensamientos, resoluciones, deseos, palabras y obras, toda mi vida y el fin de mi vida, a fin de que por tu intercesión todo sea dirigido hacia el bien según la voluntad de tu Amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo". El Santo implora después en particular la intercesión de María para la obtención de todas las gracias y virtudes, que le son necesarias, para una santa vida en el estado religioso: "Dígnate implorar de tu amado Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, la gracia con la cual pueda yo resistir vigorosamente a las tentaciones del mundo, de la carne y del diablo y tener el firme propósito de no pecar más y de perseverar en tu servicio y en el de tu amado Hijo. Yo te imploro también, oh mi santísima Señora, que me obtengas verdadera obediencia y verdadera humildad de

corazón a fin de que me reconozca de veras como un miserable y frágil pecador que sin la ayuda de la gracia del Creador y sin tu intercesión es incapaz para cualquier obra buena y para resistir a las continuas tentaciones".

"Alcánzame también, oh mi dulcísima Señora, perpetua castidad de alma y cuerpo a fin de que puro de corazón y casto de cuerpo pueda servirte a Tí en tu Orden. Obténme también de tu Hijo voluntaria pobreza, mansedumbre y tranquilidad de alma, a fin de que pueda sobrellevar las fatigas de la vida religiosa y realizar mi propia salvación y la salvación de los demás. Otórgame también, oh dulcísima Señora, verdadero amor, con el que pueda amar con todo mi corazón a tu santísimo Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y a Tí después de El sobre todo otro amor, y querer al prójimo en Dios y según Dios, a fin de que me alegre en el bien del prójimo, me entristezca en su dolor, a nadie desprecie, a nadie juzgue maliciosamente, y

en mi pensamiento no me prefiera a nadie".

De este modo la vida moral y espiritual de Santo Tomás muestra el sello de armonía, simetría y equilibrio. L. Lavaud [77], que ha hecho un excelente análisis de la santidad del Aquinate, señala que las virtudes morales, la pobreza, la pureza, la obediencia y la humildad, al servicio de la caridad, dispusieron al Santo a la vida contemplativa del Amor y Sabiduría divinos. En su alma se había restablecido así en cierto modo el estado de justicia original, del orden y de la paz de las facultades y actividades del alma. Como en su doctrina, así también en su vida todo está subordinado a la más subida virtud, el divino amor, y al más elevado don del Espíritu Santo, el «donum sapientiæ».

Esta armonía, esta simetría, este orden de la vida espiritual y moral, esta variedad, de las virtudes en la unidad del amor, irradiada de la luz de la razón, de la fe y de los dones del Espíritu Santo, adorna también al al-

(77) LAVAUD, l. c., 357

ma de Santo Tomás de espiritual y sobrenatural hermosura. En un pasaje ha definido él la hermosura interior y espiritual: «Pulchritudo spiritualis animæ in hoc consistit, quod conversatio sive actio hominis sit bene proportionata secundum spiritualem rationis claritatem» (II-II, 145, 2). La hermosura espiritual y sobrenatural del alma se ve en que la conducta y el obrar del hombre estén enteramente proporcionados, muestren armonía y simetría según la claridad de la razón sobrenaturalmente esclarecida por la fe. Santo Tomás ha definido con ello en cierto modo su propia vida espiritual.

Como la hermosura del cielo, el brillo del sol, se refleja en un arroyuelo que tranquilamente se desliza y se introduce en él, así también se nos refleja desde la vida espiritual de Santo Tomás algo de la misma hermosura increada de Dios, en cuya contemplación ha encontrado él la felicidad de su vida.



Capítulo III

CRISTO Y LA VIDA ESPIRITUAL DE SANTO TOMAS

En las actas del proceso de canonización como también en los escritos de Santo Tomás de Aquino, la «Sapientia, caritas y pax» se nos presentan vigorosamente como los rasgos fundamentales de su vida espiritual. En el fundamento hondo de esta imagen del alma y carácter se nos presenta el suave y a la vez pacíficamente serio resplandor de la sabiduría, del amor y de la paz del mismo Jesucristo. Podemos comprender en lo hondo la vida espiritual de Santo Tomás, como la de los otros santos, si la concebimos en su íntima relación de vida y amor con Jesucristo. Guillermo de Thocco en su biografía de Tomás nos cuenta la conocida narración de una experiencia mística del Santo en la capilla de San Nicolás de la Iglesia Dominicana, San Domenico Maggiore, de Nápoles. El hermano lego sacristán, Do-

mingo de Caserta, ve a Santo Tomás en éxtasis ante el cuadro del Crucificado y oye de boca de la venerable Imagen las palabras: "Tomás, has escrito bien de mí, ¿qué recompensa deseas por ello?". Y escucha a la vez la respuesta de boca del Santo: "Ninguna otra recompensa más que Tú, oh Señor". Guillermo de Thocco agrega: precisamente entonces escribía Tomás la Tercera parte de su Suma Teológica y trataba de la Muerte y Resurrección de Cristo [1]. El arte ha representado muchas veces esta escena de la mística cristiana. Así en el ciclo de cuadros murales de la vida de Santo Tomás en la Iglesia de los Dominicos, de Regensburg (Ratisbona), descubierto y descrito por J. A. Endres [2]. La más reciente y expresiva representación de esta visión es el magnífico cuadro de Martín Feuerstein.

Cristo es para Santo Tomás la causa originaria y suma de toda sabiduría.

(1) *Acta sanctorum*, l. c., 670.

(2) J. A. ENDRES, *Ein Zyklus von Wandgemälden aus dem Leben des hl. Tomas von Aquin in der Dominikanerkirche zu Regensburg*, Christliche Kunst, 1909, 265-271.

Ninguno de los grandes teólogos medioevales ha escrito más profundamente que Santo Tomás sobre la infinita y divina sabiduría del Verbo Eterno y sobre la Sabiduría del alma humana de Cristo hipostáticamente unida con el Logos. El capítulo 216 del «Compendium Theologiæ», "De la plenitud de la Sabiduría de Cristo", sintetiza con incomparable claridad y profundidad en un luminoso cuadro, todo cuanto el gran teólogo ha expuesto expresamente en sus grandes obras sobre la actividad de Cristo. En la Encarnación de Jesucristo admira y contempla Santo Tomás la proeza de la Sabiduría de Dios y busca con toda la energía de su pensamiento y con todo el amor de su corazón penetrar en la teleología de este misterio. Cuanto él ha escrito sobre la conveniencia de la Encarnación en las dos Sumas, es a la vez actividad especulativa y contemplativa, escolástica y mística. El Santo comienza las magníficas exposiciones del capítulo 53 del libro IV de la «Suma contra Gentiles» con las siguientes palabras tomadas de la pro-



LÁMINA XV

SANTO TOMAS ENTREGANDO SUS ESCRITOS A LA SANTA IGLESIA CATOLICA, por LUDOVICO SEITZ. - Cuadro conservado en Roma en el Palacio Vaticano (Galería del Candelabri)

pia experiencia: "Cuando alguno considera con diligencia y piedad los misterios de la Encarnación, encontrará él una tal profundidad de la sabiduría, que supera ella a todo humano conocimiento, según las palabras del Apóstol, I Cor., 25: «Lo que a ellos en Dios les parece necio, es más sabio que los hombres». De aquí viene que a aquel que lo considera con sentido piadoso, siempre se le descubre más y más ma-

LÁMINA XV. — Ludovico Seitz (1844-1908), decoró espléndidamente la bóveda de la hermosa galería llamada de los candelabros, pintando en ella los hechos más importantes del Sumo Pontífice León XIII. Entre todas las decoraciones deben mencionarse, pues expresan la preocupación del gran Pontífice por la verdadera doctrina, dos pinturas exagonales. La primera, reproducida en esta lámina, presenta a la Iglesia figurada por una amable y majestuosa reina, sentada en un artístico trono, observando el libro que Santo Tomás, arrodillado a sus pies, le muestra. La Iglesia ofrece al Santo un ramo de laurel y le pone delante el crucifijo de donde salen las palabras que una vez le consolaran: «BENE SCRIPSISTI DE ME, THOMA». Dos ángeles, a la derecha del trono, representan al Antiguo y Nuevo Testamento, un tercero a la izquierda tiene abiertas las Sagradas Escrituras. Sentado en un banco de mármol Aristóteles, pensativo y con cierto aire de melancolía, apoya su cabeza en la mano derecha y con la izquierda ofrece, tal vez sin darse cuenta, sus obras a Santo Tomás, que las utiliza para bien de la Iglesia. El filósofo pagano no puede ver a la Santa Iglesia y por eso quizá, su profunda sabiduría le fué inútil para su salvación personal. En el centro del arco iris aparece el Espíritu Santo bajo la forma de paloma.

ravillosas relaciones y conveniencias («rationes») de este misterio". Cristo es para Tomás la fuente de toda sabiduría. La unión con Cristo nos permite participar de su Sabiduría y nos hace verdaderamente sabios. Su explicación del lugar (Col., II, 3): "En Cristo están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia", termínala Santo Tomás con esta deducción práctica [3]: "Por eso no se debe buscar la sabiduría en ninguna parte fuera de Cristo. Si alguno tuviese un libro, en el cual estuviese toda la ciencia, entonces solamente aspiraría a conocer ese libro. Así deberíamos también nosotros no buscar otra cosa que a Cristo". Aunque Tomás estimaba la ciencia profana del orden natural y consagraba una gran parte de su actividad literaria a comentar los escritos aristotélicos, y aunque no participaba él de la actitud, difícil de disculpar, de mezquinos y estrechos teólogos anteriores y contemporáneos opuestos a la filosofía y a la ciencia hu-

(3) *In Epist. ad Coloss.*, c. 2, lect. 1.

mana" [4], sin embargo colocaba la Sabiduría que en Cristo se nos ha revelado por encima de toda ciencia y saber humanos. Así escribe él en la introducción de su exposición sobre el Credo: "Ninguno de los filósofos anteriores al cristianismo con todo y el pleno esfuerzo de su pensamiento pudo saber tanto de Dios y de las cosas que son necesarias para la vida eterna, como después del advenimiento de Jesucristo sabe por la fe una simple vieja". En un sermón, por él predicado por el año 1270 en la Universidad de París, exprésase Tomás de un modo enteramente semejante [5]: "Actualmente una simple vieja en lo que atañe a la fe sabe más de lo que otrora supieron todos los filósofos".

El sumergirse en la Humanidad de Jesucristo es el camino que conduce al conocimiento de la Divinidad. El pensamiento agustiniano: «Per Chri-

---

(4) Cfr. M. Grabmann, *Die Bewertung der weltlichen Wissenschaften bei Thomas von Aquin. Philosophisches* Jahrbuch, 1924, 4. Heft.

(5) P. Mandonnet O. P., *Siger de Bravant et l'Averroïsme latin au XIIIe. siècle,* I, Louvain, 1911, 109.

stum hominem ad Christum Deum»[6] permanece vivo también en Sto. Tomás. En su «Compendium Theologiae» escribe estas vigorosas palabras[7]: "La Humanidad de Cristo es el camino, por el cual llegamos a la Divinidad". Está aquí la concepción fundamental de la mística de Cristo, tal como v. gr., el Beato Enrique Suson la pone en boca de la Sabiduría eterna en su libro de la Sabiduría[8]: "¿Quieres tú contemplarme en mi Divinidad increada? Entonces debes aprender a conocerme aquí y amarme en mi Humanidad paciente". En su opúsculo «De adhaerendo Deo», como también y aún más hermosa y hondamente en su obra todavía inédita «De lumine increato», el benedictino bávaro, Juan von Kastl[9], que se mueve enteramente dentro de la concepción tomista, profundamente

(6) S. AUGUSTINUS, *In Joann.*, tract. 13, n. 4.

(7) *Compendium theol.*, c. 2.

(8) H. DENIFLE O. P., *Deutsche Schriften des seligen Heinrich Seuse*, München, 1876, 315. K. BIHLMEYER, *Heinrich Seuse*, Deutsche Schriften, Stuttgart, 1907, 208.

(9) M. GRABMANN, *Der Benediktinermystiker Johannes von Kastl, der Verfasser des Büchleins De adhaerendo Deo*, Theol. Quartalschrift, 1920, 225 y sgs. D. J. HUYBEN O. S. B., *Jean de Castel, De l'Union avec Dieu*, Saint-Maximin, 1923.

ha penetrado, sentido y expuesto el pensamiento de que por la luz creada de la Humanidad de Cristo, nuestra alma, desprendida lo más posible de las adhesiones terrenas, es llevada a la más alta, amorosa y vivida contemplación, asequible al hombre, de la luz increada de la Divinidad.

Para Sto. Tomás ha sido principalmente la Cruz del Señor la fuente de la Sabiduría y también el foco luminoso del ardiente amor de Dios y de Cristo. Con esto llegamos naturalmente a la nueva reflexión de cómo se deja comprender el segundo rasgo fundamental de la vida espiritual de Sto. Tomás, la «caritas», con su consagración a Cristo. Conocimiento y amor están aquí íntimamente unidos el uno con el otro. "La Cruz del Redentor, así se expresa hermosamente A. Touron O. P. (10), fué el primer libro de Sto. Tomás, el gran objeto de sus contemplaciones, la norma de toda su vida. A los pies de la Cruz su espíritu se ha humillado para merecer una profunda visión de los misterios

(10) A. TOURON O. P, *La vie de S. Thomas,* 420 y sgs.

del Cristianismo, y su corazón se ha purificado para hacerse capaz de recibir esta visión. A los pies de la Cruz aprendió el misterio de penetrar en la verdad por el amor y de referir todos sus conocimientos al conocimiento de Jesucristo, al conocimiento de la propia alma y de su salvación. Las importunas distracciones, que tan frecuentemente nos hacen gemir, casi nunca han interrumpido este bienaventurado trato del Santo con el Crucificado, en el cual su corazón se ha volcado en acciones de gracia, y su alma, siempre atenta a la voz de Dios, ha escuchado en el silencio lo que la eterna Palabra quería revelarle. Esta eterna Sabiduría, que el Apóstol aprendió en el tercer cielo, el Discípulo amado en el pecho del Salvador, Agustín en las Sagradas Escrituras, Tomás la aprendió a los pies del Crucificado. Las llagas de Jesucristo eran el maestro, a quien consultaba en sus dudas y a quien escuchaba en sus dificultades. En esa fuente bebió los principios de su ciencia, la plenitud y pureza de su doctrina". En la Cruz vió Santo To-

más "la perfección de toda la ley y de todo arte, para bien vivir" [11].

La contemplación de los misterios y de los acontecimientos de la Santísima Humanidad de Jesucristo también despierta la piedad e inflama el amor. La contemplación de la Divinidad con todo lo que con Ella se relaciona, así se expresa el Doctor Angélico, es en sí lo más a propósito para encender nuestro amor y avivar nuestra oración, porque Dios ha de ser amado sobre todas las cosas. Pero proviene de la debilidad del espíritu humano el que tanto para el conocimiento de lo divino, como para el amor de Dios necesitemos de ayuda y dirección a través de los objetos que caen bajo los sentidos. Ahora bien, en este punto se nos presenta en primera línea la Humanidad de Jesucristo, como también el prefacio de Navidad: «Ut dum visibiliter Deum cognoscimus per hunc in invisibilium amorem rapiamur». Precisamente por eso, lo que se refiere a la Humanidad de Jesucristo es muy a propósito como para tomarnos de la

(11) *In Ep. ad Galat.*, c. 6, lect. 4.

mano y conducirnos a una tierna oración y amor, aunque el primer objeto de nuestra piedad sea en sí lo que se relaciona inmediatamente con la Divinidad [12].

También del sumergirse en la santísima Vida espiritual de Jesucristo ha recibido Santo Tomás la paz de su propia alma, que a imitación de Cristo brota del ejercicio armónico de las virtudes cristianas irradiadas y enardecidas por el amor. En sus Comentarios a la Escritura y en sus profundas cuestiones de la «Tertia», que tratan sobre los misterios de la Vida, Pasión, Muerte y Glorificación de Jesucristo, hay escondido un precioso tesoro de pensamientos sobre los incomparablemente elevados e inefablemente hermosos ejemplos de virtudes del Hombre-Dios y sobre la imitación práctica de Cristo. La mirada escrutadora y contemplativa del Santo ha penetrado en cada uno de los trazos como también en la imagen total de la vida espiritual y moral del Salvador y mucho se ha gozado en la armonía de

(12) *S. Theol.*, II-II, 82, 3 ad 2.

esta santísima vida espiritual, en la cual no se encuentra sombra alguna de disonancia.

«Omnis Christi actio nostra est instructio», toda acción de Cristo es una instrucción para nosotros: este es un pensamiento que se repite frecuentemente en Tomás. En el obrar divino de Cristo ve el modelo de la acción de la gracia divina en nosotros, la actividad de la santísima Humanidad de Jesucristo nos enseña cómo se debe realizar nuestra colaboración con la gracia de Dios [13]. Mucho hincapié hace el Santo sobre el modelo y sobre la imitación de la obediencia de Jesucristo, que ha muerto por obediencia a su Padre celestial y por amor a nosotros. "Cristo nos da en esto un ejemplo de que ha sometido su voluntad humana a la divina. También así debemos someter enteramente nuestras voluntades a Dios y también a los hombres, que como siervos de Dios son nuestros superiores" [14]. La exposición de la

---

(13) C. de Schazler, *Introductio in S. Theologiam dogmaticam ad mentem D. Thomae Aquinatis,* Ratisbonae, 1882, 372.

(14) *De perfectione vitae spiritualis,* cap. 10



LÁMINA XVI

LA DOCTRINA DE SANTO TOMAS CONFUNDE A LOS HEREJES, por LUDOVICO SEITZ. - Cuadro conservado en Roma, en el palacio Vaticano (galería del Candelabri).

santa vida de Jesucristo muestra en Santo Tomás las definidas líneas de los grandes pensamientos dogmáticos fundamentales. El dogma de la Unión hipostática, tan profundamente concebido por él, se nos muestra también en la psicología de Jesucristo, tal como Tomás la pinta con los colores de la Sagrada Escritura y de los Padres. La fantasía amorosamente creadora, que en la mística de Cristo de la escuela de Buenaventura ha producido por ejemplo, como por encanto, las meditaciones sobre la vida de Jesús de Juan de Caulibus, no vale o vale muy poco en la imagen de Cristo del Aquinate.

LÁMINA XVI. — En la segunda pintura exagonal de Seitz, aparecen tres hermosos ángeles descendiendo de lo alto, para demostrar a los enemigos de la verdad las obras del Santo Doctor, por las cuales fueron definitivamente vencidos y humillados: la "Summa Theologica", la "Summa contra gentiles" y los "Commentaria in Sacram Scripturam". Guillermo de Saint-Amour, a la izquierda, osadamente levanta el libro que escribiera contra las órdenes mendicantes. A Berengario, que desvirtuó el dogma de la sagrada Eucaristía se le ha caído el cáliz de la mano y se precipita al suelo de espaldas. Con la cabeza inclinada, Maimónides apoya su diestra en el hombro de su amigo Avicebrón. Por último, los árabes Avicenna y Averroes, el primero desesperado y el segundo con rostro airado y amenazante. Toda la escena se desarrolla en las gradas de un templo pagano destruído, sobre una de cuyas columnas puede verse a una sirena decapitada, incapaz ya de hacer daño a los hombres.

En cada uno de sus opúsculos, en la descripción de los ejemplos de virtud del divino Salvador se aprecia de un modo muy atrayente la íntima y piadosa humildad del Santo. Experimentamos en ellos lo que el Santo ha pensado y sentido sobre Cristo en sus estudios y meditaciones y también en sus oraciones, y lo que ha tomado de esto para la formación de su propia vida espiritual. Creo que algunas pruebas de esta mística tomista de Cristo y de su Pasión nos introducen hondamente también en los sentimientos y afectividad de su vida espiritual, enteramente compenetrada por Cristo [15].

En su medulosa exposición del Credo, Tomás explica la significación de cada uno de los artículos de la fe para la vida práctica. Así de la doctrina de la fe sobre el Verbo unigénito, consubstancial con el Padre, saca consecuencias prácticas, como él dice, «ad consolationem nostram». Puesto que el Verbo de Dios es el Hijo de Dios y

---

(15) Estas exposiciones están tomadas de mi trabajo: *Die Kleineren Schriften des hl. Thomas von Aquin in ihrer Bedeutung für das geistliche Leben,* Linzer, Theol. Quartalschrift, 1924.

puesto que todos los verbos de Dios o la divina Revelación son imitaciones de este eterno Verbo, unigénito, por eso debemos oír nosotros la Palabra de Dios de buena gana y alegremente, creer en la Palabra de Dios, contemplar y meditar constantemente la Palabra de Dios, a ejemplo de María, exhortar y predicar la Palabra de Dios para inflamar y entusiasmar a los otros, y finalmente llevar el Verbo de Dios a la acción. También de la Encarnación del Hijo de Dios: «Homo factus est», saca el santo Doctor aplicaciones prácticas «ad eruditionem». Por este misterio se afianza nuestra fe, se fortalece nuestra esperanza, se inflama nuestra caridad. Por el pensamiento de la nobleza de que ha llegado a participar la naturaleza humana en la Encarnación, nos inflamamos por conservar pura nuestra alma. Por la consideración de la Encarnación del Hijo de Dios, somos llenados finalmente también de un santo deseo de llegar a Cristo. Singularmente hermosa es la exposición de los ejemplos de virtud de Jesús en su Pasión y Muer-

te. Si buscas el ejemplo del amor, no hay mayor amor que el de aquel que da su vida por sus amigos. Esto lo ha hecho Jesús en la Cruz. Si él ha entregado su vida, tampoco a nosotros nos debe parecer pesado padecer todos los males por él. Si buscas un modelo de paciencia, entonces encuentras el más sublime ejemplo de ella en la Cruz, donde Jesucristo ha tomado libremente sobre sí la máxima pasión con la máxima paciencia. Si buscas un ejemplo de humildad, entonces mira de nuevo al Crucificado. Dios quiso ser condenado y muerto bajo Poncio Pilatos, el Señor quiso morir por el esclavo, la Vida de los ángeles quiso morir por los hombres. Si buscas un ejemplo de obediencia, entonces sigue a Aquel que ha sido obediente a su padre hasta la cruz. Si buscas un ejemplo de desprecio de lo terreno, entonces síguele, que aquí está el Rey de los reyes, el Señor de los señores y en Quien están todos los tesoros de la Sabiduría y de la Ciencia, y considéralo cómo está pendiente y muere en la cruz, desnudo, burlado, escupido,

magullado, coronado de espinas, abrevado con hiel y vinagre. No te apegues, pues, a los vestidos y riquezas, porque mis enemigos se han distribuído entre sí mis vestidos. No aspires a los honores, porque Yo he recibido ultrajes y golpes. No suspires por dignidades, porque me han tejido una corona de espinas y la han apretado en mi cabeza. No pongas tu alegría en el placer de los sentidos, porque mis enemigos en mi sed me han abrevado con vinagre.

Estos pensamientos de la mística de Cristo y de su Pasión encuéntranse también en otros opúsculos de Santo Tomás. El opúsculo dirigido en 1270 contra Nicolás de Lisieux: «Contra pestiferam doctrinam retrahentium homines a religionis ingressu», comienza con una exposición de la idea de la imitación de Jesús humilde y pobre. El fin de la religión cristiana, así se expresa aquí el Santo Doctor, parece consistir principalmente en que los hombres sean apartados de lo terreno y conducidos a lo espiritual y sobrenatural. Por eso entendemos cómo Je-

sús, el autor y consumador de la fe, en su advenimiento al mundo ha enseñado a los creyentes con palabra y obra este desprecio de las cosas de la tierra. Nacido de una madre, que, aunque ha concebido sin obra de varón y ha permanecido siempre Virgen Inmaculada, sin embargo estaba desposada con un carpintero, Jesús ha apagado todo brillo de ilustre linaje según la carne. Nacido en la ciudad de Belén, pequeña entre todas las ciudades de Judea, quiso que nadie se jactase de la grandeza y distinción de una ciudad terrena. El, a Quien todo pertenece y por Quien todo ha sido creado, ha llegado a ser pobre y ha manifestado con ello su voluntad de que ninguno de cuantos en él creen, se vanaglorien por causa de las riquezas creadas. No quiso ser creado rey por los hombres, porque mostró el camino de la humildad. El, que dió de comer a todos, tuvo hambre; El, por Quien ha sido creada toda bebida, tuvo sed; El, que se nos ha dado para el camino del cielo, se cansó por el viaje; El, que ha acabado con nuestras penas, fué por

nosotros crucificado; El, que resucitó a los muertos, ha sido muerto por nosotros. Muy rico en hermosos y profundos pensamientos sobre la santísima vida moral y sobre el modelo de santidad de Jesús, y, en general, sobre la significación ascético-mística de la doctrina de la Encarnación, es el opúsculo, traducido también al griego, «De rationibus fidei contra Saracenos, Graecos et Armenos ad cantorem antiochenum», una verdadera alhaja en hermosura y en luminosidad del pensamiento teológico de Santo Tomás. Este librito, que es de igual valor para la apologética y la dogmática, se nos ha conservado también en su autógrafo. Del rico contenido de este librito, verdaderamente áureo, solamente subrayo aquí algunos pensamientos del V capítulo, que tratan de la Pasión y Muerte de Jesús. Si alguno, así se expresa el Santo, en piadoso recogimiento considera la conveniencia («convenientiam») de la Pasión y Muerte de Cristo, encontrará tal profundidad de Sabiduría, que, cuanto él más medite, siempre más ricas y más

grandes verdades le saldrán al encuentro para iluminarlo. Hay que considerar en primer lugar que Cristo ha tomado la naturaleza humana para deshacer la caída del hombre. Por eso Cristo debió padecer y obrar según su naturaleza humana, lo que puede servir como remedio del pecado. El pecado del hombre consiste en que se adhiere a las cosas corporales y deja de lado los bienes espirituales. Correspondía, consiguientemente, que Cristo, mediante lo que ha hecho y realizado en su naturaleza humana, diese a los hombres una doctrina y un ejemplo, para estimar en nada los bienes y males temporales, a fin de que ellos por los afectos desordenados no sean impedimento para dedicarse a los bienes espirituales. Por eso Cristo, se ha elegido padres pobres, aunque perfectos en la virtud, para que no nos jactemos del linaje noble y de los padres opulentos. Ha elegido una vida pobre para enseñarnos el desprecio de la riqueza. Ha llevado una vida sin honores ni dignidades para alejar a los hombres de la desordenada avidez de

los mismos. Ha sufrido fatiga, hambre, sed y azotes, a fin de que los hombres no se entreguen al placer y a la voluptuosidad y no se aparten de la virtud por las contrariedades de la vida. Finalmente, ha sufrido la muerte a fin de que nadie reniegue de la Verdad por miedo a la muerte. Y para que nadie temiese una muerte ignominiosa por la Verdad, Jesús ha elegido para sí el género más vergonzoso de muerte, la muerte de cruz. De este modo, pues, era conveniente que el Hijo de Dios hecho hombre sufriese la muerte a fin de inflamar a los hombres a la virtud con su ejemplo.

Mas para la salvación al hombre no sólo le es necesaria la conducta virtuosa, sino también el conocimiento de la verdad. Ahora bien, el Hijo de Dios hecho hombre ha enseñado a los hombres la doctrina de la Verdad divina y ha demostrado por la realización de sus milagros que éstas eran realmente Doctrina y Verdad divinas. Y bien, Sto. Tomás encuentra precisamente en la pobreza, humildad y abatimiento de Jesucristo un robustecimiento y re-







LÁMINA XVII

MEDALLA CONMEMORATIVA DEL VI CENTENARIO DE LA CANONIZACION DE SANTO TOMAS, por ALFREDO MISTRUZZI. - Acuñada en el II año del pontificado de Pío XI.

fuerzo del valor demostrativo de sus milagros. Si Jesús hubiese vivido en la riqueza, poder y honor, se hubiese podido creer que su doctrina y sus milagros habían hallado fe y reconocimiento por el favor y el poder humanos. Por eso Jesús, para que pudiese revelarse y manifestarse de un modo indudable la obra del Poder divino, ha querido elegirse para sí en el mundo todo desprecio y humillación, una Madre pobre y una vida indigente, apóstoles y discípulos sin formación, por eso ha permitido ser desechado y con-

LÁMINA XVII. — Un nuevo triunfo de Santo Tomás, y como el compendio de todos los elogios que una larga serie de sumos pontífices acumularon sobre el Doctor de las Escuelas, está simbolizado en la medalla acuñada el año 1923 por orden del Papa Pío XI. La efigie del Sumo Pontífice ocupa el anverso. En el reverso aparece Santo Tomás en un círculo de luz. A sus pies tres Papas, a saber: Juan XXII, que lo inscribió en el catálogo de los santos, San Pío V, que lo declaró Doctor de la Iglesia Universal; y León XIII, que lo nombró celestial Patrono de las Escuelas. Beatriz, símbolo de la divina Sabiduría, acompaña a Dante Alighieri, que celebró en su Divina Comedia la gloria de Santo Tomás. La inscripción latina resume el homenaje de la Iglesia y de las artes: «Aligherio Praecinente Ioannes XXII A. D. MCCCXXIII Sanct. Ord. Ascripsit - Pius V Eccl. Doct. Angel. Sanciv. - Leo XIII Schol. Cath. Patr. declar. et instit.».

denado a muerte por los grandes y estimados del mundo. De esta manera demostró claramente que la aceptación de su doctrina y de sus milagros haya de atribuirse no al poder humano sino al Poder divino. Por eso en la Vida y Pasión de Jesús están siempre unidas una con otra la bajeza humana con la Grandeza y Poder divinos. En su nacimiento fué envuelto en pañales y colocado en el pesebre, pero también glorificado por los ángeles y adorado por los Magos conducidos por una milagrosa estrella. Es tentado por el diablo, pero a la vez es servido por los ángeles. Vive en la pobreza y de limosna, pero resucita a los muertos y hace ver a los ciegos. Muere clavado en la cruz y es contado entre los ladrones. Pero en su muerte se oscurece el sol, tiembla la tierra, se rompen las rocas, se abren las tumbas y los cadáveres de los muertos resucitan. Ahora bien, si alguno ve cómo de estos gérmenes y comienzos han surgido tan grandes frutos, a saber, la conversión de casi

todo el mundo a Cristo, y sin embargo todavía exige para poder creer otros argumentos y señales milagrosas, ese tal es más duro que una piedra, siendo así que las piedras en la muerte de Jesús se hendieron.

Así la consagración de Santo Tomás a Cristo, la luz que irradia a través de toda su vida espiritual con la idea, dogmáticamente por él concebida con tanta profundidad, de la Encarnación de Dios y de su obra de Redención, el ardor de su más íntimo deseo y querer con el más profundo amor de Cristo, la formación e iluminación de su vida y de su obra por la imitación práctica de Cristo, es así de este modo un vivir en Cristo el más hondo fundamento de Sabiduría, de amor y de paz, que constituyen los trazos fundamentales de la vida espiritual de Sto. Tomás.

Toda la vida espiritual de Sto. Tomás está orientada y determinada desde arriba. Desde las alturas celestiales, hacia las cuales se dirigen sus ojos es-

pirituales ansiosos y creyentes, espera y pide él la verdadera sabiduría, hacia allí se levanta con las alas de una caridad que en todo piensa y ama a Dios, desde donde desciende a él aquella paz del alma, que el mundo no puede dar, que Cristo ha traído al mundo y que fluye a las almas abiertas hacia El. En su discurso de introducción, actualmente redescubierto [16], con el cual en 1256 inició su curso de Maestro de Teología en la Universidad de París, ha formulado de un modo expresivo su concepción ideal de la labor académica y científica de su vida con las palabras del salmo 102 (103), 12: "Tu riegas los montes con aguas que envías de lo alto; y colmas la tierra de frutos que tú haces nacer". Como los montes sobresalen por encima de la tierra y están próximos al cielo así también los maestros de la verdad deben elevarse por sobre todo lo terreno y aspirar sólo a lo divino. Como los montes son los pri-

(16) Fr. Salvatore, *Due sermoni inediti di S. Tommaso d'Aquino*, Roma, 1912.

meros iluminados por la luz del sol, así también los maestros de las ciencias sagradas han de recibir el esplendor de la luz del Espíritu: «Mentium splendorem prius recipiant». Su vida espiritual se introduce en la eternidad («Qui sunt in participatione aeternitatis»). Y termina esta profunda lección de introducción con el pensamiento bíblico de que Dios, a quien le pide la sabiduría, le da abundantemente de ella y agrega: «Oremus, nobis Christus concedat. Amen».

INDICE

INDICE II DE LAS LAMINAS

ESTE LIBRO SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS TA-
LLERES DE LA EDITORIAL
GUADALUPE, VILLA CALZA-
DA, F. C. S. EL VEINTITRES
DE DICIEMBRE DEL AÑO DE
GRACIA DE MIL NOVECIEN-
TOS CUARENTA Y SEIS

